

JULIO VERNE
PODE
UN BELLENTRE
DE L'AMERICA



EDITORS S.A.

MADE IN ITALY

Annotation

"Un billete de lotería" trata sobre un pescador noruego que parte hacia un viaje por mar prometiéndole a su novia que cuando volviera se casarían y gozarían de una fortuna. Lamentablemente sufre un naufragio y el único recuerdo que le queda a la novia es un billete de lotería que es encontrado entre los restos del barco siniestrado, en el interior de una botella.

Julio Verne

Por Un Billeto de Lotería

El número 9672

- ¿Que hora es? -preguntó la señora Hansen, después de sacudir la ceniza de su pipa, cuyas últimas bocanadas se perdieron entre las vigas coloreadas del techo.

- Las ocho, madre-contestó Hulda.

- No es probable que lleguen viajeros durante la noche; el tiempo es demasiado malo.

- No creo que venga nadie. En todo caso, las habitaciones están preparadas, y oíré muy bien si llaman desde afuera.

- ¿No ha llegado tu hermano?

- Aún no.

- ¿Ha dicho si volvería hoy?

- No, madre. Joel ha ido a acompañar un viajero al lago Tinn, y como se ha marchado muy tarde, no creo que esté de regreso a Dal hasta mañana.

- Entonces, ¿pasará la noche en Moel?

- Sí, sin duda, a menos que no llegue hasta Bamble a hacer una visita al granjero Helmboe...

- ¿Y a su hija?

- Sí, a Siegfrid, mi mejor amiga, a la que quiero como a una hermana -contestó la muchacha sonriendo.

- Bien, cierra la puerta, Hulda, y vámonos a dormir.

- ¿Se encuentra usted mal, madre?

- No, pero mañana tengo que levantarme temprano. Tengo que ir a Moel...

- ¿Para que?

- Y pues, ¿no tenemos que renovar nuestras provisiones para la próxima temporada?

- ¿Ha llegado ya el mensajero de Cristianía, con su carro de vinos y comestibles?

- Sí, Hulda, esta tarde-contestó la señora Hansen-. Lengling, el encargado del aserradero, lo ha encontrado y me ha avisado al pasar. Ya no nos queda

gran cosa de nuestras conservas de jamón y salmón ahumado, y no quiero exponerme a hallarme desprevenida. De un día a otro, sobre todo si el tiempo mejora, los turistas pueden empezar sus excursiones al Telemark.

Es necesario que nuestra hostería se halle en condiciones de recibirlos y que encuentren aquí todo lo que puedan menester durante su estancia. ¿No ves, Hulda, que estamos ya al 15 de abril?

- ¡Al 15 de abril!-murmuró la muchacha.

- Entonces -prosiguió la señora Hansen-, mañana me ocuparé de todo esto. En dos horas haré todas mis compras, que luego el mensajero nos traera aquí, y regresar, con Joel en su kariol (1).

(1) Especie de calesa sin capote, muy usada en Noruega.

- Madre, Si por casualidad tropieza con el cartero no se olvide de preguntarle si trae alguna carta para mí.

- ¡Y sobre todo para ti! Es muy posible, ya que la ultima carta de Ole es de hace un mes.

- ¡Sí! ¡Un mes...! ¡Un largo mes!

- No te acongojes, Hula. Este retraso no debe extrañarnos. Por otra parte, si el correo de Moel no nos trae nada, lo que no ha llegado por Cristianía puede llegamos por Bergen.

- Sin duda-contestó Hulda- eso espero ¿Que quiere usted, madre? Si tengo pena es porque están tan lejos de aquí las pesquerías de Terranova. Todo el mar de por medio, ¡y con el mal tiempo además! Hace cerca de un año que mi pobre Ole se marchó y ¿Quién puede decimos cuándo volverá a Dal?

- ¡Y si nos encontrará a su regreso! -murmuró la señora Hansen, pero tan bajo que su hija no pudo oirla.

Hulda cerró la puerta de la posada, que se levantaba en el camino de Vestfjorddal. No se preocupó de dar la vuelta a la llave. En aquel hospitalario país de Noruega, estas preocupaciones no son necesarias.

Conviene, además, que cualquier viajero pueda entrar, tanto de día como de noche, en la casa de los gaards y de los soeters, sin que nadie tenga que acudir a abrirle las puertas.

No son de temer las visitas de vagabundos ni malhechores, ni en los pueblos ni en las aldeas más recónditas de la provincia. Ningún atentado criminal contra los bienes o las personas del lugar ha turbado jamás la seguridad de sus habitantes.

La madre y la hija ocupaban dos habitaciones en el primer piso de la parte delantera de la hosteria -dos habitaciones claras y limpias, amuebladas modestamente, es verdad, pero tan bien aseadas que demostraban el cuidado de una buena ama de casa. En el piso superior se

hallaba la habitación de Joel, cuya ventana estaba enmarcada en madera labrada con arte. A través de la ventana la vista podía recorrer un extenso horizonte de montañas y descender hasta el fondo de un angosto valle, por el cual se deslizaban el Maan, mitad río, mitad torrente. Una escalera de madera, de recios peldaños encerados, subía de la gran sala de la planta baja hasta los pisos superiores. Nada más atractivo que el aspecto de la casa, en donde el viajero hallaba un confort poco común en los demás albergues de Noruega.

Hulda y su madre ocupaban, pues, el primer piso.

Allí se retiraban pronto, cuando se hallaban solas. La señora Hansen, alumbrándose con un candelabro de cristal multicolor, empezó a subir los primeros escalones, cuando de pronto se detuvo:

Llamaban a la puerta. Oyeron una voz que gritaba:

- ¡Eh! ¡Señora Hansen! Señora Hansen.

La señora Hansen volvió a bajar.

- ¿Quién puede ser, tan tarde?-dijo.

- ¿Quizá le habrá ocurrido un accidente a Joel? -añadió vivamente Hulda.

E inmediatamente se dirigió hacia la puerta.

Era un muchacho-uno de esos chiquillos que hacen el oficio de skydskart, que consiste en colgarse detrás de los kariols y conducir el caballo a la posta

cuando se ha terminado la etapa. Este había venido andando, y permanecía de pie en el umbral.

- ¿Que quieres a estas horas?-dijo Hulda.

- Primeramente desearos buenas noches -contestó el muchacho.

- ¿Esto es todo?

- =No! Esto no es todo, pero ¿no debe empezarse siempre por ser bien educado?

- Tienes razón. Bueno, ¿Quién te envía?

- Vengo de parte de vuestro hermano Joel.

- ¿Joel...? ¿Y por que? -preguntó la señora Hansen.

Se había acercado a la puerta, con este andar lento y mesurado que caracteriza a los habitantes de Noruega.

No obstante, la respuesta del muchacho era evidente que había causado alguna emoción a la madre, pues se apresuró a preguntar:

- ¿Le ha ocurrido algo a mi hijo?

- ¡Sí...! Ha llegado una carta que el correo de Cristianía había traído de Drammen...

- ¿Una carta que viene de Drammen? -exclamó vivamente la señora Hansen bajando la voz.

- No lo sé-contestó el chico-. Lo único que sé es que Joel no puede venir hasta mañana y me ha enviado aquí para que os entregue esta carta.

- ¿Es muy urgente?

- Así parece.

- Dame-dijo la señora Hansen, con una voz que denotaba una gran inquietud.

- Aquí esta, bien limpia y sin arrugas. Pero esta carta no es para usted. La señora Hansen respiró aliviada.

- ¿Y para quien es?-preguntó.

- Es para su hija.

- ¡Para mí! -dijo Hulda-. Es una carta de Ole, estoy segura, una carta que habrá llegado por Cristianía. ¡Mi hermano no habrá querido hacerme esperar!

Hulda había cogido la carta y acercándose a la luz del candelabro, que había depositado encima de la mesa, miró la dirección.

- ¡Sí...! ¡Es de el...! ¡Es de el...! ¡Ojalá me anuncie el regreso del Viken!

Entretanto, la señora Hansen decía al muchacho:

- ¿No quieres entrar?

- Sólo un minuto. Debo volver esta noche a casa, porque estoy comprometido para mañana por la mañana para un kariol.

- Pues bien, te encargo que digas a Joel que tengo pensado ir a su encuentro. Que me espere.

- ¿Mañana por la noche?

- No, durante la mañana. Que no se vaya a Moel sin haberme visto antes. Dile que regresaremos juntos a Dal.

- De acuerdo, señora Hansen.

- Vamos, ¿tomarás un vasito de brandevin?

- Con mucho gusto.

El muchacho se había acercado a la mesa y la señora Hansen le ofreció un poco de este aguardiente, reconfortante contra la humedad de la noche. Se lo bebió de un trago sin dejar una sola gota en el fondo del vaso. Luego dijo:

- ¡God aften!

- ¡God aften, muchacho!

Es el buenas noches noruego. Pronunciadas estas palabras simplemente, sin una inclinación de cabeza, el muchacho salió, no

preocupándole la larga caminata que debía hacer. El ruido de sus pasos perdióse pronto entre los árboles del sendero que corre a lo largo del río.

Hulda continuaba contemplando la carta de Ole sin apresurarse a abrirla. Esta frágil hoja de papel había tenido que atravesar todo el Océano para llegar

hasta ella, todo este extenso mar, en el cual se pierden los ríos de la Noruega occidental. Examinaba los diferentes sellos que la cubrían. Echada al correo el

15 de marzo, esta carta no había llegado a Dal hasta el 15 de abril. ¡Cómo! ¡Hacía un mes ya que Ole la había escrito! ¡Cuántos acontecimientos habían podido ocurrir durante este mes en aquellos parajes de Terranova! ¿No estaban aún en período de invierno, poco peligroso de los equinoccios? Estos lugares de pesca son los peores del mundo, con sus formidables vendavales, que les llegan del Polo a través de las llanuras canadienses. Oficio penoso y peligroso es el oficio de pescador, que era el de Ole. Y si lo hacía era sólo para entregarle todos sus beneficios a ella, su prometida, con quien debía casarse a su regreso. ¡Pobre Ole! ¿Que le diría en aquella carta? Sin duda, que la amaba como siempre, así como Hulda lo amaría siempre también, que sus pensamientos se confundían en uno solo, a pesar de la distancia, y que ya quería ver llegado el día de su regreso a Dal.

¡Sí! Seguramente diría todo esto- Hulda estaba segura de ello. Pero, quizá añadiría que su regreso estaba ya muy próximo, que esta campaña de pesca,

que arrastra a los marinos de Bergen tan lejos de su tierra natal, ya tocaba a su fin. ¿Quizá Ole le diría que el Viken acababa de estibar su cargamento y que se preparaba a aparejar, que los últimos días de abril los verían ya reunidos en su feliz hogar de Vestfjorddal? ¿Y Quizá también le diría, en fin, que podían fijar ya la fecha en que el cura llegaría a Moel para darles su bendición en la modesta capilla de madera, cuyo campanario emergía por entre el espeso ramaje de los árboles, a algunos centenares de pasos de la posada de la señora Hansen?

Para saberlo, era suficiente tan sólo romper el sello del sobre, sacar la carta de Ole, leerla, incluso a través de las lágrimas de pena o de alegría, que su

contenido podría provocar en los ojos de Hulda. Y, sin duda, mas de una impaciente muchacha del Mediodía, de Dinamarca o de Holanda, sabría ya lo que la joven noruega no sabía aún. Pero así lo quiere. Y cuántas veces lamentamos despertar, al sufrir la decepción de la realidad.

- Hija mía -dijo la señora Hansen-, esta carta que te ha enviado tu

hermana, ¿es una carta de Ole?

- ¡Sí! He reconocido su letra.

- Pues bien, ¿es que esperas a mañana para leerla?

Hulda miró por última vez el sobre. Luego, después de abrirlo sin apresurarse sacó una carta, pulcramente escrita, y leyó lo siguiente:

Saint Pierre-Miquelon, 17 de marzo de 1862.

Querida Hulda:

Estarás contenta de saber que nuestras operaciones de pesca han prosperado y que terminarán dentro de breves días. ¡Sí! Estamos llegando al fin de la campaña. después de un año de ausencia, que feliz seré al volver a ver y encontrar la única familia que me queda, y que es la tuya!

Mi parte en los beneficios es muy buena. Servirá para establecer nuestro hogar. Nuestros armadores de Bergen están ya advertidos que el Viken llegará probablemente entre el 15 y el 20 de mayo. Ya puedes prepararte a verme en estas fechas, lo más tarde dentro de algunas semanas.

Querida Hulda, espero hallarte aún más bonita que a mi partida y, al igual que tu madre, en buena salud. Y en buena salud también espero hallar a mi

entrañable amigo, mi querido primo Joel, tu hermano, aunque no desea otra cosa que serlo mío también.

Haz llegar mi afecto también a tu madre, la señora Hansen, que ya veo desde aquí sentada en su sillón de madera, cerca de la vieja estufa, en el salón de

tu casa. Repítele que la quiero dos veces, primero porque es tu madre y luego porque es mi tía.

Sobre todo no os molestéis por venirme a esperar a Bergen. Es muy posible que el Viken llegue mucho antes de lo que digo. Sea como sea, a las veinticuatro horas de haber desembarcado, mi querida Hulda, ya puedes contar que me tendrás en Dal. Pero no te sorprendas mucho si llego antes.

Hemos sufrido muchos y fuertes temporales durante este invierno, el peor que nuestros marinos han pasado. Por suerte el gran banco de bacalao nos ha

surtido abundantemente. El Viken lleva una carga de cerca de cinco mil quintales, para entregar en Bergen, y que ya han sido comprados por adelantado.

En fin, lo que debe interesar a la familia es que hemos tenido mucho

éxito y que las ganancias serán muy buenas para mí.

ademas, si no es precisamente la fortuna lo que te traigo, tengo como una idea, o mejor aún, como un presentimiento, de que ésta me esperará a mi regreso. ¡Si! La fortuna... sin contar con la felicidad.

¿Cómo...? ¡Ah!, éste es mi secreto, queridísima Hulda, y debes perdonarme de tener un secreto para ti.

¡Es el único! Y también te lo he de decir... ¿cuándo...? Pues bien, cuando sea el momento; antes de nuestra boda, si ésta tuviera que aplazarse por

causas imprevistas; despues, si llego en la fecha indicada y si, dentro de la semana siguiente a mi regr eso a Dal, tú te conviertes en mi mujer, que es lo que mas deseo.

Te envío un abrazo, querida Hulda. Besa de mi parte a la señora Hansen y a mi primo Joel. Un beso, ademas, para tu frente, sobre la cual la radiante corona de las desposadas del Telemark se convertir en la diadema de una santa. Por última vez, adiós, querida Hulda, ¡adiós!

Tu prometido,

CAPITULO II

DAL se compone sólo de algunas casas, unas a lo largo de una carretera que a decir verdad es mas bien un sendero, las otras diseminadas por los alrededores. Todas las casas miran hacia el angosto valle del Vestfjorddal, de espaldas a las colinas del Norte, al pie de las cuales se desliza el Maan. En conjunto de aquellas construcciones formaría uno de los gaards tan corrientes en el país, si estuvieran bajo la dirección de un único propietario de cultivos o de un granjero a sueldo. Pero tiene derecho a ostentar, si no el nombre de villa, por lo menos el de aldea. Una pequeña capilla construida en 1855, cuya cúspide está adornada con dos estrechas ventanas con cristales de colores, levanta no muy lejos, a través del ramaje de los árboles, su campanario cuadrado, todo de madera. Aquí y allí, por encima de los arroyos que desembocan en el río, se levantan pequeños puentes de madera, recortada en festones. A lo lejos se oye el rechinar de uno o dos aserraderos rudimentarios, que funcionan movidos por el torrente, con una rueda para accionar la sierra y otra para mover el madero.

A poca distancia, la capilla, los aserraderos, las casas, las cabañas, todo parece bañado por una suave atmósfera de verdor, oscura con los abetos, glauco con los abedules, que dibujan los árboles, aislados o en grupos, desde las sinuosas orillas del Maan hasta la cumbre de las altas montañas del Telemark. Esta es la aldea de Dal, fresca y sonriente, con sus pintorescas viviendas, pintadas unas con colores suaves -verde manzana o rosa pálido- y otras coloreadas por vivos colores, amarillo brillante o rojo escarlata. Los tejados, hechos de corteza de abedul, recubiertos de verde césped, que siegan en otoño, están sembrados de flores naturales. Todo ello es una delicia que pertenece al país mas hermoso del mundo.

Por decirlo de una vez, Dal está en el Telemark, el Telemark está en Noruega, y Noruega es como Suiza, pero con varios miles de fiordos que permiten que el mar llegue hasta lamer el pie de sus montañas.

El Telemark está comprendido en esta porción hinchada del enorme cuerno que representa Noruega entre Bergen y Cristianía. Esta bailía -una dependencia de la prefectura de Batsberg- posee montañas y glaciares como Suiza, pero no es Suiza. Tiene enormes cataratas como Norteamérica, pero no es Norteamérica. Posee paisajes con sus casitas pintadas y procesiones de habitantes, vestidos con atuendos de otros tiempos, como algunos pueblos de

Holanda,pero no es Holanda. El Telemark es mucho mejor que todo esto, es el Telemark, país único en el mundo, quizá, por las bellezas naturales que contiene. El autor ha tenido el placer de visitarlo. Lo ha recorrido en kariol con caballos de posta -cuando encontraba-. Y se ha llevado una impresión de encanto y de poesía tan viva aún en su memoria, que quisiera impregnar con ella este relato.

En la época en que transcurre esta historia -1862-Noruega no estaba aún atravesada por el ferrocarril que permite actualmente ir de Estocolmo a Drontheim por Cristianía. En la actualidad una inmensa red de vías férreas se ha extendido a través de estos dos países escandinavos, poco inclinados a vivir una vida en común. Pero, encerrado en estos vagones de ferrocarril, si el viajero va mas rapido que en kariol, no puede ver nada, en cambio, de la originalidad de los caminos de antaño. Se pierde la travesía de Suecia meridional por el curioso canal de Gotha, cuyos barcos de vapor, elevándose de esclusa en esclusa, suben hasta trescientos pies de altura. En fin, no puede detenerse ni en las cataratas de Trollentann, ni en Drammen, ni en Konsberg, ni ver todas las maravillas del Telemark.

En aquella época el ferrocarril era sólo un proyecto. Cerca de veinte años debían transcurrir antes que pudiera atravesarse el reino de Escandinavia de parte a parte- en cuarenta horas-, e ir hasta el cabo Norte, con billetes de ida y vuelta por el Spitzberg.

Precisamente Dal era entonces -y que lo sea por mucho tiempo!- este punto central que atrae a los turistas extranjeros o indígenas; estos últimos, estudiantes de Cristianía en su mayor parte. Desde allí, pueden dispersarse por toda la región del Telemark y de Hardanger, subir por el valle de Vestfjorddal entre el lago Mjos y el lago Tinn, y llegar a las maravillosas cataratas del Rjukan. Sin duda sólo existe una única posada en esta aldea; pero es la mas atractiva, la mas confortable que pueda desearse, la mas importante también, ya que tiene cuatro habitaciones a disposición de los viajeros. En una palabra, es la posada de la señora Hansen.

Algunos bancos rodean la parte inferior de sus muros color de rosa, aislados del suelo por unos sólidos cimientos de granito, las vigas y las planchas de

madera de abeto de sus paredes han adquirido con el tiempo una dureza tal que el acero de un hacha se embotaría en ellas. Entre los maderos, dispuestos

horizontalmente unos encima de otros, se ha formado una junta de musgo mezclado con arcilla que impide a las mas violentas lluvias de invierno penetrar en el interior. Los techos de las habitaciones están

pintados en rojo y negro, contrastando con los colores mas alegres de las paredes. En un rincón de la gran sala de estar, una estufa circular, cuyo tubo se pierde en el

oscuro hueco de la chimenea de la cocina. Aquí también la caja del reloj pasea sobre un ancho cuadrante esmaltado las agujas labradas y va pautando los segundos con su sonoro tictac. mas all se encuentra el viejo escritorio de molduras oscuras cerca de un trípode macizo. Sobre una repisa se halla el candelabro de tierra cocida. Los mejores muebles de la casa adoman esta estancia: la mesa de raíz de abedul, de patas robustas, el cofre-baúl, de historiadas cerraduras, donde se guardan los hermosos trajes de las fiestas y de los domingos, el gran sillón duro como una losa de iglesia, las sillas de madera pintada, la rueda rústica, adomada con tonos verdes que resaltan

vivamente sobre la falda roja de las hilanderas. Luego, aquí y allí, el tarro para conservar la mantequilla, el rodillo para comprímirla, la caja de tabaco y de rapé, de marfil esculpido. En fin, encima de la puerta abierta que da a la cocina, un ancho estante exhibe sus hileras de utensilios de cobre y latón, de bandejas y platos esmaltados, de cerámica y de madera, la pequeña muela de afilar, medio hundida en su caracol bamizado, la huevera, antigua y solemne, que podría usarse como caliz; y las paredes tan alegres, cubiertas de tapicerías representando asuntos bíblicos, coloreadas con todos los colores de la estampería de Epinal. En cuanto a las habitaciones de los viajeros, no por ser mas sencillas son menos confortables, con sus pocos muebles extremadamente limpios, sus cortinas verdes que cuelgan desde el techo, su ancha cama cubierta de blancas sábanas de fresco lienzo de akloede y sus artesonados, de los que cuelgan versículos del Antiguo Testamento, escritos en tinta amarilla sobre fondo rojo.

No debemos olvidar que el suelo de la sala de estar, así como el de las habitaciones de la planta baja y del primer piso, están cubiertos de ramitas de abedul, de abeto, de enebro, cuyas hojas llenan la casa con su vivificante perfume.

¿Cabe imaginarse una posada mas agradable en Italia o en España? No! Y la oleada de turistas ingleses no había provocado aún un alza en los precios,

como en Suiza-por lo menos en aquella época-. En Dal, no era la libra esterlina, ni la onza de oro que desaparecían pronto de los bolsillos del viajero, ló que circulaba, sino los species de plata, de un valor aproximado a los cinco francos, y sus subdivisiones el marco, que valía un franco, el

skilling de cobre que no debemos confundir con el shilling británico ya que equivale a diez céntimos tan sólo. Tampoco ios turistas podía hacer uso abusivo de los billetes de banco en Telemark. Allí sólo existe el billete de un specie, que es blanco, el de cinco que es azul, el de diez que es amarillo, el de cincuenta que es verde y el de cien que es rojo. Con sólo dos mas se obtendrían todos los colores del arco iris.

Ademas -y esto no puede menospreciarse en esta hospitalaria casa-, la alimentación es muy buena, cosa rara en la mayor parte de las posadas de la región. En efecto, el Telemark justifica plenamente su sobrenombre de "El País de la leche cuajada". Ni en Tiness, Listhus, Tinoset, ni en muchos otros lugares, se encuentra nunca pan, y cuando se encuentra es de tan mala calidad que es mejor pasarse sin el. Lo sustituye una especie de torta de avena, el flatbrod, seca, negra y dura como el cartón, o bien una especie de pastel ordinario, hecho con una sustancia sacada de la corteza de abedul mezclada con lique o paja trinchada. Encontrar huevos también es raro, a menos que las gallinas hayan puesto ocho días antes. Pero en cambio abundan la cerveza de clase inferior, la leche cuajada, dulce o agria, y a veces un poco de café pero tan espeso que mas parece hollín hervido que el delicioso brebaje de Moka, de Borbón o de Río Núñez.

En la casa de la señora Hansen, al contrario, la bodega y la despensa estaban convenientemente provistas. ¿Que mas pueden desear los turistas mas exigentes? Salmón cocido, salado o ahumado, hores, salmón de los lagos que no ha conocido nunca las aguas amargas, peces de los ríos del Telemark, aves, ni demasiado duras, ni demasiado secas, huevos preparados de mil maneras, finas galletas de centeno y de cebada, frutas y muy particularmente fresas, pan moreno, pero de excelente calidad, cerveza y viejas botellas de vino de Saint-Julien, que propaga hasta aquellas lejanas tierras la fama de dos viñedos de Francia.

La buena reputación de la posada de Dal se extendía por todos los países del norte de Europa.

Cosa que puede comprobarse, ademas, hojeando las amarillentas hojas del libro en el cual los viajeros se complacen en estampar su nombre al pie de mas de un cumplido dedicado a la señora Hansen. La mayoría de estos son suecos y noruegos, llegados de todos los puntos de Escandinavia.

No obstante, también los ingleses abundan; y uno de ellos, por haberse tenido que esperar una hora para contemplar la cumbre del Gusta despejada de

las brumas matinales, escribió británicamente en una de sus páginas:
Patientia omnia vincit.7,

también hay algunos franceses, uno de los cuales, que es mejor no nombrar, se permitió escribir:

No tenemos mas que alabamos de la recepción que se nos ha hecho en esta posada.

Aun con faltas gramaticales y todo, esta frase de reconocimiento rinde homenaje a la señora Hansen y a su hija, la simpática Hulda del Vestfjorddal.

CAPITULO III

Sin estar muy versado en la ciencia etnográfica, puede afirmarse, de acuerdo con ciertos sabios, que existe un parentesco entre las altas familias de la

aristocracia inglesa y las antiguas familias del reino escandinavo. Se encuentran numerosas pruebas de ello en muchos nombres de antepasados, que son idénticos en ambos países. Y no obstante, no existe una aristocracia en Noruega. Pero aún cuando domine la democracia ello no obsta para que sean aristócratas en alto grado. Todos son iguales por lo alto, en vez de serlo por lo bajo. Hasta en las mas humildes cabañas vemos el árbol genealógico, que no ha degenerado por haberse arraigado en tierra plebeya. En el se resaltan los blasones de las familias nobles de la época feudal de los cuales descienden estos sencillos campesinos.

Lo mismo ocurría con los Hansen de Dal, parientes, en grado remoto, sin duda, de estos pares de Inglaterra, creados despues de la invasión de Rollón

de Normandía. Y, si no poseían ya la situación y la riqueza, habían conservado por lo menos el orgullo primitivo, o mejor aún, la dignidad, que la sustituye

en todas las condiciones sociales.

- ¡Ademas, poco importaba! Aún cuando sus antepasados fueran de alta alcumia, no dejaba de ser Harald Hansen el posadero de Dal. Había heredado la casa de su padre y de su abuelo, cuya situación en el país se complacía en recordar. Despues, su mujer había continuado ejerciendo esta profesión de manera que se hizo merecedora del afecto general.

¿Había hecho fortuna Harald, en aquel oficio?

Nadie lo sabía. Pero había podido educar a su hijo Joel y a su hija Hulda, sin que ninguno de los dos tuviera que sentir la dureza de la vida. E incluso había acogido a un hijo de una hermana, Ole Kamps, a quien la muerte de sus padres había dejado huérfano. Y al cual había educado como a sus propios hijos.

Sin su tío Harald, este muchacho no hubiera vivido mucho, y Ole Kamp sentía por sus padres adoptivos un agradecimiento y un afecto filial. Nada debería romper jamás este lazo que le unía a la familia Hansen. Su boda con Hulda lo estrecharía mas y atándole a ellos para toda la vida.

Harald había muerto hacía aproximadamente unos dieciocho meses. Sin contar la posada de Dal, al morir dejó a su viuda un pequeño soeter situado en la montaña. El soeter es como una granja aislada de un rendimiento generalmente mediocre, cuando no nulo. Y las últimas temporadas no habían sido muy buenas. Todos los cultivos habían sufrido, incluso los pastos. Hubo muchas de aquellas noches de hierro, como las llaman los campesinos noruegos, noches de viento y de helada, que destrozan los cultivos hasta las simientes. De aquí proviene la ruina de los cultivadores del Telemark y de Hardanger.

Pero, si la señora Hansen sabía muy bien a que atenerse sobre su situación, no lo había manifestado nunca a nadie, ni aún a sus hijos. De carácter frío y

taciturno, era poco comunicativa, de lo que Hulda y Joel sufrían visiblemente. Pero, con aquel respeto para el cabeza de familia, innato en los países del norte, se mantenían también en una reserva que no dejaba de serles penosa. Por otra parte, la señora Hansen no pedía nunca ayuda ni consejo, estando siempre absolutamente convencida de la seguridad de su juicio, siendo, en este aspecto, muy noruega.

La señora Hansen tenía a la sazón cincuenta años.

Si la edad había blanqueado su cabeza, no podía decirse que hubiera encorvado su talle, ni menguado la vivacidad de su mirada, de un azul intenso, color que había heredado los ojos de su hija. Inicamente su cutis se había vuelto amarillento como un viejo pergamino, y algunas arrugas empezaban a surcar su frente.

La señora, como dicen en los países escandinavos, iba vestida invariablemente con una falda negra, a grandes pliegues, en señal de luto desde la muerte de Harald. Su corpiño oscuro ceñíase sobre una blusa de algodón crudo. Cubría sus espaldas una pañoleta oscura, que cruzaba sobre su pecho, cubriendo parte del ancho delantal que se ataba a la espalda. Su cabeza iba siempre cubierta por un gorrito de gruesa seda negra, especie de cofia que va desapareciendo de los tocados de moda. Sentada muy derecha, en su sillón de madera, la grave hostelera de Dal no abandonaba su rueda mas que para fumar una pequeña pipa de corteza de abedul, cuyas volutas de humo la envolvían en ligeras nubes.

En verdad, la casa hubiera parecido quizá muy triste sin la presencia de los dos muchachos.

Joel Hansen era un chico estupendo. De veinticinco años, fomido, alto, como todos los montañeses noruegos, arrogante sin fanfarronería, atrevido sin ser

temerario. Era de un rubio castano, con unos ojos azul oscuro, casi negros. Su vestido hacía resaltar sus anchos hombros, que no se doblaban fácilmente, su

ancho pecho, dentro del cual funcionaban admirablemente sus buenos pulmones de guía de las montañas, sus brazos vigorosos, sus piernas acostumbradas a las ascensiones más difíciles de las altas cumbres del Telemark. Su chaqueta azul, ceñida a la cintura, se cruzaba sobre el pecho en dos tiras verticales y estaba adornada con dibujos de colores en la espalda parecidos a los de algunas túnicas celtas de Bretaña.

El cuello de la camisa se abría ampliamente. Sus calzones amarillentos estaban recogidos debajo de la rodilla por unas ligas con bucles. Cubría su cabeza un sombrero oscuro de anchas alas, con bordes rojos, y sus piernas con polainas o con botas altas, de gruesa suela, de tacón plano, parecidas a las botas de mar.

Joel había escogido el oficio de guía de la bailía del Telemark y hasta de lo más hondo de las montañas del Hardanger. Siempre dispuesto a partir, infatigable, merecía compararse a estos héroes noruegos como Rollón-el-Andador, celebre en las leyendas del país. Acompañaba a los cazadores ingleses que acudían a cazar el riper, ave marina mayor que la de las Hébridas, el jerper, perdiz más delicada que la de Escocia. Llegado el invierno, la caza de lobos lo atraía, cuando estos animales carnívoros empujados por el hambre, se aventuraban por las superficies de los lagos helados. Luego, en verano, era la caza del oso, cuando este animal, seguido por sus crías, viene a buscar su alimento de hierba fresca, y que debe perseguirse a través de las mesetas, a una altura de más de mil pies, más de una vez Joel no perdió la vida gracias a su prodigiosa fuerza, que le hacía capaz de resistir los terribles abrazos de estas formidables bestias, y a su imperturbable sangre fría, que le permitía desprenderse de ellas.

En fin, cuando no había ni turistas para guiar al valle del Vestfjorddal, ni cazadores para acompañar a los fields (2), Joel se ocupaba del pequeño soeter, situado algunas millas lejos, en la montaña. La señora Hansen tenía empleado allí a un joven pastor, que estaba encargado de guardar una media docena de vacas y una treintena de ovejas, ya que el soeter sólo disponía de pastos, ninguna clase de cultivos.

Por su carácter amable y servicial, Joel era conocido en todos los gaards del Telemark, lo que quiere decir que todos le querían. Por su parte, el adoraba

sobre todo a tres personas, que eran su madre, su primo Ole y su hermana Hulda.

Cuando Ole Kamp se había marchado de Dal para embarcarse por última vez, Joel sintió más que nunca no poder dar una buena dote a Hulda que le hubiera permitido no separarse ya de su prometido. Verdaderamente, si hubiera estado en condiciones de hacerse a la mar, no habría dudado en embarcarse en lugar de su primo. Pero para casarse era necesario disponer de algún dinero, y como la señora Hansen no se había comprometido con el joven, Joel comprendió que por el momento no podía sacar nada de los bienes familiares. Por tanto, Ole tuvo que partir a lo lejos, más allá del Atlántico. Joel lo había acompañado hasta el límite del valle, por la carretera de Bergen, y se despidió de él con un fuerte abrazo, deseándole un buen viaje y un feliz regreso. Luego había vuelto a su casa para consolar a su hermana, a quien quería con un amor a la vez fraternal y paternal.

Hulda tenía a la sazón dieciocho años. No se trataba de una piga, nombre que se da a las sirvientas de las hosterías noruegas, sino de una verdadera froken, la señorita, del mismo modo que su madre era la señora de la casa. ¡Que carita más simpática la suya, encuadrada por sus rubios cabellos, casi dorados, que le caían por la espalda en largas trenzas! que fino era su talle, ceñido por el corpiño de paño rojo a rayas verdes, adornado con bordados de colores, entreabierto por delante, y del que salía la blusa blanca, cuyas mangas se ceñían a las muñecas anudadas con cintas de color! Cuán graciosa era su figura, cuando se ponía el cinturón verde con cierres de filigrana de plata, que sostenía la falda verde también cubierta por un delantal de bordados multicolores, y bajo el cual asomaban las lindas piernas enfundadas en blancas medias. ¡Sí!, la novia de Ole era encantadora, con esta fisonomía un poco melancólica de las muchachas del Norte, pero sonriente al mismo tiempo. Su presencia evocaba el recuerdo de Hulda la Rubia, de la cual ella llevaba el nombre, que la mitología escandinava ha creado como un hada feliz que vela en el hogar doméstico.

Su aire modesto y reservado no le quitaba la gracia con que sabía acoger a los huéspedes de un día, que se detenían en el albergue de Dal. Ya era conocida

en el ambiente turístico. ¿No era ya una atracción el poder cambiar con Hulda un cordial apretón de manos?

Y luego decirle:

Gracias por esta comida. ¡ack for mad!

Y que más agradable que oírle contestar con su voz fresca y sonora:

¡Que os sea provechoso. Il ed bekomme!

CAPITULO IV

HACIA un año que Ole Kamp se había marchado.

Tal como había dicho en su carta, aquella campaña de invierno en los parajes de Terranova era sumamente ruda. ¡Bien es verdad que se llega a ganar

mucho dinero, cuándo se gana! Claro que hay también los vendavales del equinoccio, que sorprenden las embarcaciones a lo largo de las islas y pueden

destruir en pocas horas toda una flotilla pesquera.

Pero el pescado abunda en aquellas alturas de Terranova, y las tripulaciones, cuando tienen suerte, hallan una buena compensación a las fatigas y peligros

pasados.

Por lo demas, los noruegos son en general buenos marinos. No rehuyen el trabajo. Por entre los fiordos del litoral, desde Cristianía hasta el cabo Norte,

entre los arrecifes de Finmark, a través de las Loffoden, las ocasiones no les falta de familiarizarse con el furor del océano. Cuando atraviesan el Atlántico

Norte para dirigirse a las lejanas aguas de Terranova, ya dan muestras de su valor. Durante su infancia, todos los golpes que han recibido de los huracanes, en la costa europea, les ha preparado para afrontar los rudos golpes de las mismas tempestades en el gran banco de Terranova.

Los noruegos tienen, sin embargo, a quien parecerse. Sus antepasados fueron siempre intrépidos marinos y gente de mar, en la época en que las Hansas

habían acaparado el comercio de la Europa septentrional. Quizá también fueron un poco piratas antiguamente, pero la piratería era entonces aceptada. Sin duda, el comercio se ha moralizado desde entonces, aunque creemos queda aún bastante que hacer.

Sea como sea, los noruegos han sido, son y serán siempre, audaces navegantes. Ole Kamp no era hombre que desmintiera las promesas de su origen. Su aprendizaje, su iniciación en aquel duro trabajo los debía a un viejo lobo de mar de Bergen. Toda su infancia había transcurrido en aquel puerto, uno de los mas frecuentados de Escandinavia. Antes de hacerse a la

mar, había sido uno de los mas audaces chiquillos de los fiordos, descubriendo pájaros acuáticos y pescando los innumerables peces que servían para fabricar el stock-fish. Luego, se enroló de grumete y navegó por el Báltico y por el mar del Norte, llegando incluso hasta el océano rtico. De esta forma realizó varios viajes a bordo de las grandes embarcaciones de pesca y obtuvo el grado de capitán, cuando tuvo veintiún años. Ahora ya tenía veintitrés.

Entre sus campañas, no dejaba nunca de visitar la familia que tanto quería, la única que le quedaba en el mundo.

Y, cuando se hallaba en Dal, era un digno camarada de Joel. Le seguía en todos sus recorridos a través de las montañas, hasta las mas elevadas mesetas del Telemark. Los felds, despues de los fiordos, le convenían a aquel joven marinero, y nunca se quedaba atrás, a no ser que fuera para hacer un rato de compañía a su prima Hulda.

Una fuerte amistad establecióse poco a poco entre Ole y Joel. Y, como era de suponer, este sentimiento tomó otra forma con respecto a la muchacha.

Y, ¿cómo no había de animarle Joel? ¿Dónde encontraría su hermana, en toda la provincia, un muchacho mejor, mas simpático, mas abnegado, de mas buen corazón que el? Con Ole por marido, la felicidad de Hulda estaba asegurada. Fue, pues, con el consentimiento de su madre y de su hermano, que la joven se dejó llevar por la inclinación natural de sus sentimientos. No porque las gentes del Norte sean poco demostrativas, puede tachárselas de insensibilidad. ¡No! Es su manera de ser.

En fin, un día que los cuatro se hallaban reunidos en el salón, Ole dijo sin preámbulos:

- Tengo una idea, Hulda.
- ¿Cual? -contestó la muchacha.
- ¡Me parece que deberíamos casamos!
- Yo también lo creo así.
- Sería conveniente, en verdad -añadió la señora Hansen, como si se tratara de un asunto discutido desde mucho tiempo antes.
- Efectivamente, y entonces, Ole -replicó Joel-, yo me convertiría en tu cuñado.
- Sí-dijo Ole-, y es probable, Joel, que aún te quisiera mas...
- ¡Si es posible!
- ¡Ya lo verás!
- A fe mía que no deseo nada mejor -contestó Joel, estrechando la mano de Ole.

- Entonces, ¿queda convenido así, Hulda? -preguntó la señora Hansen.

- Sí, madre-contestó la joven.

- Piénsalo bien, Hulda-contestó Ole-. Hace ya mucho tiempo que te quiero, sin decírtelo.

- ¡Yo también, Ole!

- Cómo empezó, no puedo decírtelo.

- Ni yo tampoco.

- Sin duda, Hulda, fue al verte cada día mas guapa, mas buena...

- ¡Exageras, querido Ole!

- ¡Oh, no! Y no enrojezcas si te digo esto, ya que es verdad. Señora Hansen, ¿usted no se había dado cuenta de que amaba a Hulda?

- Un poco.

- ¿Y tú, Joel?

- ¿Yo? ¡Ya lo creo!

- Francamente -prosiguió Ole, sonriendo- creo que habrías tenido que avisarme.

- Pero, Ole-preguntó la señora Hansen-, ¿no te parecerán demasiado penosos tus viajes cuando estés casado?

- Tan penosos -contestó Ole- que ya no viajaré mas despues de casado.

- ¿No viajarás mas?

- No, Hulda. ¿Crees que me sería posible dejarte durante estos largos meses?

- Entonces, ¿es la última vez que te vas a la mar?

- Sí; pero, con un poco de suerte, este viaje me permitirá disponer de cierta cantidad, ya que los señores Haelp Hermanos me han prometido formalmente darme la parte entera...

- ¡Son unas excelentes personas!-dijo Joel.

- Como no hay otras-añadió Ole-, y bien conocidas y apreciadas por todos los marinos de Bergen.

- Querido Ole-dijo entonces Hulda-, ¿Que es lo que harás cuando no navegues?

- Entonces seré el compañero de Joel. Tengo buenas piemas, y si aún no lo fueran bastante, haría que lo fuesen adiestrándome poco a poco, ademas, he pensado en un asunto que puede ser un buen negocio.

¿Por que no establecemos un servicio de mensajerías entre Drammen, Konsberg y los gaards del Telemark? Las comunicaciones no son ni fáciles ni regulares y quizá sería una manera de ganar dinero. En fin, tengo mis ideas sin contar...

- ¿Que?

- ¡Nada! Ya lo veremos cuando regrese. Pero, os advierto que estoy decidido a hacer todo lo posible para que Hulda sea la mujer mas envidiada del país.

¡Sí! ¡Bien decidido!

- Si supieses, Ole, lo fácil que será -contestó Hulda cogiéndole la mano-.

¿No está casi hecho ya?

¿Existe otra casa mas feliz que la nuestra de Dal?

La señora Hansen volvió la cabeza un instante.

- Entonces -continuó Ole alegremente-, ¿es asunto concluido?

- Sí -contestó Joel.

- ¿Y ya no hay nada mas que hablar?

- Nada mas.

- ¿No te arrepentirás, Hulda?

- Nunca querido Ole.

- En cuanto a señalar la fecha de la boda, creo que es mejor esperar a tu regreso- añadió Joel

- Sea, pero sería muy desgraciado si antes de un año no estoy de vuelta para conducir a Hulda a la iglesia de Moel, donde nuestro amigo el cura Andresen no rehusará darnos su bendición.

Y así fue cómo quedó decidida la boda de Hulda Hansen con Ole Kamp.

Ocho días mas tarde el joven marinero debía embarcarse en Bergen. Pero, antes de separarse, los novios se habían prometido de acuerdo con la conmovedora costumbre de los países escandinavos.

En Noruega se tiene la costumbre de celebrar el compromiso, incluso cuando la boda no deba celebrarse hasta tres o cuatro años despues. Pero no vayan a creer que la petición de mano, como llamamos nosotros al compromiso de noviazgo, sea un simple cambio de promesas, cuyo valor sólo se basa en la buena fe de los contrayentes. ¡No! El compromiso es mucho mas serio, y aunque este acto no sea reconocido por la ley, lo está por la costumbre, ley natural.

Se trataba, pues, en el caso de Hulda y de Ole Kamp, de organizar una ceremonia presidida por el cura Andresen. No había ministro del Señor en Dal,

ni en la mayoría de los gaards de los alrededores. En Noruega se encuentran ciertos pueblos que llevan el nombre de la población de domingo, en la cual se levanta el presbiterio, el proestegjelb. Allí se reúnen para el oficio las principales familias de la parroquia.

Algunas poseen incluso pequeños aposentos para permanecer las veinticuatro horas, o sea el tiempo necesario para cumplir con sus deberes religiosos. Después vuelven a sus casas, como si volvieran de un peregrinaje. Aún cuando existía una capilla en Dal, el cura sólo iba cuando así se le solicitaba, para efectuar ceremonias de orden privado.

Después de todo, Moel no estaba lejos. Sólo una media milla proximadamente diez kilómetros- desde Dal hasta el extremo del lago Tinn. En cuanto al cura Andresen, era un hombre servicial y un buen andarín. El cura fue invitado para acudir a la ceremonia del noviazgo, en su doble calidad de ministro y de amigo de la familia Hansen. Hacía muchos años que se conocían. Había visto crecer a Hulda y a Joel y los quería tanto como quería también al joven lobo

de mar, Oie Kamp. Nada podía complacerle más que aquella boda. Era algo que alegraría todo el valle del Vestfjorddal.

Y una mañana, el buen cura Andresen cogió su breviario y partió bajo un cielo bastante nublado. Joel fue a recibirle a mitad del camino y juntos llegaron a

la hostería. No hay que decir cómo fue recibido por los Hansen, que le habían reservado la mejor habitación de la planta baja, adornándola con ramas de

enebro recién cortadas, que la perfumaban como una capilla.

A la mañana siguiente, a primera hora, se abrió la pequeña capilla de Dal. Allí, ante el cura y en presencia de varios amigos y vecinos de la hostería, Ole juró

sobre el breviario que se casaría con Hulda y Hulda juró que se casaría con Ole, cuando regresara del último viaje que el joven marino iba a emprender. Un año de espera es largo, pero pasa al fin, cuando uno está seguro del otro.

Ahora Ole no podría ya repudiar, sin un motivo grave, a la mujer con quien se había prometido; y Hulda no podría traicionar la fidelidad que había jurado a Ole. Y si Ole Kamp no hubiera tenido que marcharse pocos días después del noviazgo, habría podido disfrutar de los derechos que éste le otorgaba:

poder visitar a la joven cuando lo deseara, escribirle siempre que quisiera, acompañarla en sus paseos, cogidos del brazo, incluso sin la presencia de los familiares de la muchacha, obtener preferencia sobre todos los demás para bailar con ella en las fiestas y demás ceremonias.

Pero Ole Kamp tuvo que regresar a Bergen. Ocho días después, el Viken partía para la campaña de pesca de Terranova. Hulda sólo tenía que

esperar entonces las cartas que su novio le había prometido le enviaría por todos los correos de Europa.

Y estas cartas, esperadas con tanta impaciencia, no faltaron nunca. Siempre traían un poco de felicidad a la casa entristecida desde la marcha de Ole. El

viaje iba efectuándose en las mas favorables condiciones. La pesca era fructífera y los beneficios serían grandes. Y luego, al final de cada carta, Ole hablaba siempre de cierto secreto y de la fortuna que éste debería asegurarle. Este secreto, Hulda hubiera querido descubrirlo, y también la señora Hansen.

Y es que la señora Hansen volvía cada día mas preocupada, mas inquieta y encerrada en sí misma.

Y una circunstancia, de la cual no habló a sus hijos, vino aún a aumentar sus preocupaciones.

Tres días despues de la llegada de la última carta de Ole, el 19 de abril, la señora Hansen volvía sola del aserradero donde había ido a encargar un saco de viruta al contraamaestre Lengling, y se encaminaba hacia su casa. Un poco antes de llegar a la puerta, un desconocido le salió al paso y la interpeló así:

- ¿Es usted la señora Hansen?

- Sí-contestó ella-, pero no le conozco a usted.

- Oh, poco importa! -contestó el hombre-. He llegado esta mañana de Drammen y vuelvo allí.

- ¿De Drammen? -exclamó vivamente la señora Hansen.

- ¿No conocería usted por casualidad a un cierto señor Sandgoist, que vive allí...?

- El señor Sandgoist!-repitió la señora Hansen, palideciendo al oír este nombre-¡Sí... le conozco!

- Bueno, pues cuando el señor Sandgoist ha sabido que venía a Dal, me ha rogado que la saludara a usted de su parte.

- Y... ¿nada mas...?

- Nada mas, sólo decirle que probablemente vendrá a verla el mes próximo. Buena suerte y buenas noches, señora Hansen.

CAPITULO V

HULDA, en efecto, estaba muy extrañada de la insistencia de Ole en hablarle siempre en sus cartas de aquella fortuna que esperaba hallar a su regreso. ¿En que fundaba sus esperanzas? Hulda no podía adivinarlo, y ansiaba saberlo. Esta impaciencia natural era muy excusable. ¿Vana curiosidad por su parte? De ninguna manera. Pero este secreto le concemía un poco a ella. No es que aquella honrada y sencilla muchacha fuera ambiciosa, ni que sus aspiraciones para el porvenir se elevaran a lo que se llama la riqueza. El afecto de Ole bastaba, y le bastarían siempre. Si la fortuna llegaba, la acogería sin grandes demostraciones de alegría. Pero si no venía, se pasaría sin ella sin disgusto.

Esto era precisamente lo que se decían Hulda y Joel, al día siguiente de recibir la última carta de Ole.

En aquello, como en todo lo demas, pensaban de la misma manera.

Y Joel añadió:

- ¡No! No es posible, hermanita. ¡Tú me escondes algo!
- ¡Yo...! ¿Esconderte?
- ¡Sí! ¡Que Ole se haya marchado sin decirte al menos algo de su secreto... es increíble!
- ¿Te ha dicho algo a ti, Joel? -contestó Hulda.
- No, hermanita. Pero yo no soy tú.
- Sí, tú eres como yo.
- Yo no soy el prometido de Ole.
- Casi -dijo la muchacha-; y si le ocurriera alguna desgracia, si no volviera de este viaje, tú te desesperarías como yo y tus lágrimas serían tan amargas como las mías.
- ¡Ah, hermanita! -contestó Joel-. ¡Te prohibo que tengas estas ideas! ¡No volver Ole de este último viaje! ¿Hablas en serio, Hulda?
- No, no, Joel. Y, no obstante, no sé... No puedo ahuyentar ciertos presentimientos... horribles sueños.
- Sin duda, pero ¿de dónde salen?
- De nosotros mismos y de mas arriba. Temes, y son tus temores los que te persiguen en sueños. Por lo demas, siempre ha ocurrido así, cuando se ha deseado ardientemente una cosa y se acerca el momento en que los deseos van a realizarse.

- Ya lo sé, Joel.

- En verdad, te creía mas fuerte, hermanita. ¡Sí! mas enérgica. ¿Cómo es posible? Acabas de recibir una carta en la que Ole te dice que el Vilken estar

de regreso antes de un mes y te llenas la cabeza de preocupaciones.

- ¡No... no es la cabeza; es el corazón, Joe!

- De hecho -añadió Joel-, estamos ya a 19 de abril. Ole debe llegar hacia el 15 ó 20 de mayo. No estaría de mas que empezaras ya a hacer los preparativos para la boda.

- ¿Lo crees asi, Joel?

- ¡Sí, lo creo, Hulda! Creo incluso que quizá hemos tardado demasiado. Piensa tú! Una boda que va a alegrar no solamente a todo Dal sino a todos los gaads vecinos. Quiero que sea algo muy hermoso, y voy a ocuparme yo mismo de preparar las cosas.

Y es que la preparación de una ceremonia de esta clase en los campos de Noruega, y especialmente en Telemark, es un asunto importane que lleva mucho barullo y mucho quehacer.

Por esto, aquel mismo día Joel habló de ello con su madre, pocos minutos despues, precisamente, del encuentro que había impresionado tan vivamente a la señora Hansen. Al marcharse el desconocido que le había anunciado la próxima visita del Señor Sandgoist, de Drammen, la señora Hansen había entrado en la casa y, sentándose en el gran sillón del salón, maquinalmente daba vueltas a la rueca, absorta en sus pensamientos.

Joel se dio cuenta de que su madre estaba mas preocupada que de costumbre, pero, como cuando se le preguntaba que tenía, contestaba invariablemente que no tenía nada, su hijo no quiso hablarle mas que de la boda de Hulda.

- Madre-dijo-, ya sabéis que Ole nos anuncia en su última carta que probablemente estará de regreso a Telemark dentro de pocas semanas.

- Todos lo deseamos-contestó la señora Hansen- y quiera Dios que no se retrase.

- ¿Tendría usted algún inconveniente en fijar la fecha de la boda para el día 25 de mayo?

- Ninguno, si Hula consiente.

- Su consentimiento lo tengo ya. Y ahora, quisiera preguntarle, madre, si tiene usted la intención de hacer bien las cosas en esta ocasión.

- ¿Que quieres decir por hacer bien las cosas.-contestó la señora Hansen sin levantar la vista de su rueca.

- Quiero decir, si me lo permite, madre, que la ceremonia tiene que

estar a la altura de nuestra situación en el lugar. Debemos invitar a nuestros amigos

y, si nuestra casa no es suficiente para albergarlos a todos, siempre encontraremos algún vecino que se prestará a cederles alguna habitación.

- ¿Y quiénes serían los huéspedes, Joel?

- Bueno, creo que deberíamos invitar a nuestros amigos de Moel, de Tiness, de Bamble, ya me cuidaría yo de ello. Me parece también que la presencia de los

señores Help, los armadores de Bergen, hará honor a la familia y, con su consentimiento, repito, les propondría venir a pasar un día a Dal. Son unas personas estupendas, que quieren mucho a Ole y estoy seguro que aceptarían.

- ¿Crees que es necesario dar tanta importancia a esta boda?-repuso la señora Hansen.

- Sí, lo creo, madre, y además me parece que sería bueno también para nuestra hostería de Dal, que no ha desmerecido, que yo sepa, desde la muerte de nuestro padre.

- ¡No... Joel... no!

- ¿No es nuestro deber conservarla al menos en el mismo estado en que el la dejó? Por esto creo conveniente dar bastante resonancia a la boda de mi hermana.

- Sí, Joel. -además, ¿no es hora ya de que Hulda emiece sus preparativos, a fin de que nada se retrase por su parte? ¿Que contestáis, madre, a mi proposición?

- Que Hulda y tú hagáis lo que sea necesario... -contestó la señora Hansen.

Tal vez se crea que Joel se apresuraba demasiado, y que hubiera sido mas conveniente esperar el regreso de Ole para señalar la fecha de la boda y, sobre todo, empezar a hacer los preparativos. Pero, como decía el,

lo que estaria hecho ya no tendría que volverse a hacer. Y, además, el ocuparse de los mil detalles que una ceremonia de esta clase lleva consigo, distraería también a Hulda. Era preciso no dejarla sola con sus presentimientos, que nada justificaba ya.

En primer lugar, debían pensar en la dama de honor. Pero no había que inquietarse: ya la habían escogido. Era una simpática muchacha de Bamble, amiga íntima de Hulda. Su padre, el granjero Helmboe dirigía uno de los gaards mas importantes de la provincia. Este hombre poseía cierta fortuna. Hacía tiempo que apreciaba el carácter generoso de Joel, y no podemos negar que su hija Siegfriid también lo apreciaba a su manera. Era

muy posible, pues, que, en un futuro próximo, después que Siegfrid hubiera hecho de dama de honor de Hulda, Hulda a su vez sería su dama. Es una cosa corriente en Noruega. A menudo esas funciones se reservaban para las mujeres casadas. Era un poquito de derogación en provecho de Joel, que Siegfrid Helmboe asistiera a la boda de Hulda Hansen en su calidad de dama de honor.

Tanto para la novia como para la dama de honor, la cuestión más importante era el vestido que se pondrían el día de la ceremonia.

Siegfrid, una rubia encantadora de dieciocho años, tenía la intención de presentarse con una toilette que realzara su belleza. Prevenida por Hulda por medio de una carta que Joel mismo se cuidó de entregarle en sus propias manos -se puso inmediatamente a la obra para realizar este trabajo, que tanto preocupa a las mujeres.

Se trataba, en efecto, de la confección de un corpiño cuyos bordados hacían un dibujo que reseguiría el talle de Siegfrid, encerrándolo como en un estuche.

Luego la falda, que llevaba encima de una serie de enaguas, cuyo número estaría en concordancia con la fortuna de Siegfrid, pero sin que por ello perdiera nada de su gracia natural. Y en cuanto a las joyas era cuestión de saber elegir el collar de filigrana de plata engarzado de perlas, los broches del corpiño de plata dorada o de cobre, los pendientes en forma de corazón, con discos colgantes, los botones dobles para abrochar el cuello de la camisa, el cinturón de lana o de seda roja, del cual cuelgan cuatro cadenas los anillos, las pulseras de plata labrada; en fin, todas las joyas corrientes en aquellas tierras, en las cuales a decir verdad, el oro no abunda, la plata es de estaño, las perlas son de vidrio soplado y los diamantes de cristal. Pero era preciso que el conjunto alegrara la vista. Y si fuere necesario, Siegfrid no vacilaría en recorrer las ricas tiendas del señor Benett, de Cristianía, para realizar sus compras. Su padre no se opondría a ello. Al contrario. El buen hombre dejaba de buena gana que su hija hiciera su voluntad. Siegfrid de todos modos, era lo bastante razonable para no abusar del bolsillo de su padre. En fin, lo que importaba por encima de todo, era que aquel día Joel la encontrara más bella que nunca.

Y en cuanto a Hulda, le ocurría lo mismo. Pero las modas son implacables y proporcionan muchas preocupaciones a las novias cuando se trata de escoger

su ajuar de boda.

Hulda ya no llevaría más las largas trenzas que se le escapaban de su cofia de jovencita, ni tampoco el ancho cinturón con broches, que sostenía el

delantal

sobre la falda roja. Ya no llevaría los lazos de prometida que Ole le había regalado al marcharse, ni el cordón del cual cuelgan estos saquitos de cuero bordado que encierran la cuchara de plata, de mango corto, el cuchillo, el tenedor, el alfilerero-todos estos objetos de uso constante por una mujer en el hogar.

¡No! El día de la boda, la cabellera de Hulda caería libremente sobre sus hombros, y era tan abundante, que sería necesario añadirle aquellos postizos

de lino, que usan las jóvenes noruegas menos favorecidas por la naturaleza. En resumen, tanto para su traje como para sus joyas, Hulda sólo tenía que abrir el baúl de su madre. Efectivamente, estos elementos del tocado se transmiten de boda en boda a todas las generaciones de la misma familia. Así vemos reaparecer el jubón bordado de oro, el cinturón de terciopelo, la falda de seda, lisa o de colores, las medias de tadmet, la cadena de oro del cuello y la corona- esta famosa corona escandinava, conservada en el mejor sitio del cofre, o engalanada de hojas, en fin, la equivalente a la corona de azahar de los demas países de Europa. Lo que es bien cierto es que este nimbo reluciente, con sus delicadas filigranas, sus colgantes sonoros, sus cristales de colores, encuadraría deliciosamente la bonita cara de Hulda. La novia coronada, como se dice, haría honor a su esposo. El también sería digno de ella, con su flamante traje de boda- chaqueta corta, con botones de plata muy unidos, camisa almidonada, con cuello alto, chaleco de seda, calzón estrecho ceñido a la rodilla con lazos de lana, sombrero de fieltro, botas amarillas y, colgando del cinto, con su vaina de cuero, el cuchillo escandinavo, el dolknif, que el verdadero noruego no abandona nunca.

Así, pues, tanto de una parte como de otra, tenían mucho trabajo que hacer. No seran muchas las semanas que faltaban, si quería que todo estuviera listo

antes de la llegada de Ole Kamp. Despues de todo, si Ole estaba de regreso un poco antes de lo que había anunciado y Hulda no estaba aún a punto, no sería Hulda la que se quejaría, ni Ole tampoco.

Con estas ocupaciones pasaron las últimas semanas de abril y las primeras de mayo. Por su parte, Joel había ido personalmente a hacer las invitaciones,

aprovechando que su profesión de guía le dejaba entonces bastantes ratos libres. Realmente tenía muchísimos amigos en Bamble, pues era allí donde

iba mas a menudo. Aún cuando no había ido a Bergen para invitar a los señores Help, les había escrito al efecto. Y, tal como pensaba, estos honrados armadores habían aceptado gustosos la invitación de asistir a la boda de Ole Karp, el joven pescador del Viken.

Y llegó el día 15 de mayo. De un día a otro esperaban ver bajar a Ole de su kariol, abrir la puerta y gritar con alegría:

- ¡Soy yo...! ¡Ya estoy aquí!

Sólo hacía falta un poco de paciencia. Ya todo estaba listo. Siegfrid, por su lado, sólo necesitaba una señal para comparecer al punto engalanada con todos sus adomos.

Pasó el día 16 y 17, sin recibir ninguna otra carta de Terranova.

- No debes extrañarte, hermanita-le repetía continuamente Joel-. Un barco de vela puede tener muchos retrasos. La travesía es larga desde Saint Pierre

Miquelon a Bergen. ¡Ah!, porque no sería un buque de vapor, ese Viken, y yo la máquina. ¡Cómo le empujaría contra viento y marea, aun cuando tuviera que estallar al llegar a puerto!

Decía todo esto, porque veía que la inquietud de Hulda aumentaba de día en día.

Precisamente tenían muy mal tiempo en Telemark.

Un fuerte viento azotaba los altos fields, y aquellos vientos que soplaban del Oeste venían de América.

- ¡Este viento debería favorecer la marcha del Viken!-se repetía a menudo la muchacha.

- Sin duda -contestaba Joel-, pero si es demasiado fuerte, puede entorpecerla también y obligarle a hacer frente al huracán. ¡No puede hacerse lo que

se quiere en el mar!

- Entonces, ¿tú no estás inquieto, Joel?

- ¡No, Hulda, no! Es desagradable este retraso, pero, es natural. No. No estoy nada inquieto y, verdaderamente, no existe motivo para estarlo.

El día 19 llegó a la hostería un viajero que solicitó los servicios de un guía. Se trataba de conducirle hasta el límite del Hardanger, pasando por las montañas. Aún cuando le contrariaba dejar sola a Hulda en aquellos instantes, Joel no podía rehusar lo que le pedían. Estaría ausente unas cuarenta y ocho horas todo lo mas, y Joel esperaba hallar a Ole cuando regresara. La verdad es que

el muchacho empezaba a preocuparse.

Pero, así y todo, partió a la madrugada, con el corazón en un puño.

A la mañana siguiente, precisamente una hora despues del mediodía, llamaron a la puerta de la hostería.

- ¡Será Ole!-exclamó Hulda.

Y corrió a abrir.

En el umbral de la puerta se hallaba un hombre cubierto con un abrigo de viaje, que le era completamente desconocido.

CAPTULO VI

ES esta la hostería de la señora Hansen?

- Sí, señor-contestó Hulda.

- ¿Está la señora Hansen en casa?

- No, pero va a venir.

- ¿Pronto?

- Al instante, si usted necesita hablarle...

- Ah, no. No tengo nada que decirle.

- ¿Quiere usted una habitación?

- ¡Sí, la mejor de la casa!

- ¿Quiere usted comer?

- Lo mas pronto posible; y procure que me sirvan de lo mejor que haya.

Estas fueron las palabras que se cruzaron entre Hulda y el viajero, antes de que éste hubiera descendido del kariol que lo había conducido hasta el corazón del Telemark, a través de los bosques, los lagos y los valles de Noruega.

Ya conocemos el kariol, este instrumento de locomoción tan querido por los escandinavos. Dos largas varas entre las cuales se mueve un caballo, dirigido

por unas simples riendas de cuerda que pasan, no por su boca, sino por su nariz; dos grandes ruedas delgadas, cuyo eje, sin muelles, sostiene una pequeña caja coloreada, apenas lo suficiente grande para que quepa una persona, sin capota, sin guardabarros, sin estribo, y detrás de la caja un pequeño saliente, en el cual se instala el skydskarl. En conjunto tiene la

apariencia de una enorme araña, cuya doble tela estara formada por las dos ruedas del raro vehículo.

Y con esta máquina rudimentaria pueden hacerse recorridos de quince a veinte kilómetros, sin gran fatiga.

A una señal del viajero, el muchacho vino a sujetar el caballo. Entonces, aquel personaje se levantó, se sacudió y puso pie a tierra, no sin bastantes esfuerzos que se tradujeron en una serie de imprecaciones de pésimo mal humor.

- ¿Pueden albergar mi kariol?-preguntó con rudeza, deteniéndose a la entrada de la casa.

- Sí, señor-contestó Hulda.

- ¿Y dar de comer a mi caballo?

- Voy a ponerlo en el establo.

- ¡Que lo cuiden bien!

- Así lo haremos. ¿Puedo preguntarle si estará usted muchos días en Dal?

- No lo sé.

El kariol y el caballo fueron conducidos a un pequeño cobertizo situado bajo la protección de los árboles, al pie de la montaña. Era el único establo que

tenían en la hostería, pero era suficiente para el servicio de los huéspedes.

Momentos después, el viajero se había instalado en la mejor habitación, tal como había solicitado.

Una vez allí, quitóse el abrigo y se calentó junto al fuego que había pedido le encendieran. Mientras tanto, con el fin de satisfacerle, Hulda recomendaba a la piga que le preparase la mejor comida posible.

La piga era una fuerte muchacha de los alrededores que durante la temporada de verano ayudaba a la cocina y a los trabajos de la hostería.

El recién llegado era un hombre fornido, aún cuando hubiera pasado de los sesenta. Delgado, un poco encorvado, de altura mediana, cabeza huesuda,

rostro imberbe, nariz puntiaguda, ojos pequeños de mirada penetrante, tras unos grandes lentes, frente fruncida, labios delgados, demasiado para que se escapara de ellos alguna buena palabra, manos largas y ganchudas; era el verdadero tipo del prestamista o usurero. Hulda tuvo el presentimiento de que este viajero no traería nada bueno a la casa de la señora Hansen.

No podía dudarse que era noruego, pero del tipo escandinavo había cogido sobre todo la parte vulgar.

Su atuendo de viaje estaba compuesto de un sombrero plano, de anchas alas, un traje de paño blancuzco, americana cruzada, calzón ceñido a la rodilla por

una correa de cuero y encima de todo una especie de pelliza oscura, forrada de piel de cordero, abrigo necesario a causa de las noches muy frías, aún en las mesetas y en los valles del Telemark.

En cuanto al nombre de aquel personaje, Hulda no se lo había pedido. Pero no tardaría en saberlo, ya que tenía que inscribirse en el libro de la hostería.

En aquel momento, la señora Hansen entró. Su hija le anunció la

llegada de un viajero que había pedido la mejor habitación y la mejor comida. En cuanto a saber si prolongaría su estancia en Dal, lo ignoraba, ya que nada le había dicho al respecto.

- ¿Y no ha dicho su nombre?-preguntó la señora Hansen.

- No, madre.

- ¿Ni de dónde venía?

- No.

- Seguramente es algún turista. Lástima que Joel no esté aquí para ponerse a su disposición. ¿Que haremos si nos pide un guía?

- No creo que sea un turista-contestó Hulda-

Es un hombre ya de edad...

- Si no es un turista, ¿Que viene a hacer a Dal? -dijo la señora Hansen, mas para sí misma que para su hija, y con una entonación que traslucía su inquietud.

Hulda nada podía decirle sobre esto, ya que el viajero no le había dado a conocer sus proyectos.

Una hora despues de haber llegado, aquel hombre entró en el gran salón contiguo a su habitación. Al ver a la señora Hansen, se detuvo en el umbral.

Evidentemente, tan desconocido era para la señora Hansen como ella lo era para su huesped. Acercóse hacia ella y, despues de haberla mirado por encima de sus lentes, le dijo, sin hacer ningún ademán para quitarse el sombrero de la cabeza:

- ¿La señora Hansen?

- Sí, señor-contestó ésta.

Y, en presencia de aquel hombre, experimentó, al igual que su hija, una turbación que no pudo ocultar.

- Entonces ¿es usted verdaderamente la señora Hansen, de Dal?

- Sin duda, señor. ¿Tiene usted que decirme algo de particular?

- Nada. Sólo quería conocerla. ¿No soy su huesped? Y ahora, procure que me sirvan la comida en seguida.

- Su comida está a punto-contestó Hulda-. Si quiere usted pasar al comedor...

- Sí, quiero.

Y habiendo dicho esto, el viajero, se encaminó hacia la puerta que le indicaba la muchacha. Un instante despues estaba sentado cerca de la ventana, ante una pequeña mesa servida con esmero.

- La comida, indudablemente, era buena. Ningun turista -incluso el mas exigente- hubiera tenido nada que objetar. No obstante, aquel

personaje, poco acomodaticio, no ahorró ademanes y palabras de descontento-sobre todo ademanes, ya que no parecía muy locuaz. Verdaderamente, había que preguntarse si sus exigencias eran debidas al mal estado de su estómago o a

su mal caracter. El potaje de cerezas y grosellas sólo le convenció a medias, a pesar de ser excelente. Sólo probó con los labios el salmón y el arenque escabechado. El jamón crudo, medio pollo muy apetitoso, las legumbres bien aliñadas, no le gustaron nada. Incluso mostróse descontento de la botella de vino de Saint-Julien y de la media botella de champaña, a pesar de que provenían de las mejores bodegas de Francia.

Y sucedió que, una vez terminada la comida, el viajero no tuvo un solo tack for mad para la patrona.

Cuando hubo acabado de comer, aquel grosero personaje prendió fuego a su pipa, salió del salón y fue a pasearse por las orillas del Maan.

Una vez al borde del río, volvióse para contemplar la hostería. Parecía estudiarla por todos lados, como si quisiera calcular su valor. Contó las puertas y ventanas. Luego, acercándose a las vigas que formaban el zócalo de la casa, hizo dos o tres cortes a las mismas con la punta de su dolknif, como si quisiera darse cuenta de la calidad de la madera y de su estado de conservación. ¿Quería saber lo que valía realmente la hostería de la señora ansen? ¿Pretendía comprarla, aún cuando no estuviese en venta? Por lo menos su actitud era muy rara. Después de la casa le tocó el turno al pequeño cercado, del cual contó los árboles y los arbustos. Luego tomó la medida de sus dos lados con pasos calculados, anotando en su carnet las medidas tomadas.

Continuamente inclinaba la cabeza y fruncía las cejas, exhalando ¡hum!, en señal de desaprobación.

Durante estas idas y venidas, la señora Hansen y su hija lo observaban a través de la ventana del salón.

¿Con que extraño personaje tenían que tratar? ¿Que finalidad tenía el viaje de aquel maniático? Verdaderamente, era lamentable que todo esto pasara durante la ausencia de Joel, ya que aquel viajero iba a pasar toda la noche en la hostería.

- ¿Y si se tratara de un loco?-dijo Hulda.

- ¿Un loco...? ¡No! -contestó la señora Hansen-. Pero al menos es un hombre muy raro.

- Siempre es desagradable no saber a quién acoges en tu propia casa-dijo la muchacha.

- Hulda-contestó la señora Hansen-, antes que este viajero vuelva a

entrar, no te olvides de llevarle a su cuarto el libro registro de la casa.

- Sí, madre.

- ¡Quizá se decidirá a poner su nombre!

Hacia las ocho la noche era ya muy oscura, y una fina lluvia empezó a caer, llenando el valle con un velo de niebla que mojaba hasta media montaña. El

tiempo era poco propicio a los paseos. Por esto, el nuevo huesped de la señora Hansen, despues de haber subido por el sendero hasta el aserradero, volvió a la hostería, pidiendo un vasito de brandevin. Sin decir una palabra mas, sin desear las buenas noches a nadie, tomó el candelabro de madera, cuya bujía estaba encendida, y penetró en su habitación, corriendo el cerrojo de la puerta, y ya no se le oyó en toda la noche.

El skydskarl se había refugiado sencillamente en el cobertizo. Allí, entre las varas del kariol, dormía ya a piema suelta, al lado del caballo amarillo, sin preocuparse de la borrasca.

A la mañana siguiente, la señora Hansen y su hija se levantaron al amanecer. Ningún ruido salía de la habitación del viajero, que todavía descansaba. Poco

despues de las nueve, penetró en el salón, con un aspecto mas sombrío que la víspera, si cabe, quejándose de que la cama estaba dura, y que el ruido que hacían en la casa le había despertado; todo esto sin saludar a nadie. Luego, abrió la puerta y contempló el cielo.

El tiempo era mediocre. Un aire frío soplaba desde la cumbre del Gusta, perdida entre los vapores de la niebla, y penetraba en el valle con ráfagas violentas.

El viajero no se atrevió, pues, a salir. Pero no perdió el tiempo. Mientras fumaba su pipa, andaba por la hostería, procurando averiguar la disposición interior, recorrió algunas habitaciones, examinó el mobiliario, abrió las alacenas, los armarios, sin ningún miramiento, como si se hallara en su propia casa. Parecía un tasador procediendo a una comprobación judicial. Decididamente, si el hombre era singular, sus procedimientos eran cada vez mas sospechosos.

Despues de examinarlo todo, sentóse en el gran sillón del salón y, con voz seca y áspera, hizo algunas preguntas a la señora Hansen. ¿Cuánto tiempo hacía que la hostería había sido construida? ¿Había sido su marido quien la había hecho construir o la había heredado? ¿Habían tenido que hacer algunas reparaciones? ¿Cuál era la cabida del recinto y del soeter adjunto? ¿Tenía buena clientela? ¿Que promedio de turistas pasaban por allí a la temporada? ¿Permanecían uno o varios días?, etcétera.

Era evidente que el viajero no se había apercibido del libro que le habían dejado en su habitación, ya que éste le hubiera informado, por lo menos, sobre su última pregunta.

Efectivamente, el libro estaba aún en el mismo sitio en que Hulda lo había dejado la víspera y el nombre del viajero no constaba en él.

- Señor -dijo entonces la señora Hansen-, no comprendo bien cómo y por que todas estas cosas pueden interesarle. Pero si usted quiere saber cómo van nuestros asuntos, nada es mas fácil. Sólo tiene que consultar el libro de la hostería. Y le ruego que quiera inscribir su nombre, como es costumbre...

- ¿Mi nombre...? Ciertamente que pondré mi nombre, señora Hansen... ¡Lo pondré en el mismo momento en que me despida de usted!

- ¿Tenemos que reservar su habitación?

- ¡Es inútil! -contestó el viajero, levantándose-. Partiré despues del desayuno, a fin de estar de regreso a Drammen mañana por la noche.

- ¿A Drammen? -exclamó vivamente la señora Hansen.

- ¡Sí! Así, pues, ordene que me sirvan al instante.

- ¿Vive usted en Drammen?

- Sí! ¿Que hay de extraño en que yo viva en Drammen?

Así, pues, despues de haber permanecido medio día apenas en Dal, o, mejor, en la hostería, este viajero volvíase sin haber visto nada del país. No iba mas

allá del valle. No se preocupaba del Gusta, del Rjukafos, de las maravillas del valle del Vestfjorddal. No era por placer, sino por negocios que había salido de Drammen, donde vivía, y parecía que su viaje no tenía otro motivo que visitar en detalle la casa de la señora Hansen.

Hulda observó que su madre estaba profundamente turbada. La señora Hansen se había sentado en el gran sillón y, apartando su rueca, permanecía inmóvil, sin pronunciar palabra.

Mientras el viajero habíase instalado en el comedor y sentábase delante de su mesa.

Tampoco el desayuno, tan bien preparado como lo había sido la cena de la víspera, pareció dejarle satisfecho. Por tanto comió con apetito y bebió abundantemente, sin precipitarse. Su atención parecía detenerse especialmente en el valor de la plata -lujo que tienen en gran estima los montañeses de Noruega-, algunos cubiertos que se transmiten de padres a hijos y que se guardan cuidadosamente con las joyas de la familia.

Entretanto el skydskarl hacía también los preparativos de marcha en el cobertizo. A las once en punto, el caballo y el kariol estaban dispuestos

delante de la puerta de la hostería.

El tiempo continuaba tapado, el cielo gris y ventoso. A veces la lluvia golpeaba los cristales de las ventanas como si fuera metralla. Pero el viajero, bajo su gran capote forrado de piel, no era hombre que se inquietara por las ráfagas.

Terminado el desayuno, bebió un último vaso de brandevir, encendió su pipa, cubrióse con su hopalanda, penetró en el salón y pidió su cuenta.

- Voy a prepararla -contestó Hulda, sentándose frente a un pequeño escritorio.

- ¡No se entretenga!-dijo el viajero-. Entretanto deme el libro para que inscriba mi nombre.

La señora Hansen se levantó, fue a buscar el libro y lo puso encima de la gran mesa.

El viajero tomó una pluma y miró por última vez a la señora Hansen, por encima de sus lentes. Luego, con grandes caracteres, escribió su nombre en el libro y lo cerró.

En aquel momento Hulda le trajo la cuenta.

La tomó, examinó los artículos, refunfuñando; luego, comprobó los cálculos.

- ¡Hum! -dijo-. ¡Esto sí que es caro! ¿Siete marcos y medio por una noche y dos comidas?

- Hay también el skydskarl y el caballo-le hizo notar Hulda.

- No importa. ¡Lo encuentro caro! ¡Es verdad, no me extraña que se hagan buenos negocios en esta casa!

- ¡Usted no nos debe nada, señor!-dijo entonces la señora Hansen, con una voz tan turbada que apenas se le oía.

Acababa de abrir el libro y había leído el nombre inscrito en sus páginas, y repitió, cogiendo la cuenta que rompió en pedazos:

- ¡Usted no debe nada!

- ¡Esto creo yo!-contestó el viajero.

Y, sin dar los buenos días al salir, como no había dado las buenas noches al llegar. Subió a su kariol mientras el chico saltaba detrás agarrándose a la plataforma del vehículo. Minutos después, desaparecía por un recodo del camino.

Cuando Hulda abrió el libro, sólo leyó ese nombre:

Sandgoist, de Drammen.

CAPITULO VII

HASTA el día siguiente por la tarde, no debía regresar Joel de Dal, despues de haber acompañado hasta la carretera que conducía a Hardanger, al turista a quien servía de guía.

Hulda, sabiendo que su hermano volveria siguiendo las mesetas del Gusta, por la orilla izquierda del Maan, había ido a esperarle al paso del impetuoso río.

Sentóse cerca del pequeño pontón que servía de embarcadero del pequeño bote, sumida en sus reflexiones. A la gran inquietud que le causaba el retraso del Viken se añadía ahora una mayor ansiedad. Esta ansiedad había sido causada por la visita de este Sandgoist y por la actitud de su madre hacia el. ¿Por que, cuando descubrió su nombre, su madre había roto la cuenta y rehusado cobrarle lo que debía? Era un secreto, grave sin duda, que ella ignoraba.

La llegada de Joel sacó a Hulda de sus reflexiones.

Lo percibió en seguida, apareciendo y desapareciendo a través de los claros de la montaña, por entre los árboles caídos o quemados. Tan pronto desaparecía bajo las ramas de los pinos, abedules y hayas, como asomaba por entre las hierbas de los setos. Al fin llegó a la orilla opuesta y subió al bote. Con cuatro golpes de remo franqueó los violentos remolinos del curso de agua, y de un salto alcanzó la orilla, al lado mismo de su hermana.

- ¿Ha regresado ya Ole?-le preguntó.

Fue en Ole en quien había pensado antes que nada.

Pero su pregunta quedó sin respuesta.

- ¿Ni una carta de el?

- ¡Ni una!

Y Hulda prorrumpió en sollozos.

- No-exclamó Joel-; no llores, querida hermana, no llores... ¡Tus lágrimas me hacen daño...! ¡No puedo consentir que llores...! ¡Veamos! ¡Dices que no

ha habido carta...! Desde luego, esto empieza a ser inquietante. ¡Pero no es para desesperarse! Mira, si quieres, iré a Bergen. Me informará... Veré a los señores Help Hermanos. Quizá ellos tengan noticias de Terranova. ¿Por que el Viken no puede encontrarse anclado en algún puerto a causa de averías o por la necesidad de huir del mal tiempo? Es

cierto que el viento sopla en borrascas hace mas de una semana.

Muchas veces se ha visto que buques de Terranova se han refugiado en Islandia o en las Feroe. A Ole mismo le ocurrió, hace dos años, cuando se hallaba a bordo del Strenna. ¡Y no se dispone de correo todos los días para escribir! Te lo digo tal como lo pienso, hermanita. ¡Cálmate...! Si me haces llorar a mi también, ¿Que es lo que vamos a hacer?

- ¡Es mas fuerte que yo, Joel!

- ¡Hulda...! ¡Hulda...! No te descorazones...! ¡Te aseguro que yo, por mi parte, no desespero!

- ¿Debo creerte, Joel?

- ¡Sí, debes creerme! Pero, para tranquilizarte, ¿quieres que vaya mañana a Bergen...? ¿Esta noche, si quieres?

- ¡No quiero que me dejes...! ¡No...! ¡No lo quiero! Contestó Hulda, abrazándose a su hermano como si no tuviera a nadie mas en el mundo.

Los dos tomaron el camino de la hosteria, pero empezó a llover y el viento era tan violento, que tuvieron que refugiarse en la cabaña del barquero, a un centenar de pasos de la orilla del Maan.

Allí, esperaron que la tempestad se calmara un poco. Joel tenía necesidad de hablar. El silencio le parecía mas desesperante de lo que el podía decir,

aún cuando no fueron palabras alentadoras.

- ¿Y nuestra madre?-dijo.

- ¡Cada día mas triste! -contestó Hulda.

- ¿No ha venido nadie durante mi ausencia?-preguntó Joel.

- Sí, un viajero, que ya se ha marchado.

- Entonces, ¿en este momento no tenemos ningún turista en la hostería y nadie ha pedido por un guía?

- No Joel.

- Mejor, pues prefiero no dejarte ahora. Por otra parte, si continúa el mal tiempo, me temo que este año los turistas renunciaran a recorrer el Telemark.

- ¡Sólo estamos en abril, hermano!

- Sin duda, pero tengo el presentimiento de que la temporada no será buena para nosotros. ¡En fin, ya lo veremos! Pero, dime, ¿fue ayer cuando este viajero se marchó de Dal?

- Sí, por la mañana.

- Y, ¿Quién era?

- Un hombre que venía de Drammen, donde vive, al parecer, y que se llama Sandgoist.

- ¿Sandgoist?
- ¿Lo conoces?
- No-contestó Joel.

Hulda se había preguntado si explicaría a su hermano todo lo que había pasado en la hostería durante su ausencia. Cuando Joel supiese con que desfachatez se había comportado aquel hombre, como parecía calcular el valor de la casa y del mobiliario, la actitud que la señora Hansen había tomado al respecto, ¿que se imaginaría? ¿No pensaría que su madre debía tener razones muy fuertes para comportarse como lo había hecho? Y, ¿cuáles eran estas razones? ¿Que podía haber en común entre ella y aquel Sandgoist? En todo ello existía un secreto amenazador para toda la familia. Joel querría conocerlo, interrogaría a su madre, la colmaría de preguntas... La señora Hansen, tan poco comunicativa, tan refractaria a las efusiones, querría guardar silencio tal como lo había hecho hasta entonces. La situación entre ella y sus hijos, ya bastante triste, volveríase mas penosa todavía.

Pero ¿podía Hulda tener secretos para Joel? Hubiera sido como una paja en la amistad de hierro que los unía el uno al otro. ¡No! Nada podía hacer que esta amistad se rompiera.

- ¿Tú no oíste nunca hablar de este Sandgoist, cuando ibas a Drammen?-prosiguió ella.

- Nunca.

- Pues bien, debes saber, Joel, que nuestra madre lo conocía ya, al menos de nombre.

- ¿Conocía a Sandgoist?

- Sí, hermano.

- Pero, si nunca le he oído pronunciar este nombre.

- Pues lo conocía aun cuando nunca lo había visto antes de su visita de anteayer.

Y Hulda le contó todos los incidentes que habían marcado la permanencia del viajero en la hostería, sin olvidar el acto singular de la seriora Hansen en

el momento de la partida de Sandgoist. Y al finalizar su relato apresuróse a añadir:

- Pienso, Joel, que es mejor no preguntar nada a nuestra madre. Ya la conoces. Esto la haría mas desgraciada aún. El tiempo nos dirá, sin duda, lo que esconde en su pasado. ¡Que el Cielo nos devuelva pronto a Ole, y si existe alguna aflicción que amenace nuestra familia que al menos seamos tres a compartirla!

Joel había escuchado a su hermana con profunda atención. ¡Sí! Entre la señora Hansen y aquel Sandgoist debían de existir razones graves que ponían a la una a merced del otro. ¿Podía dudarse que aquel hombre había venido a inventariar la hostería de Dal?

¡Por supuesto que no! Y la cuenta rota en el momento de su marcha - que a él le había parecido la cosa más natural-¿Que podía significar?

- Tienes razón, Hulda-dijo Joel-, no hablaré de nada con nuestra madre. Quizá se arrepienta de no haberse confiado a nosotros. ¡Mientras no sea demasiado tarde! ¡Cómo debe sufrir, pobre madre! ¡Pero es obstinada! ¡No comprende que el corazón de sus hijos está hecho para recibir sus penas!

- Un día llegará a comprenderlo, Joel.

- Sí. Por esto debemos esperar. ¡Pero hasta entonces, nadie me impedirá que averigüe quién es este individuo! ¿Quizá el señor Helmboe lo conoce? Se lo

preguntaré la primera vez que vaya a Bamble y, si es necesario, me llegaré hasta Drammen. Allí, no me será difícil saber al menos lo que hace este hombre, a que género de negocios se dedica, que piensa la gente de él...

- Nada bueno, estoy segura -comentó Hulda-

Tiene una expresión maligna en su cara, su mirada es perversa. Me sorprendería mucho que tuviera un alma generosa bajo su aspecto grosero.

- Vamos -repuso Joel-, no debemos juzgar a las gentes por su apariencia. Me parece que si lo contemplaras cogida del brazo de Ole, le encontrarías una

cara más agradable a este Sandgoist.

- ¡Mi pobre Ole!-murmuró la muchacha.

- ¡Volver, ya vuelve, ya está en camino! -exclamó Joel-. Has de tener confianza, Hulda. Ole ya no está muy lejos ahora, y le reñiremos cuando regrese por haberse hecho esperar tanto.

La lluvia había cesado. Los dos hermanos salieron de la cabaña y subieron por el sendero hacia la hostería.

- A propósito-dijo entonces Joel-, mañana me vuelvo a marchar.

- ¿Vuelves a marcharte?

- Sí, a la madrugada.

- ¿Tan pronto, hermano?

- Es preciso, Hulda. Al salir de Hardanger uno de mis camaradas me ha avisado que un viajero venía del Norte a través de las altas mesetas del Rjukanfos, donde debe llegar mañana.

- ¿Quién es este viajero?

- A fe mía, que ignoro su nombre. Pero es necesario que esté allí para traerlo a Dal.

- Vete, pues, ya que no puedes hacer otra cosa! -contestó Hulda dando un hondo suspiro.

- Mañana, a punta de día, me pondré en camino ¿Te apena esto, Hulda?

- Sí, hermano. ¡Estoy mucho mas intranquila cuando me dejas... aunque sea sólo por algunas horas!

- ¡Pues bien, esta vez, para que lo sepas, no me iré solo!

- ¿Y quién te acompañará?

- ¡Tú, hermanita, tú! Debes distraerte, y voy a llevarte conmigo.

- ¡Oh, gracias, querido Joel!

CAPITULO VIII

A la mañana siguiente los dos hermanos salieron de la hostería al alba. Unos quince kilómetros de Dal a las celebres cataratas, y otros tantos para regresar, para Joel sólo si nificaba un paseo, pero tenía que procurar que Hulda no se fatigase. Por eso Joel había alquilado el kariol del contraamaestre Lengling que, como todos los kariol, sólo tenía una plaza. Pero, como aquel buen hombre era tan gordo, tuvieron que hacerle un asiento a su medida y éste era suficiente para que Joel y Hulda pudieran sentarse uno al lado del otro. Y si el viajero anunciado se hallaba en Rjukanfos se sentaría en el sitio de Joel, y éste volvería a pie o montaría en la plataforma de detrás.

El camino de Dal a las cataratas era delicioso, a pesar de los baches. Indudablemente, era mas un sendero que una carretera. Cada cien pasos aproximadamente, el camino está cortado por arroyos afluentes del Maan, que deben atravesarse por medio de tablones rudamente echados sobre los mismos formando puente. Pero los caballos noruegos están acostumbrados a pasar por encima de ellos sin caerse, y, si el kariol no tiene muelles, sus largas varas, un poco elásticas, atenúan en cierta medida los golpes del suelo.

El tiempo era magnifico. Joel y Hulda corrian a buen trote a lo largo de aquellas verdes praderas, bañadas a su izquierda por las claras aguas del Maan.

Algunos millares de abedules sombreaban aquí y allí el camino soleado. El rocío de la noche se deshacía en pequeñas gotas que colgaban de la punta de las altas hierbas. A la derecha del torrente, a dos mil metros de altura, las placas de nieve del Gusta lanzaban al espacio un intenso resplandor luminoso.

Durante una hora el kariol marchaba rápidamente.

La subida era insensihle apenas. Pero pronto el valle se iba estrechando. Los arroyos lban transformándose en turbulentos torrentes. Aún cuando el camino volvíase sinuoso, no podía evitar todos los desniveles del suelo. Ello hacía que hubiese lugares verdaderamente difíciles de pasar, pero de los cuales Joel sabía salir airoso siempre. A su lado, Hulda nada temía.

Cuando el traqueteo era demasiado acentuado, se agarraba al brazo de

su hermano. La frescura de la mañana coloreaba sus mejillas, tan pálidas desde hacía algún tiempo.

Pero aún tenían que alcanzar una altura mas elevada. El valle sólo permitía el paso del curso del rio Maan, entre dos murallas cortadas a pico. En los

campos vecinos aparecían una veintena de casas aisladas, ruinas de soeters o de gaards, abandonados, cabañas de pastores, perdidas entre los abedules y

las hayas. Pronto no les fue posible ver el río, pero lo oían rugir sonoramente entre las rocas. El paisaje había tomado un aspecto grandioso y salvaje a la vez, ensanchándose hasta la cresta de las montañas.

Despues de dos horas de marcha, llegaron a la vista de un aserradero, al borde de una catarata de mil quinientos pies. Las cascadas de esta altura no son raras en el Vestfjorddal; pero el volumen de sus aguas es poco considerable. En esto las gana la del Rjukanfos.

Al llegar al aserradero, Joel y Hulda descendieron del kariol.

- ¿Media hora de andar no te fatigará mucho, hermanita?-le preguntó Joel.

- No, hermano, no estoy cansada, y creo incluso que me hará bien andar un poco.

- ¡Un poco...! ¡Di mas bien mucho, y siempre subiendo!

- ¡Me apoyaré en tu brazo, Joel!

Allí, en efecto, habían tenido que dejar el kariol, que no hubiera podido pasar por los empinados senderos, los estrechos pasajes, los declives sembrados

de rocas bamboleantes, cuyos caprichosos contornos, tan pronto sombreados por los árboles como completamente desnudos, anunciaban la gran catarata.

Ya veían levantarse a lo lejos una especie de vapor espeso en medio del líquido azul. Eran ias aguas pulverizadas del Rjukan, cuyas volutas se desplegaban a una gran altura.

Hulda y Joel tomaron un sendero muy conocido por los guías, que desciende hasta lo mas angosto del valle. Tenían que deslizarse por entre los árboles y los arbustos. Instantes despues, se hallaban sentados los dos sobre una roca tapizada de musgo amarillento, casi enfrente de la catarata. Por este lado no podían acercarse mas.

Si los dos hermanos hubieran hablado, habrían tenido gran dificultad en oírse, debido al enorme ruido del agua. Pero sus pensamientos eran de la naturaleza de los que pueden comunicarse por el corazón sin que los labios

formulen una sola palabra.

El volumen de la catarata del Rjukan es enorme, su altura considerable, su ruido grandioso. A novecientos pies el lecho del Maan se interrumpe, a medio

camino aproximadamente entre el lago Mjos y el lago Tinn. Novecientos pies, es decir, seis veces la altura del Niágara.

Allí, el Rjukanfos tiene extraños aspectos, difíciles de ser reproducidos por una descripción. Incluso la pintura sería insuficiente para representarlos. Existen algunas maravillas naturales que es necesario verlas para comprender toda su belleza, entre las cuales cabe contar esta catarata, la más celebre de todo el continente europeo.

Y en esta agradable tarea se hallaba ocupado un turista, sentado en la parte izquierda del Maan. Desde aquel lugar podía contemplar el Rjukanfos más cerca y de más arriba.

Ni Joel ni su hermana lo habían visto aún, a pesar de estar muy visible. No era la distancia, sino un efecto de óptica especial en los lugares de la montaña,

que lo hacía parecer muy pequeño y, en consecuencia, más alejado de lo que realmente estaba.

En aquel momento el viajero acababa de levantarse y se aventuraba muy imprudentemente por la cresta rocosa que se redondea como una cúpula hacia el lecho del Maan. Era evidente que lo que aquel curioso quería ver eran las dos cavidades del Rjukanfos, una a la izquierda, llena con el bullicio de las aguas, la otra a la derecha, completamente llena de espeso vapor.

Quizá buscaba también la manera de averiguar si existía una tercera cavidad inferior a media altura de la catarata. Sin duda, ello explicaría por qué Rjukan

después de penetrar en la cavidad, rebota de nuevo arrojando, a intervalos, sus desbordantes y tumultuosas aguas que parecen lanzadas cubriendo con sus burbujas los campos de su alrededor.

Pero el turista seguía avanzando por aquella cresta de piedra resbaladiza, sin una raíz, sin una mata, que lleva el nombre de Paso-de-María o Marislien.

El curioso imprudente ignoraba la leyenda que ha dado celebridad a aquel lugar. Un día, un joven llamado Eystein quiso alcanzar por este peligroso camino a la hermosa María de Vestfjorddal. Desde el otro lado del camino su prometida le tendía los brazos. De pronto le falló el pie, resbaló, cayó sin poder agarrarse a aquellas rocas pulidas como el hielo, desapareció

en el abismo, y las aguas del Maan no devolvieron nunca su cadaver.

Lo que le había ocurrido al desgraciado Eystein, ¿iba a ocurrirle también a aquel temerario viajero que se había metido por entre las vertientes del Rjukanfos?

Era de temer. Y, efectivamente, el mismo se dio cuenta del peligro, pero demasiado tarde. De pronto, el punto de apoyo le falló y, dando un grito, rodó una veintena de pasos, teniendo sólo el tiempo de agarrarse al saliente de una roca, casi al borde del abismo. Joel y Hulda aún no lo habían visto, pero

oyeron su grito.

- ¿Que ocurre?-dijo Joel, levantándose.

- ¡Un grito! -contestó Hulda.

- ¡Sí...! ¡Un grito de auxilio!

- ¿Por que lado...?

- ¡Escuchemos...!

Los dos miraron de izquierda a derecha de la catarata, pero no pudieron ver nada. No obstante, habían oído claramente estas palabras: ¡A mí! ¡A mí!, en

medio de uno de estos raros momentos de silencio que duran casi un minuto entre cada salto del Rjukan.

El grito repitióse de nuevo.

- ¡Joel-dijo Hulda-, hay algún viajero en peligro que está pidiendo socorro! ¡Debemos acudir en su auxilio!

- ¡Sí, hermana, y no puede estar lejos! Pero, ¿por que lado...? ¿Dónde está...? ¡No veo nada!

Hulda subió por la vertiente, por detrás de la roca en la que estaban sentados, agarrándose a las pocas hierbas que cubrían aquella orilla izquierda del Maan.

- ¡Joel! -gritó por fin.

- ¿Ves algo?

- ¡Allí..., allí!

Hulda señalaba al imprudente, suspendido encima mismo del abismo. Si sus pies, apoyados contra el ligero saliente de la roca, le fallaban; si resbalaba un poco; si se dejaba prender por el vértigo, estaba perdido.

- ¡Debemos salvarle! -dijo Hulda.

- ¡Sí, sin pérdida de tiempo! -contestó Joel-, Con sangre fría podremos llegar hasta el.

Joel dio un largo grito. El viajero lo oyó y volvió la cabeza hacia el. En pocos instantes Joel calculó la manera mas rápida y mas segura para

sacarlo de

aquel mal paso.

- Hulda-dijo-, ¿no tienes miedo?

- No, hermano.

- ¿Conoces bien la Maristien?

- La he pasado varias veces.

- Pues bien, sube por arriba de la cresta y acércate al viajero tanto como te sea posible. Entonces dejate resbalar suavemente hasta el y agárrale la mano de manera que le sujetes bien. ¡Pero que no trate de subir todavía! El vértigo lo arrastraría, y a ti con el, y estaríais perdidos.

- ¿Y tú, Joel?

- Yo, mientras tú vas por arriba, me arrastraré por debajo a lo largo de la arista, del lado del Mann.

Estaré allí cuando llegues y, si resbalais, quizá pueda cogeros a los dos.

Luego con voz retumbante, aprovechando un momento de calma del Rjukanfos, Joel gritó:

- ¡No se mueva, señor...! ¡Espere...! ¡Vamos a socorrerle!

Hulda había desaparecido ya detrás de las rocas, a fin de descender lateralmente por la otra vertiente de la Maristien.

Joel no tardó en ver de nuevo a la valiente muchacha, que apareció a la vuelta de los últimos árboles.

Por su parte, arriesgando su vida, empezó a arrastrarse lentamente a lo largo de la porción del redondo declive saliente que bordea el Rjukanfos. ¡Que maravillosa sangre fría! ¡Cuánta seguridad en los pies y en las manos eran necesarias para bordear este abismo, cuyas paredes se humedecían con los efluvios de la catarata!

Paralelamente a el, pero a un centenar de pies mas arriba, Hulda avanzaba de lado, de manera que pudiese ganar mas fácilmente el lugar donde el viajero

permanecía inmóvil. En la posición en que se hallaba no podía verle la cara, que permanecía vuelta hacia el lado de la catarata.

Joel, al llegar debajo de el, se detuvo. Despues de apoyarse sólidamente en una fisura de la roca, gritó:

- ¡Eh, señor...!

El viajero volvió la cabeza.

- ¡Eh, señor! -repitió Joel-. ¡No se mueva lo mas mínimo, y aguántese firme!

- ¡Esté tranquilo, me aguanto firme, amigo mío!

- contestó con un tono que tranquilizó a Joel-. Si no me mantuviera

firme haría un cuarto de hora ya que estaría en el fondo del Rjukanfos.

- Mi hermana descenderá hasta usted -continuó Joel- y le tomará la mano. ¡Pero no intente subir hasta que yo esté allí! ¡Sobre todo, no se mueva!

- ¡Estaré inmóvil como una roca!-dijo el viajero.

Hulda ya había empezado a descender por su lado, buscando los puntos menos resbaladizos de la cresta, colocando los pies en las grietas de las rocas donde podía hallar un apoyo mas sólido. Y, tal como había gritado Joel, ella también gritó:

- ¡Aguantese bien, señor!

- Sí, ya me aguanto... y ¡me aguantaré, se lo aseguro, tanto como pueda!

Como se ve, las recomendaciones no le faltaban. Venían de arriba y de abajo.

- ¡Sobre todo, no tenga miedo! -añadió Hulda.

- ¡No tengo miedo!

- ¡Le salvaremos! -gritó Joel.

- ¡Así lo espero, pues, por san Olaf, no podría salvarme solo!

Era evidente que aquel viajero había conservado absolutamente su presencia de ánimo. Pero, después de caer, sin duda, brazos y piernas habían rehusado

funcionar, y todo lo que podía hacer ahora era sostenerse en el pequeño repecho que le separaba del abismo.

Mientras tanto, Hulda continuaba descendiendo. Instantes mas tarde llegaba al lado del viajero. Entonces, apoyando el pie en la grieta de una roca, le

prendió la mano.

El viajero intentó enderezarse un poco.

- ¡No se mueva, señor...! ¡No se mueva usted...!

- dijo Hulda-. Me arrastraría con usted, y yo no tendría bastante fuerza para retenerle. ¡Debe esperar a que llegue mi hermano! Cuando se haya colocado

entre nosotros y el Rjukanfos, entonces podrá intentar levantarse a fin de...

- ¡Levantarme, hija mía! ¡Es mas fácil de decir que de hacer, y mucho me temo que no ser cosa fácil!.

- ¿Está usted herido, señor?

- ¡Hum! No tengo nada roto, espero, pero sí al menos una grande y hermosa herida en la pierna.

Joel se hallaba ya a unos veinte pies del lugar que ocupaba Hulda y el viajero. La curva de la cresta le había impedido acercarse directamente. Ahora tenía

que remontar aquella superficie lisa y redonda.

Era lo mas difícil y también lo mas peligroso. Exponía su vida.

- ¡No hagas un solo movimiento, Hulda!-le gritó por última vez-. Si resbalais los dos, como ahora no estoy en buena posición para reteneros, estaríamos perdidos.

- ¡No temas, Joel! contestó Hulda-. ¡Piensa sólo en ti y que Dios te ayude!

Joel empezó a subir arrastrándose sobre el vientre con verdaderos movimientos de reptil. Por dos o tres veces experimentó la sensación de que le fallaba el punto de apoyo. Pero, al fin, a fuerza de destreza alcanzó a llegar hasta el lado del viajero.

Este, que era un hombre ya de edad, pero de complexión vigorosa, tenía una fisonomía agradable, amable y sonriente. En verdad, Joel esperaba mas bien

hallarse en presencia de algún jovenzuelo audaz que se hubiera propuesto franquear la Maristien.

- ¡Es una imprudencia lo que ha hecho usted señor!-le dijo, deteniéndose un momento para tomar aliento.

- ¡Una imprudencia! -replicó el viajero-. Ya puede usted decir que ha sido una cosa absurda.

- Ha puesto en peligro su vida...

- ¡Y les he hecho peligrar la suya!

- Oh, yo... esto forma parte de mi oficio-contestó Joel. Y añadió, enderezándose: Ahora se trata de alcanzar la cima de la cresta, pero lo mas difícil ya está hecho.

- Sí, señor, lo mas difícil era llegar hasta usted.

Ahora sólo tenemos que subir por una pendiente menos pronunciada.

- Hará usted muy bien en no contar conmigo para nada, muchacho. Tengo una pierna que no me servirá de nada ni ahora ni durante algunos días quizá.

- ¡Pruebe de levantarse!

- ¡Con mucho gusto, si me ayuda usted!

- Agárrese al brazo de mi hermana. Yo le sostendré por la cintura y le empujaré.

- ¿Seguro?

- Seguro.

- Bueno, amigos míos, me fío de vosotros. Ya que habéis tenido la idea de sacarme del apuro, me confío en vuestras manos.

Tal como había dicho Joel, las cosas se hicieron con mucha prudencia. Aún cuando la subida por la resbaladiza pendiente presentaba un cierto peligro, los tres salieron airosos de la empresa y mucho más rápidamente de lo que esperaban. Por lo demás, la pierna del viajero no estaba ni rota ni dislocada, sino que simplemente había sufrido una fuerte desolladura, por eso pudo ayudarse con sus piernas mucho mejor de lo que creía, no sin experimentar algún dolor, sin embargo. Diez minutos después, estaba a salvo, al otro lado de la cresta.

Pero no se detuvo a descansar bajo los primeros abetos que bordean el field superior de Rjukanfos, pues Joel le suplicó que hiciera un último esfuerzo a fin de llegar hasta una cabaña perdida entre los árboles, un poco más allá de la roca en la cual su hermana y él se habían detenido al llegar a la catarata.

El viajero intentó realizar el esfuerzo que se le pedía y lo consiguió, sostenido de un lado por Hulda y de otro por Joel, pudiendo llegar sin mucha pena hasta la puerta de la cabaña.

- Entremos, señor -le dijo entonces la muchacha-; y allí dentro podréis descansar un instante.

- ¿Este instante podría durar un buen cuarto de hora?

- Sí, señor; y luego tendrá usted que acceder a acompañarnos hasta Dal.

- ¿A Dal...? ¡Pues si es precisamente a Dal adonde me dirigía!

- ¿Sería usted por casualidad el turista que viene del Norte -preguntó Joel-y que me indicaron en Hardanger?

- Precisamente.

- ¡Caramba!, pues no había tomado usted el buen camino

- Ya me lo parece.

- Y si hubiera podido prever lo que ha sucedido habría acudido a esperarle al otro lado del Rjukanfos.

- ¡Ah, esto hubiera sido una buena idea, muchacho! ¡Me habríais ahorrado una imprudencia, imperdonable a mi edad!

- ¡A cualquier edad, señor!-contestó Hulda.

Los tres entraron en la cabaña, que estaba habitada por una familia de campesinos, el padre, la madre y sus dos hijas, que se levantaron para acoger del mejor modo posible a los recién llegados.

Joel pudo apreciar entonces que el viajero se había desollado la pierna más arriba de la rodilla.

Esto representaría por lo menos una buena semana de reposo; pero la pierna no estaba rota, el hueso no había sido tocado, y esto era lo esencial.

Los tres aceptaron encantados la excelente leche, las fresas abundantes y el pan negro que les ofrecieron. Joel no trataba de disimular su enorme apetito,

y si bien Hulda apenas probó bocado, el viajero hizo la competencia a su hermano.

- Verdaderamente dijo-, este ejercicio me ha abierto el estómago. ¡Debo reconocer que tomar el camino por la Maristien ha sido mas que imprudente!

¡Querer hacer el papel del desgraciado Eystein, cuando podría ser su padre... e incluso su abuelo...!

- Ah; ¿Conoce usted la leyenda? -preguntó Hulda.

- ¡Si la conozco...! Mi nodriza me la contaba para hacerme dormir, en la feliz edad en que todavía tenía nodriza. Sí, la conozco, muchachita valerosa, y por

esto soy mas culpable aún... ¡Ahora, amigos míos, Dal está un poco lejos para un inválido como yo! ¿Cómo podréis transportarme hasta allí?

- No se preocupe por nada, señor-contestó Joel-.

Nuestro kariol nos espera al pie del sendero. Solo tendremos que andar unos trescientos pasos..

- ¡Hum...! ¡Trescientos pasos!

- Descendiendo-añadió la muchacha.

- ¡Ah!, si todo es de bajada, ya iré bien, amigos míos, y el apoyo de un brazo será suficiente...

- ¿Y por que no de dos? -contestó Joel-. Ya que tenemos cuatro a su disposición.

- ¡Vaya por dos, vaya por cuatro! De todas maneras no me saldrá mas caro, ¿verdad?

- No le costará nada.

- ¡Sí! Al menos un agradecimiento por brazo, y ahora me doy cuenta de que aún no os he dado las gracias...

- ¿De que, señor?-contestó Joel.

- ¡Sencillamente, de haberme salvado la vida, exponiendo la vuestra!

- Cuando quiera podemos partir... -dijo Hulda.

Despues de abonar a los campesinos la comida que habían tomado, el viajero, sostenido un poco por Hulda y mucho por Joel, empezó a descender por el sinuoso sendero que conducía hacia la orilla del Maan para alcanzar la carretera de Dal.

El descenso se efectuó en medio de gemidos que acababan siempre en risa.

Por fin llegaron al aserradero y Joel se ocupó de enganchar el caballo al kariol

Cinco minutos después, el viajero estaba instalado en el asiento con la muchacha a su lado.

- ¿Y usted? -preguntó a Joel-. Me parece que le he quitado el sitio...

- Un sitio que le cedo de todo corazón.

- Quizá si nos apretamos un poco...

- ¡No... No...! ¡Tengo mis piernas, señor, buenas piernas de guía!
¡Valen más que las ruedas...!

- ¡Y famosas, muchacho, famosas!

Partieron siguiendo el camino que va acercándose poco a poco al Maan. Joel iba a la cabeza del caballo, guiándolo por las riendas, a fin de atenuar el fuerte traqueteo del kariol.

El regreso se efectuaba alegremente, al menos por parte del viajero. Les hablaba ya como un viejo amigo de la familia Hansen. Antes de llegar, los dos hermanos le llamaban señor Sylvius y el señor Sylvius los llamaba ya Hulda y Joel, como si los tres se conocieran desde largo tiempo.

Hacia las cuatro, el pequeño campanario de Dal asomó su fina punta por entre los árboles de la aldea.

Instantes después el caballo se detenía ante la hostería.

El viajero apeóse del kariol con bastante trabajo. La señora Hansen había acudido a recibirles a la puerta y, aun cuando el viajero no había pedido la mejor habitación de la casa, fue ésta la que le destinaron.

CAPITULO IX

SYLVIUS Hog fue el nombre que aquella noche se inscribió en el libro de viajeros y precisamente debajo del nombre de Sandgoist. El mismo contraste

de estos dos nombres resaltaba entre los dos hombres que respectivamente los llevaban. Entre ellos no existía ninguna afinidad, ni física ni moral. Generosidad por un lado, avidez por el otro. Uno era la bondad misma, el otro carecía de alma.

Sylvius Hog tenía apenas sesenta años. Y no lo parecía. Alto, tieso, bien constituido, tan sano de espíritu como de cuerpo, agradable desde el primer momento por su simpático y amable rostro, bajo los cabellos grisáceos, un poco largos, con dos ojos siempre sonrientes, como sus labios, su frente ancha tras la cual los mas nobles pensamientos circulaban sin pena, su ancho pecho dentro del cual el corazón latía acompasadamente. A todas estas cualidades se unía un fondo inagotable de buen humor, una fisonomía fina, una naturaleza capaz de todas las generosidades como de todos los desvelos.

Era Sylvius Hog, de Cristianía -esto ya lo explicaba todo-. Y no solamente era conocido, apreciado, amado, honrado en la capital noruega, sino también en

todo el país-el país noruego, claro está-. En efecto, los sentimientos que le profesaban no eran los mismos en la otra mitad del reino escandinavo, en Suecia.

Pero la afirmación que hemos hecho requiere una explicación. Sylvius Hog era profesor de leyes en Cristianía. En otros Estados, ser abogado, ingeniero, médico, comerciante, quiere decir ocupar el primer puesto de la escala social. En Noruega no sucede así. Ser profesor quiere decir estar en la cúspide.

Sí, en Suecia existen cuatro clases: la nobleza, el clero, la burguesía y el campesino- pero en Noruega solo hay tres: falta la nobleza. No se encuentra ningún representante de la aristocracia, ni entre los funcionarios. En este país privilegiado, en el cual no existen los privilegios, los funcionarios son los humildes servidores del público. En resumen, una igualdad social perfecta, sin distinciones políticas.

Y Sylvius Hog, siendo uno de los hombres mas importantes de su país,

no debe extrañarnos que fuese miembro del Storting. En esta gran asamblea privada y pública, ejercía una influencia que llegaba hasta los diputados campesinos.

Desde la Constitución de 1814, con razón podía decirse que Noruega era una república con el rey de Suecia como Presidente.

Es natural que esta Noruega, tan celosa de sus prerrogativas, haya sabido conservar su autonomía. El Storting no tiene nada que ver con el parlamento

sueco. Así se comprenderá que uno de sus representantes mas influyentes y mas patriotas no fuera bien visto al otro lado de aquella frontera ideal que separa Suecia de Noruega. Este era Sylvius Hog. De carácter muy independiente, no deseando nada, se vio obligado a rehusar muchas veces entrar en el Ministerio. Defensor de todos los derechos de Noruega, se había opuesto constante y firmemente a las usurpaciones de Suecia.

Y tanta es la separación moral y política de los dos países, que el rey de Suecia -entonces Uscar XV-, despues de hacerse coronar en Estocolmo, tuvo que hacerse coronar en Drontheim, la antigua capital de Noruega. Tanta es, pues, la reserva mezclada de desconfianza de los noruegos en los negocios, que el Banco de Cristianía no acepta los billetes del Banco de Estocolmo. Tanta es, en fin, la demarcación entre los dos pueblos, que la bandera sueca no ondea ni en los edificios ni en los buques noruegos.

En uno, el fondo azul atravesado por una cruz amarilla; en el otro, la cruz azul sobre fondo rojo.

Sylvius Hog estaba entregado en cuerpo y alma a Noruega. Defendía sus intereses en todas las ocasiones. Por esto, cuando en 1854 el Storting planteó la cuestión de prescindir del virrey como jefe del país, ni como gobemador, el fue uno de los que intervimieron en la discusión con mas ardor y lograron que este principio triunfara.

Así se concibe, pues, que si no era muy apreciado en el este del reino, lo era en cambio en el oeste, incluso en lo mas hondo de los gaards mas alejados del país. Su nombre corría de boca en boca por la montañosa Noruega desde las tierras de Cristianía hasta las rocas extremas del cabo Norte. Digno de esta popularidad de buena ley, ninguna calumnia había podido salpicar ni al diputado, ni al profesor de Cristianía. Por lo demas, era un verdadero noruego, pero un noruego de sangre ardiente, que no tenía nada de la flema tradicional de sus compatriotas, resuelto en sus pensamientos y en sus actos, cosa que no comporta el temperamento escandinavo. Esto se notaba en seguida por sus rápidos ademanes, por el

ardor de sus palabras, la viveza de sus gestos. De haber nacido en Francia, le hubieran llamado en seguida un "hombre del Mediodía", si puede hacerse tamaña comparación, que puede aplicársele con bastante exactitud.

La situación de fortuna de Sylvius Hog le permitía vivir con desahogo, a pesar de que no se había aprovechado nunca de su posición. De un natural desinteresado, nunca pensaba en sí mismo, sino en los otros continuamente. Por esto desdeñaba las grandezas. Ser diputado le satisfacía. Y no quería nada más.

En aquel momento, Sylvius Hog disfrutaba de unas vacaciones de tres meses para reponerse del cansancio producido por un año de laboriosos trabajos legislativos. Hacía seis semanas que había salido de Cristianía con la intención de recorrer todas las tierras que se extienden hasta Drontheim, Hardanger, Telemark, los distritos de Konsberg y de Drammen. Quería visitar aquellas provincias que aún no conocía. Un viaje de estudio y de placer.

Sylvius Hog había recorrido ya una parte de esta región, y fue al volver de las bahías del Norte cuando quiso admirar la celebre catarata, una de las maravillas del Telemark. Después de haber examinado en el mismo lugar el proyecto, en estudio todavía, de un ferrocarril de Drontheim a Cristiana, solicitó un guía para que lo condujera a Dal, y esperaba encontrarlo en la orilla izquierda del Maan. Pero, sin esperarlo, atraído por estos maravillosos parajes de la Maristien, se había aventurado por aquel peligroso camino.

¡Rara imprudencia! De poco le cuesta la vida. Y no podemos negar que, sin la intervención de Joel y de Hulda Hansen, el viaje habría terminado con la caída

del viajero a los abismos del Rjulanfos.

CAPITULO X

La gente es muy instruida en estos países escandinavos; no solo los habitantes de las ciudades, sino en pleno campo también. Esta instrucción va mas allá de saber leer, escribir y contar. El campesino aprende con placer. Su inteligencia es abierta. Se interesa por las cosas publicas. Interviene en los asuntos políticos y comunales. En el Storthing, las gentes de esta condición están en mayoría. A veces asisten a las sesiones con el traje de su provincia. Se les señala, con justicia, por su gran razón, su buen sentido práctico, su justa comprensión -aunque sea un poco lenta-, y sobre todo por su incorruptibilidad.

No debemos extrañarnos, pues, que el nombre de Sylvius Hog fuera conocido por toda Noruega y pronunciado con respeto hasta en aquella región un poco salvaje del Telemark.

Por eso, la señora Hansen, al recibir un huesped de tanto valor, creyó conveniente decirle como se sentía honrada de poderlo tener bajo su techo algunos días.

- No sé si esto le procurará a usted algún honor, señora Hansen-contestó Sylvius Hog-; pero lo que sí sé es que a mí me complace mucho. ¡Oh, hace mucho tiempo que mis alumnos me han hablado de esta hospitalaria hostería de Dal! Por esto había previsto venir a descansar aqui durante una semana. ¡Pero que san Olaf me abandone si nunca había pensado llegar a la pata coja!

Y el excelente profesor estrechó cordialmente la mano de su patrona.

- Señor Sylvius -dijo Hulda-, ¿quiere que mi hermano vaya a buscar un médico a Bamble?

- ¡Un médico, pequeña Hulda! ¡Pero, no querrás que pierda el uso de mis dos piernas ahora!

- ¡Oh, señor Sylvius!

- ¡Un médico! ¿Y por que no mi amigo el doctor Boek de Cristianía? ¡Y todo por un arañazo...!

- ¡Pero, un arañazo, si está mal cuidado-contestó Joel- puede convertirse en algo grave!

- ¡Ah, ah, Joel! ¿Y por que quiere usted que esto se convierta en algo grave?

- No lo quiero, señor Sylvius-contestó el muchacho-, ¡Dios me libre!

- Bueno, pues Dios os libraré de ello, y a mí también, y a toda la casa de la señora Hansen, sobre todo si esta simpática y gentil Hulda quiere consentir en cuidarme...!

- ¡Claro que sí, señor Sylvius!

- ¡Espléndido, amigos míos! Cuatro o cinco días más y ya habrá desaparecido. además, ¿cómo es posible no curarse en una habitación tan bonita? ¿Donde podría estar mejor cuidado que en la hostería de Dal? ¡Y esta estupenda cama, con sus divisas, que valen tanto como las horribles fórmulas de la Facultad! ¡Y esta magnífica ventana, que se abre sobre el valle del Maan! ¡Y el murmullo de las aguas que se desliza hasta el fondo de mi alcoba! ¡Y el olor de los viejos árboles, que perfuma toda la casa! ¡Y este aire tan bueno, el aire de la montaña! ¡Ah! ¿No es éste el mejor de los médicos? ¡Cuando lo necesitamos, solo tenemos que abrir la ventana, y entra, nos rejuvenece y no nos pone a dieta!

Sylvius Hog decía con tanta gracia todas estas cosas, que parecía que con el haber entrado un poco de felicidad en la casa. Al menos, esta era la impresión

de los dos hermanos, que le escuchaban, dejándose llevar los dos por la misma emoción.

Primeramente depositaron el profesor en la habitación de la planta baja. Medio echado en un gran sillón, con la pierna tendida sobre un taburete, recibía los cuidados de Hulda y de Joel. solo quiso una compresa de agua fría como único remedio. Y en realidad, ¿necesitaba otra?

- Bueno, amigos míos, bueno -les decía-. No debe abusarse de las drogas. Y ahora, ya sabéis que sin vuestra ayuda hubiera visto desde demasiado cerca las maravillas del Rjukanfos. Resbalaba por el abismo como una simple piedra. Iba a añadir una nueva leyenda a la leyenda de la Maristien, y yo no tenía ninguna excusa. ¡Mi prometida no me esperaba a la otra orilla, como al desgraciado Eystein!

- Que pena más grande hubiera sido para la señora Hog!-dijo Hulda-. Nunca se hubiera consolado...

- ¿La señora Hog? -replicó el profesor-. ¡Oh, la señora Hog no hubiera vertido ni una lágrima!

- ¡Oh, señor Sylvius...!

- ¡No, se lo aseguro, y por la sencilla razón que no existe ninguna señora Hog! Y no puedo ni imaginarme como hubiera sido una señora Hog, gorda o flaca, baja o alta...

- Hubiera sido amable, inteligente y buena, puesto que sería su mujer-

contestó Hulda.

- ¡Ah! ¿De veras, señorita? ¡Bueno, bueno, bueno, la creo, la creo!

- Pero, al tener noticia de la desgracia, sus parientes, sus amigos, señor Sylvius...-dijo Joel.

- Parientes, no tengo, muchacho. Amigos, sí, creo que tengo unos cuantos, sin contar los que acabo de hacer en casa de la señora Hansen, y vosotros les habéis evitado el dolor de llorar mi muerte. A propósito, decidme, hijos míos, ¿podría quedarme varios días aquí?

- Tantos como usted quiera, señor Sylvius- contestó Hulda-. Esta habitación le pertenece. -Ademas, como también tenía la intención de permanecer en Dal, como hacen los turistas, para poder hacer excursiones al Telemark... Pero no haré las excursiones... o las haré mas adelante, y ya está.

- Antes de que termine la semana -respondió Joel-, espero que estará usted restablecido.

- ¡Yo también lo espero!

- Y ya desde ahora me ofrezco para conducirle por todas partes donde le plazca en esta comarca.

- Ya veremos, Joel! Ya hablaremos de ello cuando no me encuentre tan magullado. Tengo un mes de vacaciones por delante todavía, y aun cuando tuviera que pasarlo enteramente en la hostería de la señora Hansen, no podría quejarme. Tendré que visitar el valle del Vestfjorddal entre los dos lados, tendré que hacer la ascensión del Gusta, tendré que volver al

Riukanfos. ¡Pues, a pesar de que por poco me caigo dentro, no pude verlo en absoluto... y me interesa verlo!

- ¡Ya volverá usted allí, señor Sylvius! -contestó Hulda.

- Volveremos todos juntos, con esta buena señora Hansen, si quiere hacer el honor de acompañarnos. Y, ahora que me acuerdo, amigos, tendré que

enviar una carta a Kate, mi fiel cocinera, y a Fink, mi anciano criado de Cristianía. ¡Estarían muy inquietos si no recibieran noticias mías, y a mi vuelta

me reñirían! Y ahora, voy a confesaros algo: las fresas, la leche, son muy refrescantes, pero no es suficiente, ya que no quiero oír hablar de dieta... ¿A que hora se come en esta casa?

- ¡Oh, poco importa, señor Sylvius...!

- ¡Al contrario, importa mucho! ¿Pensáis, pues, que durante mi permanencia en Dal voy a aburrirme comiendo solo y en mi cuarto? ¡No! ¡Quiero comer

con vosotros y con vuestra madre, si la señora Hansen no tiene inconveniente!

Naturalmente, la señora Hansen, a pesar de que hubiera preferido continuar apartada, según su costumbre, cuando se enteró de los deseos del profesor

no pudo más que acceder. Sería un honor para ella y para los suyos el tener a la mesa a un diputado del Storting.

- Entonces, queda convenido -continuó Sylvius Hog -que comeremos juntos en el gran salón...

- Sí, señor Sylvius-contestó Joel-. Yo le empujaré el sillón tan pronto la comida esté servida...

- ¡Bueno, bueno, señor Joel! ¿Y por que no llevarme en kariol? ¡No! Con el apoyo de vuestro brazo ya llegaré. ¡No estoy amputado de ningún miembro, que yo sepa!

- Como usted quiera, señor Sylvius-contestó Hulda-. ¡Pero no haga imprudencias inútiles, se lo ruego... porque entonces Joel irá inmediatamente a buscar al médico!

- ¡Me amenazas! Bueno, pues, sí ya ser, prudente y dócil. Y, desde el momento en que no me ponéis a dieta, seré el más obediente de los ancianos. ¡Ah!

pero, ¿es que no tenéis apetito, amigos míos?

- Sólo le pedimos que espere un cuarto de hora -contestó Hulda- y le serviremos una sopa de grosellas, una trucha del Maan, un pollo que ayer trajo Joel de Hardanger y una buena botella de vino francés.

- ¡Gracias, muchacha, gracias!

Hulda marchóse a vigilar la comida y poner la mesa en el gran salón, mientras Joel se fue a devolver el kariol al contramaestre Lengling.

Sylvius Hog quedóse solo. ¿Con que podía pensar sino en aquella honrada familia, de la cual era ahora huésped y deudor? ¿que podría hacer para recompensar los servicios, los cuidados de Hulda y de Joel?

Pero no tuvo tiempo de abandonarse a sus reflexiones, pues al cabo de diez minutos se hallaba ya sentado en el sitio de honor de la mesa grande. La comida era excelente. Justificaba la fama de la hostería y el profesor comió con mucho apetito.

Después pasaron la velada en animada charla, en la cual Sylvius Hog llevaba la voz cantante. Ya que la señora Hansen no quiso tomar parte en la conversación, el profesor hacía hablar a los dos hermanos. La gran simpatía que sentía por los dos iba acrecentándose, y sentíase conmovido al ver la profunda amistad que los unía el uno al otro.

Ya muy entrada la noche, Sylvius Hog regresó a su habitación, con la ayuda de Joel y de Hulda, a los que deseó unas buenas noches, con frases amables, a las que correspondieron los dos hermanos. Apenas echado en la cama se durmió inmediatamente.

A la mañana siguiente, Sylvius Hog se despertó con el alba y empezó a pensar, antes de que llamasen a su puerta.

No -decíase-, no sé cómo resolver esto. No puedo dejarme salvar, cuidar, sanar y marcharme dándoles simplemente las gracias! ¡Estoy en deuda

con Hulda y con Joel, esto es evidente! ¡Pero, caramba, estos servicios no pueden pagarse con dinero...! Por otra parte esta familia de buenas gentes parece dichosa y nada podría yo añadir a su felicidad. En fin, hablaré con ellos, y quizás hablando...

Por esto, durante los tres o cuatro días que el profesor tuvo que permanecer con la pierna extendida sobre el taburete, no cesaron de hablar los tres. Desgraciadamente, los dos hermanos lo hacían con cierta reserva. Ni el uno ni el otro querían decir nada de su madre, de cuya actitud fría y preocupada Sylvius Hog se había dado cuenta pronto. Luego, por otro sentimiento de discreción, dudaban en hacerle partícipe de las inquietudes que les causaba el retraso de Ole Kamp. No querían exponerse a alterar el buen humor de su huésped al contarle sus pesares.

- No obstante-le decía Joel a su hermana-, quizá deberíamos confiarnos al señor Sylvius. Es un hombre de gran experiencia y, por sus relaciones, podría saber seguramente si en el Departamento de Marina se ocupan de lo que le haya podido suceder al Viken.

- Tienes razón, Joel-contestó Hulda-. Creo que haremos mejor en contárselo todo. Pero esperemos que esté completamente curado.

- Sí, y esto no puede tardar-contestó Joel.

Al terminar la semana, Sylvius Hog ya no necesitaba ayuda para salir de su cuarto a pesar de que aún cojeaba un poco. Iba a sentarse en uno de los bancos de delante de la casa, a la sombra de los árboles.

Desde allí podía divisar la cúspide del Gusta, que resplandecía bajo los rayos del sol, mientras el Maan, transportando gran cantidad de troncos a la deriva,

mugía a sus pies.

También miraba pasar la gente por la carretera de Dal al Rjukanfos. La mayoría eran turistas, algunos de los cuales se detenían una o dos horas en la hostería de la señora Hansen para comer o cenar. Pasaban también muchos estudiantes de Cristianía, con la mochila a la espalda y la pequeña

escarapela noruega en la gorra.

Estos reconocían al profesor y era un continuo cambio de cordiales saludos, que demostraban que Sylvius Hog era muy apreciado por aquella juventud.

- ¿Usted aquí, señor Sylvius?

- ¡Yo aquí, amigos míos!-¡Usted, a quien creíamos en el fondo del Hardanger!

- ¡Error! ¡Es en el fondo del Rjukanfos donde debería estar!

- Bueno, pues, ya diremos a todo el mundo que se encuentra usted en Dal.

- Sí, en Dal, con una pierna herida.

- ¡Ha tenido usted suerte en hallar un buen albergue y buenos cuidados en la hostería de la señora Hansen!

- ¡No cabe imaginarse otra mejor!

- ¡No hay!

- ¡Y de gente mejor!

- ¡Tampoco hay!-repetían alegremente los turistas.

Y todos bebían a la salud de Hulda y de Joel, tan conocidos por todo el Telemark.

Entonces el profesor contaba su aventura. Confesaba su imprudencia. Relataba cómo había sido salvado. Y explicaba que todo se lo debía a sus salvadores, a los que estaba eternamente reconocido.

- ¡Y si permanezco aquí hasta que haya pagado mi deuda -añadía-, mi curso de legislación quedará cerrado por mucho tiempo, amigos míos, y podréis tomaros unas vacaciones ilimitadas!

- Bueno, señor Sylvius -decía la alegre banda de muchachos-, ¡es la hermosa Hulda quien le retiene en Dal!

- ¡Una hermosa muchacha, amigos míos, y simpática también, y yo sólo tengo sesenta años, por san Olaf!

- ¡A la salud del señor Sylvius!

- ¡Y a la vuestra, jovencitos! ¡Corred por el país, instruíos, divertíos! ¡Todos los días son buenos cuando se tiene vuestra edad! ¡Pero, desconfiad de los

pasajes de la Maristien! Joel y Hulda no estarán siempre allí para salvar a los imprudentes que se aventuren por aquel lugar.

Y se marchaban haciendo resonar todo el valle con sus alegres God aften.

Sin embargo, una o dos veces Joel tuvo que ausentarse para servir de guía a algún turista que quería efectuar la ascensión del Gusta. Sylvius Hog

hubiera

querido acompañarles. Pretendía que ya estaba curado, ya que la herida de su pierna empezaba a cicatrizar. Pero Hulda le prohibía terminantemente exponerse a una fatiga todavía demasiado fuerte para él, y cuando Hulda ordenaba algo, era preciso obedecerla.

El Gasta es una montaña bien curiosa cuyo cono central, rodeado de barrancos llenos de nieve, emerge de un bosque de abetos como de un verde collar que se extiende hasta su base. ¡Y que radio de visión se obtiene desde la cumbre! Por el Este, la bahía del Numedal; por el Oeste, todo el Hardanger y sus glaciares grandiosos; luego, al pie de la montaña, el sinuoso valle del Vestfjorddal entre los lagos Mjøsa y Tinn, Dal y sus casas en miniatura, como una verdadera caja de juguetes, y el curso del Maan, luminosa cinta que reluce a través de las verdes llanuras.

Para realizar esta ascensión, Joel salía a las cinco de la madrugada, y no volvía hasta las seis de la tarde. Sylvius Hog y Hulda salían a su encuentro. Le

esperaban cerca de la cabaña del barquero. Tan pronto los turistas y su guía desembarcaban del bote, se daban cordiales apretones de manos y los tres juntos acababan de pasar la velada agradablemente. El profesor cojeaba un poco todavía, pero no se quejaba. Verdaderamente, diríase que no llevaba ninguna prisa en curarse, lo que quiere decir que no deseaba marcharse de la hospitalaria casa de la señora Hansen.

Por otra parte, el tiempo transcurría rápidamente. Sylvius Hog había escrito a Cristianía diciendo que permanecería todavía algún tiempo en Dal. El rumor

de su aventura en el Rjukanfos se había extendido por todo el país. Los periódicos la habían publicado, algunos dramatizándola a su manera. Y entonces no cesaron de recibirse cartas en la hostería, sin contar los libros y los periódicos. Tenía que leerlo todo. Tenía que contestar. Sylvius Hog lo hacía, y los nombres de Hulda y de Joel, mezclados con esta correspondencia, corrían ya por Noruega entera.

Pero su permanencia en casa de la señora Hansen no podía prolongarse indefinidamente, y Sylvius Hog se hallaba igual que a su llegada en lo que se refiere a la manera de saldar su deuda. De todos modos, empezaba a sentir que no todo era allí como al principio había podido creer. La impaciencia

con que los dos hermanos esperaban cada día el correo de Cristianía o de Bergen, su desencanto, su pesar mismo, al ver que nunca había cartas, todo ello era más que significativo.

**Y es que estábamos al 9 de junio. ¡Y continuaban sin noticias del Viken!
¡Un retraso de mas de dos semanas sobre la fecha señalada para su regreso!
¡Ni**

**una sola carta de Ole! ¡Nada que pudiera atenuar la tortura de Hulda!
La pobre muchacha se desesperaba y Sylvius Hog notaba sus ojos
enrojecidos cuando venía a verle por las mañanas.**

**¿Que ocurre?-se decía-. Una desgracia que temen y me esconden. ¿Será
un secreto de familia, en el cual un extraño no puede intervenir? Pero, ¿es
que**

aún soy un extraño para ellos? No, ahora lo deben saber.

**En fin, cuando les anuncie mi partida quizá comprenderán que es un
verdadero amigo quien se va.**

Y, aquel día, les dijo:

**- ¡Amigos míos, se acerca el momento, muy a pesar mío, en que tendré
que dejarles!**

- ¡Ya, señor Syivius, ya! -exclamó Joel.

**- ¡Ah, el tiempo pasa muy aprisa a vuestro lado! ¡Hace ya diecisiete
días que estoy en Dal!**

- ¡Cómo...! ¡diecisiete días! -dijo Hulda.

**- Sí, querida niña, y se acerca el final de mis vacaciones. No puedo
perder ni una semana, si quiero acabar este viaje por Drammen y
Konsberg. Y, por tanto, si es gracias a vosotros que el Storthirg no ha
tenido que buscar sucesor para mi asiento de diputado, ni el Storthirg ni yo
sabemos cómo reconocer...**

**- ¡Oh, señor Sylvius...! -contestó Hulda, intentando taparle la boca con
su pequeña mano.**

- De acuerdo, Hulda. Me está prohibido hablar de esto, al menos aquí...

- ¡Ni aquí ni en otra parte! -dijo la muchacha.

**- ¡Sea! Yo no soy dueño de mí y tengo que obedecer. Pero, ¿no vendréis
Joel y tu a verme a Cristianía?**

- ¿Venir a verle, señor Sylvius...?

**- ¡Sí! Venir a verme... pasar algunos días en mi casa... ¡con la senora
Hansen, se entiende!**

**- Y si nos marchamos todos de la hostería, ¿Quién la guardará durante
nuestra ausencia?-contestó Joel.**

**- Al contrario, amigos míos, será muy fácil. ¡No me contestéis que no!
¡No aceptaré esta respuesta!**

**Y, entonces, cuando os tendré allí conmigo, instalados en la mejor
habitación de mi casa, entre mi vieja Kate y mi viejo Fink, seréis como mis**

hijos y entonces deberéis decirme de veras que es lo que yo puedo hacer por vosotros.

- ¿Lo que usted puede hacer, señor Sylvius?-contestó Joel, mirando a su hermana.

- ¡Hermano! -dijo Hulda, que había comprendido el pensamiento de Joel.

- ¡Habla, hijo mío, habla!

- ¡Pues bien, señor Sylvius, usted podría hacernos un gran honor!

- ¿Cuál?

- Sería, si esto no le estorba mucho, que quisiera asistir a la boda de mi hermana Hulda...

- ¡Su boda! -exclamó Sylvius Hog-. ¡Cómo! ¡Mi pequeña Hulda se casa...! ¡Y no me habíais dicho nada todavía...!

- ¡Oh, señor Sylvius...! -contestó la joven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

- ¿Y cuándo tendrá lugar esta boda...?

- ¡Cuando Dios quiera devolvernos a Ole, su prometido!-contestó Joel.

CAPITULO XI

ENTONCES Joel contó toda la historia de Ole Kamp a Sylvius Hog, muy emocionado por aquel relato, le escuchaba con profunda atención. Ahora lo sabía todo.

Acababa de leer la última carta que anunciaba el regreso de Ole, y Ole no regresaba. ¡Cuántas inquietudes, cuanta angustia para toda la familia Hansen!

¡Y yo que creía estar entre gente feliz!, pensaba.

No obstante, después de reflexionar bien, le pareció que los dos hermanos se desesperaban cuando todavía podían conservar alguna esperanza. A fuerza de contar aquellos días de mayo y junio, su imaginación exageraba la cifra, como si los hubieran contado dos veces.

El profesor quiso darles sus razones-no razones de encargo-sino muy serias y muy plausibles, y discutir con ellos la importancia de este retraso del Vilken.

Pero su fisonomía se había vuelto grave. La pena que experimentaban Joel y Hulda le había impresionado profundamente.

- Escuchadme, hijos míos -les dijo-. Sentaos a mi lado y hablemos.

- ¡Ah!, ¿Que podrá usted decirnos, señor Sylvius? -contestó Hulda, desbordante de dolor.

- Os diré lo que me parece justo -prosiguió el profesor-, y es esto: acabo de reflexionar sobre todo lo que me ha contado Joel. Pues bien, me parece que

vuestra inquietud rebasa de la medida. No quisiera daros una seguridad ilusoria, pero es necesario que las cosas vuelvan a su lugar verdadero

- ¡Ay, señor Sylvius! -contestó Hulda-¡Mi pobre Ole se habrá perdido con el Vilken...! ¡Ya no lo veré mas!

- ¡Hermana! ¡Hermanita! -exclamó Joel-. Cálmate por favor, y dejame que le explique al señor...

- ¡Y sobre todo conservemos la serenidad, hijos míos! Vamos a ver: el regreso de Ole a Bergen estaba señalado del 15 al 20 de mayo, ¿no es cierto?

- Sí-dijo Joel-, del 15 al 20 de mayo, tal como nos dice en su carta, y estamos ya a 9 de junio.

- Esto significa un retraso de veinte días respecto a la fecha de regreso

indicada para el Viken. Son muchos días, no puedo negarlo. No obstante, no podemos exigir de un velero lo que podríamos esperar de un barco de vapor.

- Esto es lo que le estoy repitiendo a Hulda, y lo que vuelvo a repetirle ahora.

- Y haces bien, hijo mío-prosiguió Sylvius Hog- además, es posible que el Viken sea una vieja embarcación, que navegue mal como la mayoría de las

embarcaciones de Terranova, sobre todo cuando van excesivamente cargadas, además, ha habido muchas borrascas en las últimas semanas. Quizá Ole no pudo embarcarse en la fecha indicada en su carta. En este caso, son suficientes ocho días de retraso para que el Viken no haya llegado todavía y para que vosotros no tengáis ninguna noticia de él. Todo lo que os digo es el resultado de serias reflexiones. además, ¿sabéis si las instrucciones dadas al Viken no le han dejado un margen para poder llevar su cargamento a algún otro puerto, según la demanda del mercado?.

- ¡Ole nos lo hubiera escrito! Contestó Hulda, que no podía acogerse a esta esperanza.

- ¿Que prueba que no haya escrito?-prosiguió el profesor-. Y si lo ha hecho, no sería el Viken quien estaría retrasado, sino el correo de América. ¡Suponed

que el buque de Ole ha tenido que ir a algún puerto de los Estados Unidos, esto explicaría el porqué, ninguna de sus cartas no ha llegado aún a Europa!

- ¿A los Estados Unidos... señor Sylvius?

- Esto ocurre muchas veces, y con sólo fallar un correo se deja a los amigos sin noticias durante largo tiempo... En todo caso, puede hacerse una cosa muy

sencilla, que es pedir noticias a los armadores de Bergen. ¿Los conocéis?

- Sí-contestó Joel-, son los señores Help Hermanos.

- ¿Help Hermanos?-exclamó Sylvius Hog.

- Sí.

- Pero si yo también los conozco, el más joven, Help junior, como lo llamamos, a pesar de que tiene mi edad, es mi buen amigo. Hemos comido juntos muchas veces en Cristianía. Help Hermanos, ¡hijos míos! ¡Ah! Ellos me dirán todo lo que hace referencia al Viken. Hoy mismo voy a escribirles y, si es necesario, iré a verles.

- ¡Que bueno es usted, señor Sylvius! -contestaron a coro Hulda y Joel.

Hah, no me hagáis cumplidos, ¡por favor! ¡Os lo prohíbo! ¿Es que no os

debo nada? ¿Olvidais gracias, yo, por todo lo que hicisteis por mí...? Ahora que tengo ocasión de devolveros una pequeña parte de lo que os debo, no exageréis el valor de este pequeño servicio.

- Pero usted quería marcharse para volver a Cristianía-observó Joel.

- Bueno, pues me marcharé para Bergen, si es indispensable que vaya a Bergen.

- Va usted a dejarnos, señor Sylvius-dijo Hulda.

- ¡Pues no, no os dejaré, querida niña! Soy libre de mis actos, supongo, y, mientras no haya sacado en claro esta situación, a menos que me pongáis en la puerta...

- ¿Que dice usted?

- Mirad, tengo muchas ganas de quedarme en Dal hasta que Ole regrese. Quiero conocer al prometido de mi pequeña Hulda. Debe de ser un buen muchacho de la misma clase que Joel.

- ¡Sí! ¡Igual que el!-contestó Hulda.

- ¡Estaba seguro de ello! -exclamó el profesor, cuyo buen humor había vuelto a asomar en sus palabras.

- Ole se parece a Ole, señor Sylvius -contestó Joel-, y esto es suficiente para que sea una excelente persona.

- Es posible, mi querido Joel, y esto me da mas deseos de conocerle. ¡Oh! ¡esto no puede tardar! Algo me dice que el Viken llegará muy pronto.

- ¡Dios le oiga! -¿Y por que no tendría que oírme? Tiene el oído muy fino. ¡Sí! Quiero asistir a la boda de Hulda, ya que estoy invitado. Al Storthilg le costará sólo prolongar mis vacaciones por algunas semanas. Mucho mas las habría tenido que prolongar si me hubieseis dejado caer al fondo del Rjukanfos, como merecía.

- ¡Señor Sylvius-dijo Joel-, que bueno es oírle hablar así, y cuánto bien nos hacen sus palabras!

- No tan grande como desearía, amigos míos, ya que os lo debo todo, y no sé cómo...

- ¡No...! No insistiré. ¡Vaya! ¿Fui yo acaso quien me libré de las garras de la Marisrier? ¿Y yo quien he arriesgado mi vida para salvarme? ¿He sido yo quien he subido hasta la hostería de Dal? ¿Y he sido yo quien me he cuidado y curado sin apelar a la Facultad de Medicina? Os advierto que soy tan testarudo como una mula y me he metido en la cabeza asistir a la boda de Hulda y Ole Kamp y, por san Olaf, asistiré!

La confianza es comunicativa. ¿Cómo, pues, resistir a la que mostraba Sylvius Hog? Este lo comprendió en seguida cuando vio que una debil sonrisa iluminaba las facciones de la pobre Hulda. La joven sólo anhelaba

creer... sólo anhelaba esperar.

Sylvius Hog continuó cada vez mas animado.

- Tenemos que pensar que el tiempo pasa pronto. ¡Vamos, empecemos con los preparativos de la boda!

- Ya están empezados, señor Sylvius -contestó Hulda-, hace ya tres semanas.

- ¡Estupendo! ¡Cuidado con interrumpirlos!

- ¿Interrumpirlos?-exclamó Joel-. ¡Pero, si todo está a punto!

- ¿Cómo? ¿La falda de la novia, el corpiño con los cierres de filigrana, y los colgantes?

- ¡Incluso los colgantes!

- ¿Y la corona radiante, que os cubrirá como a una santa, pequeña Hulda?

- Sí, señor Sylvius.

- ¿Y habeis cursado ya las invitaciones?

- Todas han sido expedidas ya-contestó Joel-, incluso la que mas nos interesa: ¡la de usted!

- ¿Y la dama de honor ha sido escogida ya entre las muchachas mas prudentes del Telemark?

- Y entre las mas hermosas, señor Sylvius-contestó Joel-, ya que se trata de la señorita Siegfrid Helmboe, de Bamble.

- Con que tono lo dices, muchacho-observó el profesor-, ¡y cómo has enrojecido al decirlo! ¡Eh, eh! ¿Por casualidad la señorita Siegfrid Helmboe, de Bamble, está destinada a convertirse en la señora Joel Hansen, de Dal?

- Sí, señor Sylvius -contestó Hulda- Siegfrid, que es mi mejor amiga.

- ¡Vaya! ¡Otra boda! -exclamó Sylvius Hog-.

Y estoy seguro que también se me invitará y no podré por menos que asistir. Decididamente, será necesario que dimita de mi cargo de diputado del Storthilg, pues no tendré tiempo de asistir a las sesiones. Vamos, querido Joel, quiero ser tu padrino de boda, despues de haberlo sido de tu hermana, si me lo permitís. Decididamente, ¡hacéis conmigo todo lo que queréis! ¡Abrázame, pequeña Hulda! ¡Y tú también, muchacho! Y ahora vamos a escribir a mi amigo Help junior, de Bergen.

Los dos hermanos salieron de la habitación, que el profesor hablaba ya de alquilar a perpetuidad, y volvieron a sus ocupaciones mas esperanzados.

Sylvius Hog se había quedado solo.

- ¡Pobre muchacha, pobre muchacha!-murmuraba-. ¡Sí! Por un instante, he podido engañar su dolor...! ¡Le he proporcionado un rato de

sosiego...!

¡Pero verdaderamente es un retraso muy prolongado, y en aquellos mares, me da muy mala espina en esta época...! ¡Si el Viken hubiera naufragado...!; ¡Si Ole no regresara jamás!

Instantes después el profesor escribía a los armadores de Bergen. En su carta pedía los máximos detalles sobre todo lo que se refería al Viken y su campaña de pesca. Quería saber si alguna circunstancia, prevista o imprevista, le había obligado a cambiar su puerto de destino. Le interesaba saber lo más pronto

posible cómo se explicaban este retraso los comerciantes y marinos de Bergen. En fin, rogaba a su amigo Help junior darle una información exacta a ser

posible a vuelta de correo.

En esta carta tan apremiante, Sylvius Hog explicaba también por que se interesaba tanto por el joven del Viken, los servicios que le había prestado su prometida y la alegría que tendría si podía proporcionar alguna esperanza a los hijos de la señora Hansen.

Tan pronto terminó de escribir esta carta, Joel mismo se cuidó de llevarla a la estafeta de Moel, para que saliera a la mañana siguiente. El día 11 de junio

llegaría a Bergen, y el 12 por la noche o el 13 por la mañana a lo más tardar, el señor Help junior ya podía haberla contestado.

¡Cerca de tres días para recibir la respuesta! ¡que largos les parecían! Pero, a fuerza de palabras tranquilizadoras, de animosas razones, el profesor logró

que esa espera fuese menos penosa. Ahora que conocía el secreto de Hulda, tenía siempre un buen tema de conversación y ¡que consuelo era para Joel y para su hermana el poder hablar del ausente en todo momento!

- ¿No soy ya de la familia ahora?-repetía Sylvius Hog-. ¡Si, algo así como un tío que os hubiera llegado de América, o de otra parte!

Y, ya que era de la familia, no debían tener más secretos para él.

Tampoco le había pasado por alto la actitud de los dos hermanos para con su madre. La reserva en que se mantenía la señora Hansen debía tener, según le

parecía, otro motivo que la inquietud de sus hijos por la suerte de Ole Kamp. Creyó, pues, que debía hablar de ello a Joel, este no supo que contestarle.

Entonces quiso sondear a la señora Hansen al respecto, pero ella mostróse tan impenetrable, que tuvo que renunciar a conocer sus secretos.

El tiempo se

los haría conocer, sin duda.

Tal como había previsto Sylvius Hog, la respuesta de Help junior llegó a Dal por la mañana del día 13.

Joel había partido a la madrugada a buscar el correo, y fue el mismo quien trajo la carta al salón, en donde se hallaba el profesor, con la señora Hansen y su hija.

Hubo un momento de silencio. Hulda, palidísima, no podía ni hablar de la emoción, que le aceleraba los latidos de su corazón. Cogió solamente la mano de su hermano, que estaba tan emocionado como ella.

Sylvius Hog abrió el sobre y leyó la carta en voz alta. Muy a pesar suyo, aquella contestación de Help junior sólo contenía indicaciones vagas y el profesor no

pudo disimular su contrariedad a los jóvenes que le escuchaban con lágrimas en los ojos.

El Viken había salido efectivamente de Saint-Pierre en la fecha indicada en la última carta de Ole Kamp. Lo sabían formalmente por otros buques que habían llegado a Bergen viniendo de Terranova.

Estos buques no lo habían visto durante su ruta. Pero todos habían experimentado muy mal tiempo durante su navegación por aguas de Islandia. Pero, no obstante, habían podido salir sanos y salvos. Entonces, ¿por que el Viken no habría podido hacer otro tanto? Quizá se hallaba haciendo escala en otra parte. Por lo demás, se trataba de un buque excelente, muy sólido,

bien dirigido por el capitán Frilel, de Hammersfest, y montado por una vigorosa y veterana tripulación.

Pero este retraso no dejaba de ser inquietante, y, si se prolongaba, era posible temer que el Viken se hubiese perdido con tripulación y cargamento.

Help junior sentía no poder dar mejores noticias del joven pariente de los Hansen. En lo que se refería a Ole Kamp, lo consideraba un muchacho excelente, digno de todas las simpatías que inspiraba a su amigo Sylvius.

Help junior acababa su carta testimoniando su afecto al profesor y añadiendo afectuosos saludos para la familia. En fin, le prometía que le haría saber

inmediatamente cualquier noticia que pudiera recibir sobre el Viken en cualquier puerto de Noruega.

La pobre Hulda, desfallecida, se había desplomado en una silla, mientras Sylvius Hog leía la carta; y al acabar su lectura, rompió en sollozos.

Joel, con los brazos cruzados, había escuchado sin decir palabra, y sin atreverse a mirar a su hermana.

La señora Hansen, cuando Sylvius Hog hubo terminado su lectura, se retiró a su habitación. Parecía que esperaba aquella desgracia, como esperaba muchas mas.

El profesor entonces hizo un gesto para atraer hacia el a los dos hermanos. Quería hablarles otra vez de Ole Kamp, decirles todo lo que su imaginación

le sugería de mas o menos plausible y se expresó con una seguridad maravillosa, sobre todo despues de la carta de Help junior. ¡No! Tenía un presntimiento, no había que desesperar aún. ¿No había muchos ejemplos de retrasos mas prolongados en la navegación por aquellos mares que se extienden desde Noruega a Terranova? ¡Sí, sin duda alguna! ¿era el

Viken una sólida embarcación, bien obencada; con una buena tripulación, por consiguiente, en mejores condiciones que las demas embarcaciones que habían

regresado a puerto? Indudablemente.

- Esperemos, pues, hijos míos -añadió-, esperemos. Si el Viken hubiera naufragado entre Islandia y Terranova los innumerables buques que siguen constantemente esta ruta para regresar a Europa hubieran encontrado restos del naufragio. ¡Y no ha sido así!

Ni un despojo ha sido descubierto por aquellos parajes tan frecuentados. Pero, no obstante, tenemos que actuar, tenemos que obtener detalles mas exactos. Si

durante toda la semana no tenemos noticias del Viken, o no recibimos ninguna carta de Ole, volveré a Cristanía, me dirigiré a la Marina, que hará las búsquedas necesarias, y estoy convencido de que darán un buen resultado a entera satisfacción de todos.

Joel y Hulda se daban perfecta cuenta que, a pesar de la confianza que quería mostrar el profesor, sus palabras no eran las mismas que antes de haber recibido la carta de Bergen, carta cuyos términos no dejaban mucha esperanza. Sylvius Hog no se atrevería ya a hacer alusión alguna a la próxima boda de

Hulda con Ole Kamp. Y, no obstante, repitió con una fuerza que imponía:

- ¡No! ¡No es posible! ¡Que Ole no regrese a casa de la señora Hansen! ¡Que Ole no se case con Hulda!

¡Nunca creeré que sea posible tanta desgracia!

Esta convicción era puramente personal. La sacaba de la energía de su

carácter, de su naturaleza, que nada ni nadie podía doblegar. Pero, ¿cómo podía hacerla compartir a los demás, y sobre todo a aquellos a quien la suerte del Viken les tocaba de tan cerca?

Pasaron algunos días. Sylvius Hog, completamente restablecido, realizaba largos paseos por los alrededores. Obligaba a Hulda y a su hermano a acompañarlo, con el fin de no dejarles solos con sus pensamientos. Un día, subían los tres por el valle del Rjukan. A la mañana siguiente, descendían hacia Moel y el lago Tinn. Una vez estuvieron veinticuatro horas ausentes. Fue el día que prolongaron su excursión hasta Bamble, en donde el profesor trabó conocimiento con el granjero Helmboe y su hija Siegfrid.

¡Que afectuosa acogida hizo Siegfrid a la pobre Hulda, y que palabras de ternura halló para consolarla!

Allí, aún, Sylvius Hog comunicó un poco de esperanza a aquellas buenas gentes. Había escrito a la Marina de Cristianía. El gobierno se ocupaba del Viken. Lo hallarían. Ole volvería. Incluso era posible que regresara de un día a otro. ¡No!, la boda no sufriría seis semanas de retraso. El excelente profesor parecía tan convencido que todos se rendían más a su convicción que a sus argumentos.

Esta visita a la familia Helmboe hizo un gran bien a los hijos de la señora Hansen. Y, al regresar a su casa, estaban más tranquilizados que cuando salieron de ella.

Estaban entonces a 15 de junio. El Viken llevaba ya un mes de retraso. Y, como se trataba de esta travesía relativamente corta de Terranova a la costa de

Noruega, era verdaderamente un retraso fuera de la medida, incluso para un barco velero.

Hulda no vivía. Su hermano no llegaba a encontrar palabras que la consolasen. Ante aquellos pobres seres, el profesor sucumbía a la tarea que se había señalado de conservar un poco de esperanza en sus corazones. Hulda y Joel no se movían de la puerta de la casa si no era para otear hacia Moel, o para vigilar

la carretera del Rjukanfos.

Ole Kamp tenía que venir por Bergen; pero podía suceder también que regresara por Cristianía, si la ruta del Viken había sido modificada. El ruido de un kariol, que pasaba bajo los árboles, un grito lanzado al aire, la sombra de un hombre dibujándose por el recodo del camino, todo esto les sobresaltaba, pero inútilmente. La gente de Dal también vigilaba por su parte. Iban al encuentro del cartero, arriba y abajo del Maan. Todos se

interesaban por aquella familia tan querida en todo el país, por aquel pobre Ole, que casi era un hijo del Telemark. Y no llegaba ni una sola carta de Bergen o de Cristianía que les trajera alguna noticia del ausente.

El día 16 tampoco hubo noticia alguna. Sylvius Hog no podía contenerse ya. Comprendió que tenía que hacer algo personalmente. Por esto les anunció que

a la mañana siguiente, si tampoco se recibía nada marcharía a Cristianía y se aseguraría directamente que se había practicado la búsqueda. Ciertamente que le

costaría separarse de Hulda y de Joel; ¡pero era necesario, y volvería tan pronto hubiera terminado sus gestiones!

El día 17 pareció más triste que nunca. La lluvia no había cesado de caer desde el amanecer. El viento azotaba los árboles. Las ráfagas de viento hacían retumbar los cristales de las ventanas que daban al lado del Maan.

El día transcurrió triste y penoso. Hacia las siete de la tarde terminaron de comer en silencio como si se hallaran en presencia de un muerto. Sylvius Hog

no había podido tampoco iniciar ningún tema de conversación. Le faltaban las palabras y las ideas. ¿qué podía decir que no hubiera dicho cien veces? ¿No

sentía el también que esta ausencia prolongada hacía inaceptables sus argumentos de antes?

- Mañana marcharé a Cristianía -dijo-. Joel, ocúpate de hallarme un kariol. Podrás conducirme hasta Moel, para volver en seguida a Dal.

- Sí, señor Sylvius -contestó Joel-. ¿No quiere usted que le acompañe hasta más lejos?

El profesor hizo un signo negativo indicando a Hulda, a la que no quería dejar privada de su hermano.

En aquel momento, un ruido, sensible apenas, percibióse por el lado de la carretera, viniendo de Moel.

Todos escucharon. Pronto no hubo lugar a dudas, era el ruido de un kariol. Y, al parecer, se dirigía rpidamente hacia Dal. ¿Sería algún viajero que venía a

pasar la noche en la hostería? No era probable, y raramente los turistas llegan a una hora tan avanzada.

Hulda se levantó temblorosa. Joel fue hacia la puerta, la abrió y miró en la oscuridad.

El ruido se acercaba. Eran ciertamente los pasos de un caballo y el chirrido de las ruedas de un kariol.

Pero era tal la violencia de la tempestad, que tuvieron que cerrar la puerta.

Sylvius Hog iba y venía por la sala. Joel y su hermana permanecían apretados uno al lado del otro.

El kariol sólo debía hallarse a unos veinte pasos de la casa. ¿Se detendría o pasaría de largo?

El corazón les latía a todos horriblemente.

El kariol se deuvo. Una voz llamó desde fuera...

¡No era la voz de Ole Kamp!

Casi inmediatamerlte llamaron a la puerta.

Joel abrió. Un hombre se hallaba en el umbral.

- ¿El señor Sylvius Hog -preguntó?.

- Soy yo -contesto el profesor, adelantándose-.

- ¿Quién es usted, amigo mío?

- Un correo que viene enviado de Cristianía por el Director de la Marina.

- ¿Trae usted una carta para mí?

- ¡Aquí está!

Y el recadero le tendió un gran sobre en el cual estaba impreso el membrete oficial.

Hulda no tenía fuerzas suficientes para tenerse en pie. Su hermano acababa de hacerla sentar en un taburete. Ni el uno ni la otra se atrevían a pedir a Sylvius Hog que se apresurase en abrir la carta.

Al fin, éste leyó lo que sigue:

Señor profesor:

En contestación a Su última carta, le envió adjunto un documento que ha sido recogido en alta mar por un buque danés, en fecha 3 de junio último.

Desgraciadamene este documento no deja lugar a dudas sobre la suerte ocurrida al Viken...

Sylvius Hog, sin perder tiempo en acabar de leer la carta, sacó el documento del sobre... Lo miraba...

Le daba vueltas...

Era un billete de la lotería que llevaba el número 9672.

Al dorso del billete, podlan leerse estas líneas:

3 mayo- ¡Querida Hulda, el Viken está naufragando...! ¡Sólo tengo este billete por toda fortuna...!

¡Lo confío a Dios para que te lo haga llegar, y, ya que yo no estaré presente, te ruego que estés tú cuando se realice el sorteo...! ¡Recíbelo con mi último pensamiento por ti...! ¡Hulda, no me olvides en tus oraciones...! ¡Adiós, mi querida prometida, adiós...!

CAPITULO XII

¡Es era el secreto del joven marino! ¡Esta era la suerte con la que contaba para traer una fortuna a su prometida! ¡Un billete de la lotería, comprado

antes de su partida...! ¡Y en el momento en que el Viken naufragaba, lo había metido en una botella y tirado al mar, con un último adiós para Hulda!

Esta vez Sylvius Hog quedó anonadado. Sus ojos iban de la carta al documento, pero no pronunciaba ni una palabra. ¿Que hubiera podido decir? Además,

¿Que duda podía existir ahora sobre la catástrofe del Viken, sobre la pérdida de todos sus tripulantes que volvían a Nruuga?

Mientras Sylvius Hog leía la carta, Hulda había podido resistir su angustia. Pero, después de las últimas palabras del billete de Ole, cayó desmayada en

brazos de Joel. Tuvieron que transportarla a su cuarto, donde su madre le dio los primeros auxilios. Al volver en sí, quiso que la dejaran sola y, entonces

arrodillada a los pies de la cama, rogó fervorosa y largamente por el alma de Ole Kamp.

La señora Hansen había regresado al salón. Dio unos pasos hacia el profesor, como si quisiera dirigirle la palabra, pero, después, dio media vuelta y

desapareció por la escalera.

Joel, después de dejar a su hermana en su habitación, salió en seguida también. Se ahogaba en aquella casa que parecía abierta a todos los malos vientos.

Necesitaba respirar el aire fresco del exterior el aire de la tempestad, y durante buena parte de la noche erró solitario por las orillas del Maan.

Sylvius Hog se había quedado solo. Pasado el primer momento, fue recobrando poco a poco su habitual energía. Después de dar dos o tres vueltas por el salón, escuchó por si la joven llamaba; pero como no se oía nada, se sentó al lado de la mesa y dió curso a sus reflexiones.

¡Pobre Hulda! -se decía-. ¡Hulda ya no verá mas a su prometido! ¡Es posible una desgracia tan grande...! ¡No...! ¡Sólo al pensarlo, todo se

revuelve en mí! ¡El Viken ha naufragado, sí! Pero, ¿tenemos una certeza absoluta de la muerte de Ole? ¡No puedo creerlo! En todos los casos de naufragio, el tiempo sólo puede afirmar que nadie ha podido sobrevivir a la catástrofe. ¡Sí! ¡Dudo, quiero dudar todavía, aun cuando ni Hulda, ni Joel, ni nadie mas comparta esta

duda conmigo! Ya que el Viken ha naufragado, ¿puede explicarse que no se hayan encontrado los restos en el mar...? ¡No...! Y no se ha encontrado nada mas que esta botella en la cual el pobre Ole ha querido encerrar su último pensamiento y, con ella, todo lo que le quedaba en el mundo!

Sylvius Hog conservaba el documento entre sus manos, lo miraba, lo estrujaba, le daba vueltas. ¡Aquel pedazo de papel en el que el pobre muchacho había

levantado toda una esperanza de fortuna!

No obstante, el profesor quería examinarlo aún mas atentamente, y, levantándose, escuchó nuevamente si oía a la pobre Hulda llamando a su madre

o a su hermano, y, convencido de que todo estaba en silencio, penetró en su habitación.

Aquel billete era de la lotería de las Escuelas de Cristianía, una lotería muy popular entonces en Noruega. El primer premio era de cien mil marcos. El

valor total de los demas premios se elevaba a noventa mil marcos. El número de billetes de la emisión era de un millón, todos vendidos.

El billete de Ole Kamp llevaba el número 9672.

Pero, ahora, tanto si el número era bueno como no, si el joven marino tuviera alguna razón secreta para confiar en el, ya no estaría allí en el momento del

sorteo de aquella loteria, que debería efectuarse el 15 de julio próximo, es decir dentro de veintiocho días.

Hulda, siguiendo su última recomendación, debería presentarse en su lugar y responder por el.

Sylvius Hog, a la luz del candelabro, leía y releía con atención las líneas escritas al dorso del billete como si quisiera descubrir en aquellas palabras un sentido oculto.

Las líneas estaban escritas con tinta. Era evidente que la mano de Ole no temblaba mientras la escribía. Esto demostraba que el joven marino conservaba toda su sangre fría en el momento del naufragio. Esto le ponía en condiciones de poder aprovechar cualquier medio de salvacion que se

presentara, un madero flotante, un tronco a la deriva, si no se había hundido

todo con el buque.

A menudo, estos documentos recogidos en alta mar dan a conocer aproximadamente el lugar en donde se ha producido la catástrofe. En aquel, no constaba ni la latitud ni la longitud, nada que pudiera indicar cual era la tierra mas cercana, el continente o las islas. Era de pensar, pues, que ni el capitán ni nadie de la tripulación sabía dónde se hallaba entonces el Viken. Arrastrado sin duda por una de aquellas tempestades a las cuales no puede resistirse, debería haber sido empujado fuera de su ruta y el estado del cielo no les permitió obtener una indicación solar, y no pudieron sin duda consignar la posición durante algunos días. Por esto es probable que no se supiera nunca en que parte del Atlántico norte, a lo largo de Terranova o de Islandia, se había abierto el abismo que había engullido al Viken.

Esta circunstancia era suficiente para eliminar toda esperanza, incluso a los que no querían desesperar.

En efecto, con una indicación, por vaga que fuera, se habrían podido efectuar búsquedas, enviar algún barco al lugar de la catástrofe, quizá. pudieran encontrarse algunos despojos reconocibles. ¿Quién sabe si uno o varios de los supervivientes de la tripulación había conseguido llegar a un punto cualquiera sin auxilio de ninguna clase y sin ninguna posibilidad de repatriarse?

Esta era la duda que poco a poco iba tomando cuerpo en el espíritu de Sylvius Hog, duda inaceptable para Hulda y Joel, duda que el profesor vacilaba ahora

a infiltrarles ya que la desilusión, muy probable, hubiera sido mas que dolorosa.

Y, no obstante se decía, si el documento no nos facilita ninguna indicación, sabemos por lo menos en que lugar se recogió la botella. La carta no lo dice, pero en el Deartamento de Marina, en Cristianía, no pueden ignorarlo. ¿No es ya un indicio que podría ser aprovechado aqui? Estudiando la dirección de las corrientes, la de los vientos generales, calculando el día aproximado del naufragio, ¿no sería posible...? En fin, voy a escribir de nuevo. ¡Es necesario que se active la búsqueda, por pocas posibilidades de éxito que tengamos! ¡No! ¡Nunca abandonaré a esta pobre Hulda! ¡Nunca! ¡Mientras no tenga una prueba absoluta no creeré en la muerte de su prometido!

De esta forma razonaba Sylvius Hog. Pero, al propio tiempo, tomó la decisión de no hablar a nadie de las gestiones que iba a emprender de los

esfuerzos

que iba a provocar usando de toda su influencia. Ni Hulda ni su hermano supieron nada de lo que escribió a Cristianía. Además, la partida que tenía fijada para el día siguiente, resolvió aplazarla indefinidamente o, mejor dicho, partiría dentro de algunos días, pero sería para ir a Bergen. Allí sabría por boca de los señores Help todo lo que concierne al Viken; preguntaría directamente a la gente de mar su opinión y determinaría la manera cómo deberían ser efectuadas las primeras pesquisas.

No obstante, por los detalles suministrados por el Departamento de Marina, los periódicos de Cristianía primero, y después los de Noruega, Suecia y de toda

Europa al fin, se habían amparado de aquel hecho del billete de lotería convertido en un documento. Había algo conmovedor en aquel último envío de un muchacho a su prometida, y la opinión pública se emocionó con razón.

El decano de la prensa de Noruega, el Morgen-Bild fue el primero en relatar la historia del Viken y de Ole Kamp. De los treinta y siete periódicos que se

publicaban en el país por aquel entonces ni uno solo omitió detalle al contar la historia, con términos llenos de ternura. El IUstreret-Nyedsland publicó

un dibujo ideal de la escena del naufragio. En él se veía el Viken desamparado, con las velas hechas trizas, sus mastiles rotos, a punto de desaparecer entre

las olas. De pie en la proa, se veía a Ole arrojando su botella al mar, con un último pensamiento para Hulda, mientras encomendaba su alma a Dios. En una esquina, en forma alegórica y dibujándose en medio de tenue neblina, se veía como una ola arrojaba la botella a los pies de su prometida. Todo ello encuadrado por aquel billete, cuyo número se destacaba en extremo. Era una imagen inocente, sin duda, pero que tuvo un gran éxito en aquellas tierras, tan compenetradas con las leyendas de las ondinas y las valkyrias.

Este hecho fue reproducido y comentado en Francia, en Inglaterra, hasta en los Estados Unidos de América. Con los nombres de Hulda y de Ole, su historia se popularizó por medio del lápiz y de la pluma.

Esta joven noruega de Dal, sin saberlo, tuvo el privilegio de apasionar a la opinión pública. La pobre muchacha no podía imaginarse el alboroto que se

formaba a su alrededor. Por otra parte, nada podía distraerla del dolor

en el cual se absorbía enteramente.

Y ahora no debemos extrañarnos del efecto que se produjo en los dos continentes, efecto muy explicable, teniendo en cuenta que la naturaleza humana se deja llevar fácilmente por la pendiente de las cosas

supersticiosas. Un billete de lotería, recogido en tales circunstancias, con el número 9672, arrancado a las olas de una forma tan providencial, no podía dejar de ser un billete predestinado. Entre todos los demás, ¿no estaba milagrosamente indicado para ganar el primer premio de cien mil marcos? ¿No valía una fortuna, aquella fortuna con la cual contaba el infortunado Ole Kamp?

Por esto no debemos extrañarnos que de todas partes llegasen a Dal series ofertas de compra de aquel billete, si Hulda Hansen consentía en venderlo.

En principio, los precios ofrecidos eran mediocres; pero iban aumentando de día en día. Podía preverse incluso que con el tiempo y a medida que se acercara

el día del sorteo, se presentarían serias contraofertas.

Estas ofertas se producían no sólo en aquellos países escandinavos, tan propensos a aceptar la intervención de las potencias sobrenaturales en las cosas de este mundo, sino también en el extranjero, incluso en Francia. Los ingleses, muy flemáticos, también intervinieron, y después de estos, los americanos, cuyos dólares no acostumbraban a gastarse en estas fantasías tan poco prácticas. Una gran cantidad de cartas fueron enviadas de todas partes a Dal. Los periódicos no olvidaron de dar a conocer la importancia de las propuestas hechas a la familia Hansen. Puede decirse que se estableció una especie de pequeña bolsa, cuyos puntos variaban, pero siempre en alza.

Llegaron a ofrecerse varios centenares de marcos por aquel billete que, en resumen sólo tenía una millonésima posibilidad de ganar el primer premio.

Era absurdo, sin duda, pero nadie razona con las ideas supersticiosas. Por esto, las imaginaciones trabajaban incesantemente y con la fuerza adquirida

podían y debían ir más lejos todavía.

Y es lo que se produjo. Ocho días después de aquel acontecimiento, los periódicos anunciaban que el valor del billete pasaba ya de mil, de mil quinientos e incluso de dos mil marcos. Un inglés de Manchester había llegado a ofrecer cien libras esterlinas, o sea dos mil quinientos marcos. Un americano, de Boston subió la oferta y propuso la adquisición del número

9672 del sorteo de la lotería de las Escuelas de Cristianía, por la cantidad de mil dólares.

Inútil decir que Hulda no se preocupaba lo mas mínimo de lo que apasionaba hasta aquel punto a cierto sector público. De las cartas llegadas a Dal

referentes al billete, no había querido ni enterarse.

No obstante, el profesor era de la opinión de que no podían dejarla en la ignorancia de las propuestas que se le hacían, ya que Ole Kamp le había legado la propiedad de aquel número 9672.

Hulda rehusó todas las ofertas. Aquel billete era la última carta de su prometido.

Y no se crea que la pobre muchacha pensaba en los premios de la lotería que podría sacar con el.

¡No! Ella sólo veía en el el supremo adiós del naufrago, una última reliquia que quería conservar como una cosa preciosa. No pensaba siquiera en la posibilidad de obtener una fortuna que no podría compartir con Ole. ¡Que podía haber de mas conmovedor, de mas delicado, que aquel culto a un recuerdo!

De todos modos, al enterarla de las diversas propuestas de compra que le eran dirigidas, ni Sylvius Hog ni Joel pretendían influir en Hulda. Ella sólo debía seguir los dictados de su corazón. Y ya sabemos lo que su corazón le había aconsejado.

Joel, por lo demas, aprobaba absolutamente la actitud de su hermana. El billete de Ole Kamp no debía ser cedido a nadie, por ningún precio.

Sylvius Hog hizo algo mas que aprobar la posición de Hulda: la felicitó por no prestar oídos a todo aquel comercio. ¿Era posible vender aquel billete a cualquiera, para ser revendido a otro, pasando de mano en mano, transformado en una especie de billete de banco, hasta el momento en que el sorteo de la lotería lo convirtiese en un pedazo de papel sin valor?

Y Sylvius Hog aún iba mas lejos. ¿Por casualidad sería también superticioso? No, sin duda alguna. Pero si Ole Kamp hubiese estado allí, probablemente habría dicho:

Guarde su billete, muchacho- guárdelo. Ha sido salvado de un naufragio, y usted también. Bueno, ¡ya veremos...! ¡Nunca se sabe...! ¡Ho...! ¡Nunca se sabe...!

Y cuando Sylvius Hog, profesor de legislación, diputado en el Storthig, pensaba así, ¿podía sorprender a alguien el apasionamiento del público? No, y nada mas natural que el número 9672 saliera ganador.

En la casa de la señora Hansen no hubo nadie que protestara, pues, contra el sentimiento, tan digno de respeto, que movía a la joven; nadie, salvo la madre.

Muy a menudo, en efecto, se oía a la señora Hansen recriminar la actitud de Hulda, sobre todo en ausencia de ésta. Esto no dejaba de producir mucha pena a Joel. Su madre -pensaba, al menos- no se contentaría con recriminaciones. Seguramente querría interpelar secretamente a Hulda sobre las ofertas que recibía.

- ¡Cinco mil marcos por ese billete! -repetía la señora Hansen-. ¡Le proponen cinco mil marcos!

La señora Hansen no quería ver nada, evidentemente, de lo que tenía de sentimental la negativa de su hija. Ella sólo pensaba en esta importante cantidad de cinco mil marcos. No creía, por otra parte, en el valor sobrenatural del billete, por noruega que fuese.

Y sacrificar cinco mil marcos por aquella millonésima probabilidad de suerte de ganar cien mil marcos, no podía entrar en su espíritu frío y positivo.

Es evidente que, dejando aparte las supersticiones, rehusar lo seguro por lo inseguro, en aquellas condiciones tan aleatorias, no hubiera sido un acto de cordura. Pero, lo repito, aquel billete no era un billete de lotería para Hulda; era la última carta de Ole Kamp, y su corazón se hubiera destrozado al pensar sólo en desprenderse de él.

No obstante, la señora Hansen desaprobaba en forma manifiesta la conducta de su hija. Notábase que una sorda irritación iba adueñándose de ella. Era

de temer que un día u otro pondría a Hulda en un aprieto para hacerla cambiar de resolución. Ya había hablado en tal sentido a Joel, que no había dudado

en tomar la defensa de su hermana.

Naturalmente, Syivius Hog estaba al corriente de lo que pasaba en la casa. Era una pena mas a añadir a todas las que sufría Hulda, y el profesor lo sentía

profundamente.

Joel le habiaba de ello algunas veces. -¿Es que no tiene razón mi hermana, de rehusar?-decía-. ¿Es que no hago bien aprobando su conducta?

- ¡Sin duda!-le contestaba Sylvius Hog-. Y, no obstante, desde el punto de vista matemático, vuestra madre tiene mil veces razón. ¡Pero no todo es matemático en este mundo! El cálculo no tiene nada que ver con las cosas

del corazón!

Durante estas dos semanas, habían tenido que vigilar a Hulda. Abrumada por tanto dolor, se temió por su salud. Por suerte, no careció de cuidados y a petición de Sylvius Hog, su amigo, el celebre doctor Boek, vino a visitar a la joven enferma en Dal. Sólo le prescribió mucho reposo para el cuerpo y mucha calma para el alma, si era posible. Pero el único medio de curarla, era el regreso de Ole, y este medio, sólo Dios podía disponerlo. En todo caso, Sylvius Hog no regateó sus consuelos a la muchacha, y no cesó de verterle en los oídos palabras de esperanza.

¡Y, aunque esto pueda parecer imposible, Sylvius Hog no desesperaba!

Trece días habían transcurrido desde la llegada del billete enviado por el Departamento de la Marina a Dal; estábamos a 30 de junio. Sólo quince días, y se celebraría el sorteo de la lotería, que tendría lugar, con gran solemnidad, en uno de los vastos establecimientos de Cristianía.

Precisamente aquel 30 de junio, por la mañana, Sylvius Hog recibió otra carta del Departamento de la Marina en contestación a sus reiteradas instancias.

En aquella carta le indicaban que se pusiera en contacto con las autoridades marítimas de Bergen. Además, le autorizaban a organizar inmediatamente las

pesquisas relativas al Viken, con la cooperación del Estado.

El profesor no quiso decir nada a Joel ni a Hulda.

Se limitó a anunciarles su partida, pretextando un viaje de negocios que sólo le ocuparía algunos días.

Joel se ofreció a acompañarle. No obstante, no queriendo que se enteraran de que iba a Bergen, sólo permitió que fuera hasta Moel. Además, no convenía

dejar a Hulda sola con su madre. Después de varios días de cama, ahora empezaba a levantarse; y estaba aún más débil.

A las once el kariol estaba delante de la puerta de la hostería. El profesor montó en el seguido de Joel, después de dar un último adiós a la joven. Luego,

doblando el sendero, desaparecieron bajo los grandes árboles que bordeaban el camino.

Al anoecer, Joel estaba de regreso en Dal.

CAPITULO XIII

Sylvius Hog, pues, se había marchado a Bergen. Su naturaleza tenaz, su carácter enérgico, habían vencido el descorazonamiento que por un momento

había experimentado. No quería creer en la muerte de Ole Kamp, ni admitir que Hulda estuviera condenada a no verle nunca mas. ¡No! Mientras la materialidad del hecho no fuese reconocida, el lo consideraba como falso.

¿Pero, tenía algún indicio sobre el que apoyar la obra que iba a emprender en Bergen? Sí, pero un indicio muy vago, fuerza es reconocerlo.

Sabía, efectivamente, en que fecha Ole Kamp había lanzado el billete al mar, en que fecha y en que parajes había sido recogida la botella que encerraba

el billete. Esto era lo que decía la carta que acababa de recibir del Departamento de Marina, carta cuya lectura le había decidido a partir inmediatamente para Bergen, a fin de entenderse con la casa Help y los marineros mas competentes del puerto. Quizá esto sería suficiente para imprimir una dirección útil a las pesquisas sobre la suerte del Viken.

El viaje se efectuó con toda la rapidez posible. Una vez llegado a Moel, Sylvius Hog despidió el kariot y a su acompañante y tomó pasaje en una de estas

embarcaciones de corteza de abedul, que hacen el servicio del lago Tinn. Al llegar a Tinoset, en vez de dirigirse hacia el Sur, es decir, hacia Bamble, alquiló

otro kariol y siguió las carreteras de Hardanger, a fin de alcanzar el golfo de este mismo nombre por el camino mas corto. Allí, el Rurz, pequeño barco de vapor que prestaba servicio por el golfo, le permitió descender hasta su extremo inferior. En fin, despues de atravesar una serie de fiordos, entre los islotes y las islas esparcidas por el litoral noruego, el día 2 de julio, al

amanecer, desembarcó en el muelle de Bergen.

Esta antigua ciudad bañada por las aguas de los dos fiordos de Sogne y de Hardaner, esta situada en una magnífica comarca, con la cual Suecia podrá tener un exacto parecido el día que un canal artificial conduzca las aguas del Mediterráneo hasta el pie de sus montañas. Una espléndida

avenida de fresnos da acceso a las primeras casas de Bergen. Sus altos edificios, de cúspides puntiagudas, resplandecen de blancura, como los de las ciudades árabes. Su alta catedral es visible desde muy lejos por los buques que llegan de alta mar. Es la capital de la Noruega comercial, a pesar de estar situada muy lejos de las vías de comunicación, y muy apartadas de las otras dos ciudades que, políticamente, ostentan el primero y segundo lugar en el reino: Cristianía y Drontheim.

En cualquier otra circunstancia, el profesor hubiera disfrutado estudiando esta cabeza de partido, quizá mas holandesa que noruega, por su aspecto y sus costumbres. Esto formaba parte de su viaje. Pero, tras la aventura de la Maristien, despues de su llegada a Dal, este programa había experimentado importantes modificaciones. Sylvius Hog no era ya el diputado turista, que quería tener una noción exacta del país, tanto desde el punto de vista político como comercial. Ahora era el huesped de la casa Hanseña, el deudor de Joel y de Hulda, cuyos intereses pasaban por delante de todo.

Al desembarcar en Bergen, Sylvius Hog saltó del Run sobre el muelle del mercado de pescado, al fondo del puerto. En seguida dirigióse hacia el barrio de

Tyse-Bodrone, donde vivía Help junior, de la casa Help Hermanos.

Llovía, naturalmente, ya que la lluvia cae sobre Bergen durante trescientos sesenta días al año. Pero difícilmente se habría encontrado una casa mejor

acondicionada que el acogedor hogar de Help junior.

Y tampoco Sylvius Hog hubiera podido encontrar en ninguna otra parte una acogida mas calurosa, mas cordial y mas espontánea que allí. Su amigo se amparó de su persona como de un objeto precioso que tomaba en consignación, lo guardaba y no estaba dispuesto a cederlo mas que contra recibo extendido.

Sylvius Hog impuso inmediatamente a Help junior el objeto de su viaje. Le habló del Viken. Le pidió saber si había recibido alguna noticia mas despues

de su última carta. ¿Lo consideraban completamente perdido los marineros

del lugar? Ese naufragio, que cubría de luto a muchas familias de Bergen,

¿no había movido a las autoridades marítimas a empezar sus pesquisas?

- Pero, ¿cómo podrían hacerlas -contestó Help junior- si no se sabe el

lugar exacto del naufragio?

- Es verdad, mi querido Help, pero es precisamente porque lo ignoramos que debemos intentar saberlo.

- ¿Saberlo?

- ¡Sí! Si no sabemos nada del lugar en el cual el Viken naufragó sabemos por lo menos cuál es el lugar donde fue recogida la botella por el buque danés.

Tenemos, pues, un indicio cierto, que sería imperdonable negligencia olvidar.

- ¿Y cuál es este lugar?

- Escúchame, querido Help.

Sylvius Hog le comunicó entonces los recientes datos que había recibido del Departamento de Marina, y los plenos poderes que le habían conferido para que

los utilizara.

La botella que contenía el billete de lotería de Ole Kamp había sido hallada el día 3 de junio por la goleta Christian, capitaneada por Mosselman, de Elseneur,

a doscientas millas al suroeste de Islandia, con viento del sureste.

Este capitán había tomado en seguida conocimiento del documento, como debía, dado el caso de poder acudir en socorro de los supervivientes del Viken.

Pero las palabras escritas al dorso del billete de la lotería no daban ninguna indicación del lugar del naufragio y el Christian no pudo dirigirse hacia el paraje de la catástrofe.

El capitán Mosselman era un hombre honrado.

Quizá otro, poco escrupuloso, se hubiera guardado el billete por su cuenta. El sólo tuvo un pensamiento: hacer llegar el billete a su destinatario tan pronto llegara al puerto. Hulda Hansen, Dal, esto es suficiente. No era necesario saber más.

Pero, una vez llegado a Copenhague, el capitán Mosselman se dijo que mejor sería entregar el documento a las autoridades danesas en vez de enviarlo

directamente a su destinatario. Era más seguro y más correcto. Y esto fue lo que hizo, y la Marina de Copenhague avisó inmediatamente a la Marina de Cristianía.

En aquella época, ya se habían recibido las primeras cartas de Sylvius Hog pidiendo noticias precisas sobre el Viken. El especial interés que sentía por la

familia Hansen era ya conocido. Sylvius Hog debía permanecer en Dal algún tiempo todavía, y fue allí, pues, donde se le remitió el documento recogido por

el capitán danés, a fin de que lo pusiera en manos de Hulda Hansen.

Desde entonces, esta historia no había cesado de apasionar la opinión pública, por los detalles conmovedores que publicaban los periódicos de ambos

mundos.

Esto fue todo lo que Sylvius Hog explicó brevemente a su amigo Help junior, que le escuchaba con profunda atención, sin interrumpirle ni un momento.

Al terminar, Sylvius Hog añadió:

- Existe un punto que no puede ponerse en duda: y es que el día 3 de junio último el documento fue hallado a doscientas millas hacia el suroeste de Islandia, aproximadamente un mes después de la partida del Viken de Saint Pierre-Miquelon, con rumbo a Europa.

- ¿Y no sabe usted nada más?

- No, mi querido Help; pero, consultando, los marineros más expertos de Bergen, los que son o han sido prácticos en estos mares, que conocen la dirección general de los vientos y sobre todo de las corrientes, ¿no podríamos establecer la ruta seguida por la botella? Luego, teniendo en cuenta su velocidad aproximada y el tiempo transcurrido hasta el día en que fue recogida, ¿es imposible acaso calcular el lugar donde tuvo que ser echada por Ole Kamp, es decir, el lugar del naufragio?

Help junior sacudió la cabeza en signo de duda.

Fundamentar toda una tentativa de pesquisas sobre indicaciones tan vagas, en las cuales podían mezclarse tantas causas de error, ¿no sería correr hacia un

fracaso? El armador, de espíritu frío y práctico, creyó su deber hacerlo notar a Sylvius Hog.

- ¡Es posible, amigo Help! Pero, el hecho de que sólo podamos obtener datos muy inciertos no es razón para abandonar la partida. Tengo interés en intentar todo lo posible en favor de estas pobres gentes, a las cuales debo la vida. Sí, si fuera necesario, no vacilaría en sacrificar lo que poseo para hallar a Ole Kamp y devolverlo a su prometida Hulda Hansen.

Y Sylvius Hog contó con todo detalle su aventura del Rjukanfos. Explicó como el intrépido Joel y su hermana habían expuesto sus vidas para venir en su auxilio, y cómo, sin su intervención, no tendría hoy el gusto de ser el huésped de su amigo Help.

El amigo Help, como hemos dicho, era persona poco inclinada a hacerse ilusiones; pero no podía oponerse a que intentaran incluso cosas inútiles, imposibles, y todo, cuando se trataba de un caso de humanidad. Por eso al final aprobó lo que intentaba hacer Sylvius Hog.

- Sylvius -le contestó-, te secundaré con todas mis fuerzas. ¡Sí! ¡Tienes razón! Por pequeña que sea la posibilidad de hallar algunos supervivientes del

Viken, y, entre todos, este intrépido Ole cuya prometida te salvó la vida, no podemos despreciarla.

- ¡No, Help, no! -confirmó el profesor-. Aun cuando sólo tuviéramos una posibilidad contra cien mil.

- Hoy mismo, Sylvius, reuniré en mi despacho a los mejores marinos de Bergen. Llamaré a todos los que han navegado y navegan habitualmente en los mares de Islandia y de Terranova. Veremos lo que nos aconsejan hacer...

- ¡Y lo que nos aconsejen hacer, lo haremos! -contestó Sylvius Hog con su ardor tan comunicativo-. Tengo el apoyo del Gobierno. Estoy autorizado a hacer tomar parte a una de sus embarcaciones oficiales en las pesquisas del Viken, y estoy seguro que nadie vacilará, cuando se trate de unirse a nuestra obra.

- Me voy al Departamento de Marina-dijo Help.

- ¿Quieres que te acompañe?

- Es inútil. Debes de estar cansado...

- ¡Cansado...! ¡Yo...! ¡A mi edad...!

- ¡No importa!. Descansa, mi querido y siempre joven Sylvius, mientras me esperas aquí...

El mismo día tuvo lugar en casa de los hermanos Help una reunión de capitanes mercantes, de marineros de pesca de altura y de pilotos. Se encontraban

allí un gran número de lobos de mar que todavía navegaban y algunos, mas ancianos, que ya estaban retirados.

En primer lugar, Sylvius Hog los puso al corriente de la situación. Les informó de la fecha -3 de mayo- en que el documento había sido echado al mar por

Ole Kamp, y en que fecha -3 de junio- el capitán danés lo había recogido, y en que lugar, o sea a doscientas millas al sudoeste de Islandia.

La discusión fue bastante larga y muy seria. No existía ni uno solo de los presentes que desconociera cual era, en los parajes de Islandia y de los mares de Terranova, la dirección de las corrientes, las cuales debían tenerse en cuenta para el problema planteado.

Era incontestable que en la época del naufragio, durante el intervalo de tiempo comprendido entre la partida del Vilken de Saint Pierre-Miquelon y el hallazgo de la botella por el buque danés, interminables golpes de viento del sudeste habían removido aquella porción del Atlántico. La catástrofe tenía que atribuirse sin duda a una de estas tempestades. Probablemente el Viken, no pudiendo hacerles frente, tuvo que hacer marcha atrás. Y es precisamente durante este período del equinoccio, que los hielos polares empiezan a derivar hacia el Atlántico. Es muy posible que se produjera una colisión y que el Vilken se estrellara contra uno de estos icebergs tan difíciles de evitar.

Admitiendo esta explicación, ¿por que la tripulación, toda o parte de ella, no podía haberse refugiado en uno de estos icefelds (1), despues de haber salvado

una cierta cantidad de víveres? Si esto fuera cierto, el banco de hielo continuaría siendo empujado hacia el Noroeste y sería posible que los supervivientes pudieran finalmente arribar a cualquier punto de la costa

de Groenlandia. Era, pues, en aquella dirección y por aquellos parajes que debería intentarse la búsqueda.

(1) Campos de hielo.

Esta fue la respuesta dada, por unanimidad de aquella reunión de marinos, a las diversas preguntas formuladas por Sylvius Hog. No existía ninguna duda

de que debían proceder en la forma indicada. Pero ¿Que hallarían, sino despojos en el caso de que el Viken hubiera abordado uno de estos enormes icebergs? ¿Podían confiar en la repatriación de los supervivientes del naufragio? Era una causa mas que dudosa. El profesor, al hacer esta pregunta directa, vio muy bien que los mas competentes no podían o no querían contestar nada. Esto no era una razón para no actuar -en esto estaban todos de acuerdo-y era preciso actuar rápidamente.

Bergen posee algunos de los buques pertenecientes a la flotilla noruega del Estado. En aquel puerto estaba destinada una de las tres embarcaciones que

hacen el servicio de la costa occidental, con parada en los puertos de Drontheim, de Finmark, de Hammersfest y del cabo Norte.

Despues de redactar una nota resumieno la opinión de los marinos reunidos en casa de Help junior, Sylvius Hog se trasladó a bordo del buque

Telegraf.

Allí dio a conocer al comandante la misión especial que el Gobierno le había encargado.

El comandante recibió al profesor con toda amabilidad y mostróse dispuesto a darle toda su cooperación. Había realizado ya la navegación por aquellos

parajes durante las largas y peligrosas campañas que arrastran a los pescadores de Bergen, de las islas Loffoden, y de Finmark, hasta los bancos de pesca de Islandia y de Terranova. Podría, pues, aportar sus conocimientos personales a la obra de humanidad que iba a emprender y prometió entregarse en cuerpo y alma a la misma.

En cuanto a la nota que le entregó Sylvius Hog -nota que indicaba el lugar presumible del naufragio-, obtuvo su entera aprobación. Era en esta porción de mar, comprendida entre Islandia y Groerlandia, donde deberían buscar a los supervivientes, o, por lo menos, algunos restos del Vilke. Si el comandante no tenía éxito, iría a explorar los parajes vecinos y quizá el mar de Baffin, en la costa oriental.

- Estoy dispuesto a partir, señor Hog-añadió-.

Mi cargamento de carbón y de víveres está hecho, mi tripulación está a bordo y puedo aparejar hoy mismo.

- Le doy las gracias, comandante-contestó el profesor-, y le quedo muy reconocido por la acogida que me ha dispensado. Pero, una pregunta todavía:

¿puede usted indicarme cuánto tiempo necesitará para alcanzar los parajes de Groenlandia?

- Mi buque puede hacer once nudos por hora.

Y como la distancia de Bergen a Groenlandia es de veinte grados, aproximadamente, calculo que podré llegar en menos de ocho días.

- Vaya usted tan aprisa como pueda, comandante -contestó Sylvius Hog-. Si algunos náufragos han podido escaparse de la catástrofe, hace ya dos meses

que están abandonados, sin duda muriéndose de hambre en alguna costa desierta...

- No tenemos ni una hora que perder, señor Hog.

Hoy mismo nos haremos a la mar con la marea, y navegaremos a la máxima velocidad y, tan pronto halle un indicio cualquiera, informaré a la Marina de Cristianía por telégrafo.

- Parta usted, comandante -contestó Sylvius Hog-, ¡y ojalá tenga usted el éxito que esperamos!

Aquel mismo día el Telegraf aparejaba, saludado por los simpáticos hurras de toda la población de Bergen. Y no fue con poca emoción que le vieron maniobrar por el agua y desaparecer detrás de los últimos islotes del fiordo.

No obstante, Sylvius Hog no limitó sus esfuerzos en esta expedición que acaba de encargar al buque Telegraf. Su mente aún podía hacer mucho más, multiplicando los medios de hallar algún indicio del Viken. ¿No sería posible excitar la emulación de los buques de comercio y de pesca, a fin de que prestaran su concurso a las pesquisas, mientras navegaban por los mares de las Feroe y de Islandia? ¡Sí, sin duda! Entonces, ofreció una prima de dos mil marcos, en nombre del Estado, a todo buque que proporcionara un indicio relativo al barco perdido, y de cinco mil marcos a quien repatriara a uno de los supervivientes del naufragio.

Así, pues, durante los días que permaneció en Bergen, Sylvius Hog hizo todo lo que le fue posible para asegurar el éxito de aquella campaña. En ella fue secundado perfectamente por su amigo Help junior y las autoridades marítimas. Help hubiera deseado que permaneciera con él por algún tiempo todavía, pero Sylvius Hog le dio las gracias y rehusó prolongar su

permanencia en la casa. Ansiaba regresar al lado de Hulda y de Joel, temiendo haberles dejado demasiado tiempo solos con ellos mismos. Pero Help junior convino con él que, si llegaba alguna noticia, inmediatamente se la transmitirían a Dal. Únicamente él debía informar a la familia Hansen.

El día 4, por la mañana, Sylvius Hog, después de haberse despedido de su amigo Help, embarcó nuevamente en el Run para atravesar el fiordo de Hardanger, y, a menos de un retraso imprevisto y poco probable, calculaba estar de regreso en el Telemark al anochecer del día 5.

CAPITULO XIV

El mismo día que Sylvius Hog había salido de Bergen, una gravísima escena tenía lugar en la hostería de Dal.

Después de marcharse el profesor, parecía que el buen hado de Hulda y de Joel habíase llevado, con su última esperanza, toda la vida de aquella familia.

Era como una casa muerta, que Sylvius Hog dejaba tras el.

Durante aquellos dos días, además, ningún turista pasó por Dal. Joel no tuvo ocasión de ausentarse y pudo permanecer al lado de Hulda todo el tiempo como deseaba, pues temía dejarla sola.

Efectivamente, la señora Hansen iba dejándose dominar cada vez más por sus secretas inquietudes.

Parecía haberse desligado de todo lo que se refería a sus hijos, incluso de la pérdida del Viken. Vivía una vida aparte, retirada en su habitación, saliendo

sólo a las horas de las comidas. Pero, cuando dirigía la palabra a Hulda o a Joel, era siempre para hacerles reproches directos o indirectos sobre el billete de la lotería, del cual no querían deshacerse a ningún precio.

Y es que las ofertas no habían cesado. Llegaban de todas partes del mundo. Era como a especie de locura que se había apoderado de aquella gente. ¡No!

Era imposible que aquel billete no estuviera predestinado a ganar el primer premio de cien mil marcos. Parecía como si aquella lotería constara de un

solo número, el 9672. En resumen, el inglés de Manchester y el americano de Boston llevaban la voz cantante. El inglés había logrado superar a su rival

en algunas libras. Pero pronto fue superado por varios centenares de dólares. La última oferta había sido de ocho mil marcos, lo que sólo se explicaba

por una verdadera monomanía, a menos que no se tratara de una cuestión de amor propio entre Estados Unidos y Gran Bretaña.

Sea como sea, Hulda contestaba siempre con una negativa a todas las proposiciones, por ventajosas que fueran, lo que acabó por provocar las más amargas recriminaciones de la señora Hansen.

- ¿Y si yo te ordenara que cedieras este billete? -le dijo un día a su hija-. ¡Sí, si te lo ordenara!

- Madre, me desesperaría, pero tendría que decirle que no, también.

- ¿Y si fuera necesario, no obstante?

- ¿Por que sería necesario?-preguntó Joel bruscamente.

La señora Hansen no replicó. Se había puesto muy pálida al oír aquella pregunta expuesta tan claramente, y se retiró murmurando palabras ininteligibles.

- Ocurre algo grave, y debe de ser algo entre nuestra madre y Sandgoist -dijo Joel.

- Sí, hermano. Se presentan complicaciones desagradables para el futuro.

- Mi pobre Hulda. ¿No hemos sufrido ya bastante estas últimas semanas, que tengamos que tener una nueva catástrofe?

- ¡Ay, cuánto tarda en regresar el señor Sylvius!-dijo Hulda-. Cuando el está aquí me siento menos desesperada...

- Y, no obstante, ¿Que puede hacer el por nosotros? -contestó Joel.

Pero, ¿Que había en el pasado de la señora Hansen que no quería confiar a sus hijos? ¿Que amor propio mal entendido le impedía decirles el motivo de sus inquietudes? ¿Tenía que reprocharse de algo?

Y, por otra parte, ¿por que aquella presión que quería ejercer sobre su hija, a propósito del billete de Ole Kamp, y del valor que había alcanzado? ¿De dónde provenía su avidez para cobrar su importe en moneda? Hulda y Joel iban a saberlo al fin.

El día 4 de julio, por la mañana, Joel había conducido a su hermana a la capillita donde Hulda iba a rezar cada día por el naufrago. El la esperaba fuera y la volvía a acompañar a casa.

Aquel día, al regresar, vieron los dos a la señora Hansen que pasaba bajo los árboles rápidamente dirigiéndose hacia la casa.

No iba sola. Un hombre la acompañaba, un hombre que debía de hablar a gritos y cuyos gestos parecían muy imperiosos.

Hulda y su hermano se habían detenido bruscamente.

- ¿Quién es ese hombre? -dijo Joel.

Hulda avanzó algunos pasos.

- Le conozco -dijo.

- ¿Le conoces?

- ¡Sí! ¡Es Sandgoist!

- ¿Sandgoist, de Drammen, el que vino ya a nuestra casa durante mi ausencia?

- ¡Sí!

- ¿Y que actuaba como si fuera el dueño, como si tuviera derechos... sobre nuestra madre... sobre nosotros, quizá?

- El mismo, hermano, y estos derechos sin duda viene a ejercerlos hoy...

- ¿Que derechos...? ¡Ah...! Esta vez sabré lo que este hombre tiene la pretensión de hacer aquí.

Joel se contuvo con grandes esfuerzos y, seguido de su hermana, se apartó un poco del camino, para no ser visto.

Minutos despues, la señora Hansen y Sandgoist llegaban a la puerta de la hosteria. Sandgoist entró primero y la señora Hansen despues, cerrando la

puerta tras ella. Los dos se instalaron en el salón.

Joel y Hulda se acercaron a la casa, parándose a escuchar.

La irritada voz de Sandgoist se elevaba con fuerza, mientras la señora Hansen hablaba en tono suplicante.

- ¡Entremos! -dijo Joel.

Y los dos, Hulda con el corazón oprimido y Joel ardiendo de impaciencia y de ira también, entraron en el salón, cerrando con cuidado la puerta.

Sandgoist estaba sentado en el gran sillón y no se movió al ver entrar a los dos hermanos, contentándose con volver la cabeza en su dirección y lanzarles

una mirada por encima de las gafas.

- ¡Ah! He aquí a la encantadora Hulda, si no me equivoco dijo en un tono que desagradó a Joel.

La señora Hansen estaba de pie delante de aquel hombre, en una actitud mezcla de temor y de humildad. Pero se enderezó de pronto, demostrando su contrariedad al ver a sus dos hijos.

- ¿Y este es su hermano, sin duda? Añadió Sandgoist.

- Sí, su hermano -contestó Joel.

Luego avanzó hacia el visitante, quedándose a dos pasos del sillón que éste ocupaba.

- ¿En que podemos servirle? -preguntó.

Sandgoist le lanzó una malévola mirada, y, con su voz dura y desagradable, dijo, sin levantarse:

- Ahora se lo diremos, joven. En verdad, llega usted a punto. Tenía ganas de verle, y, si su hermana se muestra razonable, acabaremos por entendernos. ¡Pero siéntese, y usted también, jovencita!

Sandgoist les invitaba a sentarse, como si se hallara en su casa. Joel se lo hizo notar.

- ¡Ah, ah! ¡Esto os molesta! ¡Diablo, vaya un muchacho susceptible!

- Tan susceptible como usted quiera -replicó Joel-, ¡pero que no acepta mas amabilidades que de aquellos que tienen derecho a ofrecerlas!

- ¡Joel! -amonestó la señora Hansen.

- ¡Hermano, hermano! -añadió Hulda, con suplicante mirada.

Este hizo un gran esfuerzo para conservar la serenidad y, a fin de no dejarse llevar por las ganas que tenía de poner en la puerta aquella persona tan

grosera, se apartó a un rincón.

- ¿Puedo hablar ahora? -preguntó Sandgoist.

Una señal afirmativa de la señora Hansen fue la única respuesta que obtuvo. Pero pareció que le era suficiente.

- Voy a deciros de lo que se trata, y os ruego que me escuchéis con atención los tres, pues no me gusta repetir dos veces las mismas palabras.

Se expresaba, era evidente, como un hombre que se cree en derecho de imponer su voluntad.

- Me he enterado por los periódicos -continuó- de la aventura de un tal Ole Kamp, un joven marinero de Bergen, y de un billete de la lotería que ha enviado a su prometida, Hulda, en el momento en que el buque que tripulaba, el Viken, iba a hundirse. Me he enterado también que, entre el gran público, se considera este billete como algo sobrenatural por razón de las circunstancias en que fue hallado.

He sabido, además, que se le atribuye un valor especial en la suerte del sorteo. Y, por último, me han dicho que Hulda Hansen había recibido varias ofertas de compra, algunas incluso a precios considerables.

Se calló un instante. Luego añadió:

- ¿Es verdad todo esto?

La respuesta a su última pregunta salió de boca de Joel, quien dijo.

- ¡Sí...! Es verdad. ¿Y que?

- ¿Y que? -repuso Sandgoist-. Puesto que estas ofertas se basan en una superstición absurda, esto es lo que yo pienso. Pero, en fin, existen y aumentarán aún mas, supongo, a medida que se acerque el día del sorteo.

Y, como soy comerciante, creo que este asunto me conviene. Por esto, ayer salí de Drammen para venir a Dal a fin de tratar de la cesión de este billete y rogar a la señora Hansen que me diera la preferencia sobre todos los demas compradores

Hulda, instintivamente, iba a contestar a Sandgoist tal como lo había

hecho a todas las peticiones de aquella clase, aún cuando no se hubiera dirigido

directamente a ella, pero Joel la detuvo.

- Antes de contestar al señor Sandgoist -dijo- quiero preguntarle si sabe a quién pertenece este billete.

- ¡A Hulda Hansen, me imagino!

- Bueno, pues es a Hulda Hansen a quien debe pedirle si está dispuesta a desprenderse de el.

- ¡Hijo mío...! -añadió la señora Hansen.

- Dejeme usted acabar, madre -continuó Joel-.

Este billete, ¿no pertenece legalmente a nuestro primo Ole Kamp, y Ole Kamp no tenia perfecto derecho a legarlo a su prometida?

- Indudablemente -contestó Sandgoist.

- Es, pues, a Hulda Hansen a quien deben dirigirse todas las demandas.

- Muy bien, señor formalista -dijo Sandgoist-. Pido, pues, a Hulda que me ceda este billete que lleva el número 9672, que ha recibido de Ole Kamp.

- Señor Sandgoist -contestó la muchacha con voz segura-, he recibido muchas proposiciones por este billete, pero todas han sido inútiles. Por esto le contestare igual que he contestado hasta ahora. Si mi prometido me ha enviado este billete con su último adiós, ha sido porque ha querido que lo guardara,

no que vendiera. Por lo tanto, no puedo desprenderme de el a ningún precio.

Una vez dicho esto, Hulda se disponía a retirarse, considerando que la entrevista, en lo que la concernía, debía considerarse terminada con su negativa.

Pero un gesto de su madre la detuvo.

Un movimiento de despecho se había escapado de la señora Hansen al oír lo que su hija decía, y Sandgoist demostraba, con el fruncir de la frente y los destellos de su mirada, que empezaba a enfurecerse.

- ¡Si! quedese, Hulda -dijo-. Estas no pueden ser sus últimas palabras y, si insisto, es que tengo el derecho de insistir. Creo, por lo demás, que me he

expresado mal, o quizá, que usted no me ha comprendido bien. Es cierto que las posibilidades de suerte de este billete no han aumentado por el solo hecho de que la mano de un naufrago lo haya encerrado en una botella y que ésta haya sido recogida oportunamente. Pero no se puede razonar con las manías de la gente. No hay ninguna duda de que mucha gente está deseando entrar en su posesión.

Han hecho muchas ofertas de compra y harán muchas más todavía. Lo

repito, este asunto se ha convertido en un negocio y es precisamente un negocio lo que les propongo.

- Le será muy difícil entenderse con mi hermana señor -contestó irónicamente Joel-. Cuando usted le habla de negocios, ella le contesta con sentimientos.

- ¡Palabras, joven, nada más que palabras! -contestó Sandgoist-, y cuando haya terminado de explicarme, ya verá usted que si se trata de un negocio

ventajoso para mi, también lo resultará para ella.

Y debo añadir que lo será igualmente para su madre, la señora Hansen, que se encuentra directamente interesada en el asunto.

Joel y Hulda se miraron. ¿Iban por fin a saber lo que la señora Hansen les había ocultado hasta entonces?

- Continúo -dijo Sandgoist-. No pretendo que este billete me sea vendido por el mismo precio que le costó a Ole Kamp. ¡No...! Con o sin razón, ha adquirido un cierto valor comercial. Por esto me propongo hacer un sacrificio para poseerlo.

- Ya le hemos dicho -replicó Joel- que Hulda ha rehusado muchas proposiciones superiores a todo lo que usted pueda ofrecer...

- ¿De veras? -exclamó Sandgoist-. ¡Proposiciones superiores! ¿Y que sabe usted?

- Además, sean las que sean, mi hermana las rehusa todas, y yo apruebo su negativa.

- ¡Ah, vamos! ¿Con quién tengo que tratar, con Joel o con Hulda Hansen?

- Mi hermana y yo no somos más que uno -contestó Joel-. ¡Para que lo sepa usted, ya que parece ignorarlo!

Sandgoist, sin desconcertarse, levantó los hombros. Luego, como quien está muy seguro de sus argumentos, continuó:

- Cuando hablé de un negocio para la compra de este billete, tenía que haber añadido que puedo ofrecer unas ventajas de tal índole que, en interés de su familia, Hulda no podrá rechazar.

- ¿De veras?

- Y sepa usted ahora, joven, que no he venido a Dal para rogar a su hermana que me ceda el billete. ¡No! ¡Mil diablos, no!

- ¿Que es lo que pide usted, entonces?- preguntó el muchacho.

- ¡Yo no pido nada, exijo... quiero!

- ¿Y con que derecho -exclamó Joel- usted, un extraño, se atreve a hablar de este modo en casa de mi madre?

- ¡Con el derecho que tienen todos los hombres -contestó Sandgoist- de hablar cuando quieren y como quieren cuando están en su propia casa!

- ¡En su propia casa!

Joel, en el colmo de la indignación, se abalanzó hacia Sandgoist, que, a pesar de que no era persona capaz de atemorizarse fácilmente, había saltado del

sillón rápidamente. Pero Hulda retuvo a su hermano, mientras la señora Hansen, con la cabeza entre las manos, retrocedía hacia un extremo de la sala.

- ¡Hermano...! ¡Mirala...! -dijo la muchacha.

Joel se detuvo repentinamente. Al ver a su madre, su furor se había disipado. Todo, en su actitud, demostraba hasta que punto la señora Hansen se hallaba en poder de aquel Sandgoist.

Este, al ver la vacilación de Joel, recobró su aplomo y volvió a sentarse en el mismo sitio que ocupaba.

- ¡Si, en su propia casa! -exclamó con voz mas amenazadora, si cabe-. Después de la muerte de su marido, la señora Hansen se lanzó a una serie de especulaciones que no han tenido éxito. Ha comprometido la poca fortuna que le dejó vuestro padre al morir. Ha tenido que pedir un préstamo a un banquero de Cristiania. En último extremo ha tenido que ofrecer esta casa como garantía de un préstamo de quince mil marcos, préstamo que fue efectuado con obligaciones bien en regla, obligaciones que yo, Sandgoist, he comprado al prestamista. Esta casa será mía, pues, y en fecha muy próxima, si no me paga en la fecha del vencimiento.

- ¿Cuándo es esta fecha? -preguntó Joel.

- ¡El día 20 de julio, dentro de dieciocho días -contestó Sandgoist-. Y este día, tanto si os gusta como si no, estaré aquí, en mi propia casa!

- Usted no estará aquí en su casa en esta fecha, mas que en el caso que no se le pague la deuda hasta entonces -contestó Joel-. ¡Le prohibo, pues, que hable como lo está haciendo delante de mi madre y de mi hermana!

- ¡Me prohíbe a mí...! -exclamó Sandgoist-. Y su madre, ¿también me lo prohíbe?

- ¡Pero, hable usted, madre! -dijo Joel, dirigiéndose hacia la señora Hansen e intentando apartarle las manos del rostro.

- ¡Joel...! ¡Hermano mio...! -exclamó Hulda-. ¡Por piedad... para ella... te lo ruego... cálmate!

La señora Hansen, con la cabeza inclinada sobre su pecho, no se atrevía a mirar a su hijo. Desgraciadamente era verdad. Algunos años después de la muerte de su marido, había intentado aumentar su fortuna en negocios

aventurados. El escaso dinero de que disponia se habia evaporado en poco tiempo. Pronto tuvo que recurrir a los préstamos ruinosos. Y ahora, una obligación, una hipoteca de su casa, habia pasado a manos de aquel Sandgoist, de Drammen, un hombre sin corazón, un usurero muy conocido y detestado de todo el pais. La señora Hansen lo había visto por vez primera el día que vino a Dal a fin de valorar el coste de la hosteria.

¡Así, pues, este era el secreto que pesaba sobre su existencia! Esta era la explicación de su actitud y el porque de su vida aislada, como si hubiera querido esconderse de sus hijos. Este era, por fin, el secreto que nunca habia querido revelar a sus hijos, cuyo porvenir se hallaba comprometido por su culpa.

Hulda no se atrevia a creer lo que acababa de oír.

¡Si! Sandgoist era bien dueño de imponer su voluntad. Aquel billete que queria obtener hoy, dentro de quince días no tendría ningun valor, y si no se lo

entregaba, seria la ruina, seria la casa vendida, seria la familia Hansen sin domicilio, sin recursos...

Seria la miseria.

Hulda no se atrevía a levantar los ojos hacia Joel.

Pero Joel, lleno de ira, no quiso oír hablar de amenazas para un futuro próximo. Solo veia a Sandgoist, y, si aquel hombre continuaba hablando como lo venia haciendo, no podria contenerse...

Sandgoist, creyéndose dueño de la situación, volviase mas duro, mas imperioso todavia.

- ¡Este billete lo quiero y lo obtendré! -repetia-. A cambio, ofrezco un precio que es imposible de señalar; pero ofrezco aplazar el vencimiento de la obligación suscrita por la señora Hansen, aplazarla por un año o dos años. ¡Usted misma puede señalar la fecha, Hulda!

Hulda, con el corazón oprimido por la angustia, no podia abrir la boca. Su hermano contestó en su, lugar, gritando: -¡El billete de Ole Kamp no puede ser vendido por Hulda Hansen! ¡Mi hermana rehúsa todas las propuestas y amenazas, sean las que sean! ¡Y ahora, salga de aqui!

- ¡Salir! -dijo Sandgoist-. ¡Pues bien, no...! ¡No saldré...! Y si la oferta que acabo de hacer no es suficiente, iré mas lejos... ¡Sí...! contra la entrega del billete ofrezco... ofrezco...

Era evidente que Sandgoist tenia verdaderamente un deseo irresistible de poseer aquel billete, era necesario que estuviera muy convencido que el negocio seria ventajoso para el, pues se sentó ante la mesa, en la cual había papel, pluma y tinta, y escribió. Un instante despues, dijo:

- ¡Esto es lo que ofrezco!

Era un recibo de la cantidad adeudada por la señora Hansen, y por la cual había dado en garantía la casa de Dal.

La señora Hansen, con las manos suplicantes, medio inclinada, miraba, imploraba a su hija.

- ¡Y ahora -añadió Sandgoist- quiero este billete! ¡Lo quiero hoy mismo... al instante! ¡No me iré de Dal sin llevármelo conmigo...! ¡Lo quiero, Hulda! ¡Lo quiero!

Sandgoist se había acercado a la pobre muchacha, como si quisiera registrarla para arrancarle el billete de Ole...

Esto era mas de lo que podía soportar Joel, sobre todo cuando oyó que Hulda le gritaba:

- ¡Hermano... hermano!

- ¡Se marchará usted de una vez! -le dijo con tono de impaciencia.

Y, como Sandgoist rehusaba salir, iba ya a echársele encima, cuando Hulda intervino:

- Madre, ahí tiene usted el billete-dijo.

La señora Hansen había cogido vivamente el billete, y, mientras lo cambiaba por el recibo de Sandgoist, Hulda se desplomó en el sillón, sin conocimiento.

- ¡Hulda...! ¡Hulda...! -exclamó Joel-. ¡Vuelve en ti! ¡Ah, hermana mía! ¿Que has hecho?

- ¿Que ha hecho? -contestó la señora Hansen-. ¿Que ha hecho...? ¡Sí, soy culpable! ¡Sí! ¡En interés de mis hijos, he querido aumentar los bienes de su

padre! ¡Si! ¡Y he comprometido su porvenir! ¡He atraído la miseria sobre esta casa...! ¡Pero Hulda nos ha salvado a todos...! ¡Esto es lo que ha hecho...!

¡Gracias, Hulda... gracias!

Sandgoist permanecía de pie aún allí, Joel se dio cuenta de su presencia y le gritó:

- ¡Todavía está usted ahí!

Y, cogiendo a Sandgoist por los hombros, lo levantó por el aire, y, a pesar de su resistencia y de los gritos que profería, lo echó fuera como un guiñapo.

CAPITULO XV

A la mañana siguiente, Sylvius Hog regresó a Dal al anochecer. Nada dijo de su viaje. Nadie supo a que había ido a Bergen. Mientras las pesquisas iniciadas no diesen resultado, bueno o malo, no quería que la familia Hansen lo supiera. Todas las cartas y telegramas, tanto si venían de Bergen como de Cristiania, debían serle enviadas personalmente a la hostería, donde se proponía permanecer en espera de los acontecimientos. ¿Esperaba todavía? ¡Si!, pero, debemos reconocerlo, sólo eran presentimientos.

Tan pronto estuvo de regreso, el profesor adivinó sin trabajo que algo grave había ocurrido durante su ausencia. La actitud de Joel y de Hulda indicaba claramente que una explicación acababa de tener lugar entre su madre y ellos dos. ¿Una nueva desgracia se había abatido sobre la familia Hansen?

Esto afligía enormemente a Sylvius Hog. Experimentaba por los dos hermanos un verdadero afecto tan paternal como si se tratara de sus verdaderos hijos. ¡Cómo los había hallado a faltar durante su corta ausencia, y quizá ellos también lo habían echado de menos!

- ¡Me hablarán! -se dijo-. ¡Es necesario que me expliquen lo que ha pasado! ¡Yo soy ya como de la familia!

¡Si! Sylvius Hog se creía con derecho, ahora, para intervenir en la vida privada de sus jóvenes amigos, de saber por que Joel y Hulda parecían más desgraciados que antes de su marcha. Y no tardó en saberlo.

En efecto, los dos hermanos sólo deseaban confiarse a aquel hombre excelente, a quien querían con un afecto filial. Esperaron, pues, que los interrogara.

¡Aquellos dos días últimos se habían sentido tan abandonados! mas todavía, por el hecho de que Sylvius Hog no les había dicho dónde se dirigía. ¡No!

¡Nunca las horas les habían parecido tan largas!

Para ellos, esta ausencia no podía relacionarse con la búsqueda del Viken, y no se les hubiera ocurrido que Sylvius Hog hubiera querido esconder el significado de su viaje, para ahorrarles una suprema desilusión en caso de fracasar.

¡Y ahora, su presencia les era más necesaria que nunca! Tenían tanta

necesidad de verle, de escuchar sus consejos, ¡de oírle hablar con su voz tan afectuosa siempre, tan consoladora! Pero, ¿se atreverían a decirle lo que había pasado entre ellos y el usurero de Drammen, y la manera como la señora Hansen había comprometido la seguridad de la casa? ¿Que pensaría Sylvius Hog cuando supiese que el billete ya no estaba entre las manos de Hulda, cuando supiese que la señora Hansen lo había usado para librarse de su

implacable acreedor?

Y no obstante, tendría que saberlo. No sabemos quién fue el primero en hablar, si Sylvius Hog, Joel o Hulda. Pero poco importa. Lo que es cierto, es que el profesor estuvo en seguida al corriente de lo que había sucedido. Supo cuál había sido la situación de la señora Hansen y de sus hijos. Dentro de quince días el usurero les habría echado de la hostería de Dal, si la deuda no hubiera sido pagada por medio de la cesión del billete.

Sylvius Hog había escuchado aquel triste relato que le hizo Joel en presencia de su hermana.

- ¡No teníais que desprenderos del billete! -exclamó en seguida-. ¡No...! ¡No teníais que hacerlo!

- ¿Cómo podía hacerlo, señor Sylvius?-contestó la muchacha, muy turbada.

- ¡Eh, verdaderamente, no sé...! Claro, no podíais hacer otra cosa... Y no obstante... ¡Ah, si yo hubiera estado aquí!

Y, ¿Que habría podido hacer, si hubiera estado allí, el profesor Sylvius Hog? No lo dijo, pero añadió: -Si, mi querida Hulda, si, Joel. En resumen, habéis hecho lo que teníais que hacer ¡Pero, lo que me irrita, es que ser Sandgoist quien se

aprovechara de las manías supersticiosas de la gente! Si se atribuye al billete del pobre Ole un valor sobrenatural, será el quien lo explotará. Y, no obstante, es ridículo y absurdo creer que precisamente este número 9672 será indiscutiblemente el favorecido por la suerte. ¡En fin, por acabar, yo quizá no hubiese entregado este billete! Después de haberlo negado a Sandgoist, Hulda habría hecho mejor en rehusarlo también a su madre.

A todo lo que les acababa de decir Sylvius Hog, ninguno de los dos hermanos contestó.

Al entregar el billete a la señora Hansen, Hulda había obedecido a un sentimiento filial, del cual nadie podía acusarla. El sacrificio al cual se había decidido no era el sacrificio de la suerte mas o menos aleatoria que representaba aquel billete en la lotería de Cristiania, era el sacrificio de la última voluntad de Ole Kamp, era abandonar a un tercero el recuerdo de su

prometido.

En fin, no podía volverse atrás, ahora. Sandgoist tenía el billete. Le pertenecía. Lo pondría en pública subasta. Un maldito usurero iba a engrosar su fortuna a costa de aquel conmovedor adiós de un náufrago. ¡No! ¡Sylvius Hog no podía admitirlo!

Por esto, aquel mismo día Sylvius Hog quiso tener una conversación con la señora Hansen sobre aquel asunto, conversación que no podía hacer cambiar el estado de las cosas, pero que era necesaria para los dos. Se halló en presencia de una mujer muy práctica, que, no había duda, tenía más buen sentido que corazón.

- ¿Así, pues, usted me censura señor Hog?-dijo ella cuando el profesor le hubo expresado su pensamiento.

- Ciertamente, señora Hansen.

- Si usted me reprocha el haberme lanzado imprudentemente en malos negocios, el haber comprometido la fortuna de mis hijos, tiene usted razón.

Pero si usted me reprocha lo que acabo de hacer para librarme de la deuda, no tiene usted razón. ¿Que puede usted reprocharme?

- Nada.

- Seriamente, ¿debíamos rehusar la oferta de Sandgoist que, a fin de cuentas, ha pagado quince mil marcos por la cesión de un billete cuyo valor no se basa en nada? Dígame, se lo vuelvo a pedir, ¿debíamos rehusar?

- Si y no, señora Hansen.

- No es si y no, señor Hog; es no. En la situación en que nos hallábamos, como usted sabe, señor Hog, si el porvenir no se presentara tan amenazador (por

mi culpa, estoy de acuerdo) habría comprendido la negativa de Hulda... ¡Si...! Habría comprendido que no quisiera ceder por ningún precio el billete que

había recibido de Ole Kamp. Pero cuando se trataba de ser expulsados en pocos días de una casa en la cual mi marido murió, en la que nacieron mis dos hijos, no pude comprenderlo y usted mismo, señor Hog, en mi lugar, habría hecho lo mismo.

- Si, señora Hansen, si.

- ¡Yo lo habría intentado todo antes que sacrificar el billete que mi hija había recibido en tales circunstancias!

- ¿Estas circunstancias lo hacen mejor?

- Ni usted ni yo, ni nadie puede saberlo.

- Al contrario, señor Hog, todo el mundo lo sabe.

Este billete no es más que un billete que tiene novecientos noventa y

nueve mil novecientos noventa y nueve posibilidades de perder contra una de ganar.

¿Le atribuye usted, pues, un valor mas grande porque ha sido hallado en una botella en medio del mar?

Al oír esta pregunta tan concreta, Sylvius Hog quedóse muy embarazado para contestar. Por esto, volvió a coger el asunto por el lado sentimental, diciendo:

- La situación es esta, ahora. Ole Kamp, en el momento del naufragio, legó a Hulda el único bien que le quedaba en el mundo. Incluso le recomendó que

estuviera presente en el sorteo el día que éste tuviera lugar, si por feliz casualidad le llegaba el billete a sus manos... y ahora, este billete ya no está en manos de Hulda.

- Si Ole Kamp hubiera estado aqui-contestó la señora Hansen-no habria vacilado en ceder el billete a Sandgoist.

- Es muy posible-contestó Sylvius Hog-, pero sólo el tenia derecho a hacerlo. ¿Y que le contestaria usted, si no estuviera muerto, si no hubiera perecido en el naufragio... si volviera... mañana... hoy...?

- Ole no volverá ya -contestó la señora Hansen con voz sorda-. ¡Ole está muerto, señor Hog, muerto y bien muerto!

- ¡Que sabe usted, señora Hansen! -exclamó el profesor con un acento de convicción verdaderamente extraordinario-. Se han comenzado los trabajos

de búsqueda para hallar algún superviviente del naufragio. Pueden tener éxito, ¡si!, tener éxito, incluso antes que se celebre el sorteo de la loteria. Usted no

tiene derecho a decir que Ole Kamp está muerto mientras no se tengan pruebas ciertas de que pereció en la catástrofe del Viken. Si no hablo con tal seguridad a sus hijos, es que no quiero darles una esperanza que puede causarles despues una decepción mas dolorosa. Pero a usted señora Hansen quiero decirle lo que pienso. ¡Y que Ole haya muerto, no! ¡No puedo creerlo! ¡No! ¡No quiero creerlo...! ¡No! ¡Y no lo creo!

La señora Hansen no podía luchar con el profesor en este terreno en el que había derivado la conversación. Por esto se calló. Y aquella mujer noruega,

un poco supersticiosa en el mundo, bajó la cabeza como si Ole Kamp estuviera a punto de aparecésele.

- En todo caso, señora Hansen -prosiguió Sylvius Hog-, antes de disponer del billete de Hulda podia hacerse una cosa muy sencilla, y usted

no la ha hecho.

- ¿Que cosa, señor Hog?

- Debíais haberos dirigido primero a vuestros amigos, a los amigos de vuestra familia. Seguramente no os habrían rehusado una ayuda, ya sea sustituyendo a Sandgoist en su crédito, ya sea adelantándole la cantidad necesaria para pagarle.

- No tengo amigos, señor Hog, a quienes poder pedir este favor.

- Si, usted los tiene señora Hansen, y yo conozco al menos a uno de ellos, que lo hubiera hecho sin vacilar y como un acto de reconocimiento.

- ¿Y quién es?

- Sylvius Hog, diputado del storthing.

La señora Hansen no pudo contestar nada, y sólo se inclinó ante el profesor.

- ¡Pero lo que está hecho ya, está hecho desgraciadamente!-añadió Sylvius Hog... Le ruego, pues, señora Hansen, que no diga nada a sus hijos de la

conversación que acabamos de tener, y de cuyo tema no volveremos a hablar.

Y los dos se separaron.

El profesor había vuelto a sus costumbres y reanudado sus paseos cotidianos. Durante algunas horas, acompañado de Joel y de Hulda, visitaba los alrededores de Dal, pero sin ir muy lejos, a fin de no cansar a la muchacha. De vuelta a su cuarto, daba curso a su correspondencia, que no dejaba de ser

importante. Escribía continuamente a Bergen, a Cristianía. Estimulaba el celo de todos los que tomaban parte en aquella buena obra de la búsqueda del Viken. Su existencia se concentraba en este único pensamiento: ¡hallar a Ole, hallar a Ole!

Tuvo que ausentarse aún por veinticuatro horas, por un motivo que, sin duda, debía relacionarse con aquel asunto que interesaba a la familia Hansen. Pero,

como siempre, guardó secreto absoluto de lo que hizo o mandó hacer sobre aquel particular.

Entretanto, la salud de Hulda, tan resentida, se restablecía muy lentamente. La pobre muchacha sólo vivía del recuerdo de Ole y las esperanzas que mezclaba con este recuerdo, iban esfumándose cada día.

Y, no obstante, tenía siempre a su lado a los dos seres que amaba mas en el mundo, uno de los cuales no cesaba de alentarla. Pero, ¿era suficiente?

¿No hubiera sido mejor distraerla de cualquier modo?

¿Y cómo poder arrancarla de sus pensamientos, que le llenaban el alma entera, estos pensamientos que la unían como cadenas al naufrago del Viken?

Y así llegó el día 12 de julio.

Dentro de cuatro días debía celebrarse el sorteo de la lotería de las Escuelas de Cristianía.

No hay que decir que la especulación efectuada por Sandgoist había llegado a conocimiento del público. El mismo se había cuidado de informar a los

periódicos, que lo habían publicado, que el celebre y providencial billete que llevaba el número 9672 estaba ahora en manos del señor Sandgoist, de Drammen, y que éste ponía a la venta el billete, que sería entregado al mejor postor. Y si el señor Sandgoist era el poseedor de aquel billete es que lo había

comprado a Hulda Hansen por un precio muy elevado.

Como se comprende, este anuncio sólo podía disminuir la simpatía y el afecto que la joven había merecido de la opinión pública. ¡Cómo si Hulda, seducida por el alto precio ofrecido, se había decidido a vender el billete del naufrago, el billete de su prometido Ole Kamp! ¡Había convertido en moneda este último recuerdo!

Pero una nota, aparecida muy oportunamente en el Morgen-Blad, puso a los lectores al corriente de lo que había pasado. Se supo de que naturaleza había sido la intervención de Sandgoist y el porque el billete se hallaba entonces entre sus manos. Entonces la reprobación pública recayó sobre el usurero de Drammen, este acreedor sin corazón que no había dejado de utilizar en su provecho las desgracias de la familia Hansen. Y entonces sucedió esto -

que, como por acuerdo general, las ofertas que se produjeron cuando Hulda poseía todavía el billete no se renovaron al nuevo poseedor. Parecía como si

aquel billete hubiera perdido el valor sobrenatural que le atribuían, desde que Sandgoist lo había mancillado con su posesión. Y sucedió que Sandgoist

se encontró con que había realizado un mal negocio y el famoso número 9672 amenazaba quedarse en sus manos.

Con todo, ni Hulda ni Joel estaban al corriente de lo que se decía. Afortunadamente, les hubiera sido muy doloroso saberse mezclados en aquel asunto, que había tomado un cariz tan mercantil en manos de un usurero.

El día 12 de julio, hacia el anochecer, llegó una carta dirigida al profesor Sylvius Hog.

Esta carta, enviada por el Departamento de Marina iba acompañada de otra fechada desde Christiansand, pequeño puerto situado a la entrada del golfo

de Cristianía. Sin duda su contenido no decía nada interesante a Sylvius Hog, pues se la metió en el bolsillo sin decir nada ni a Joel ni a su hermana.

Únicamente, en el momento de retirarse a su habitación, al darles las buenas noches, les dijo:

- Ya sabéis, hijos míos, que dentro de tres días se celebra el sorteo de la lotería. ¿No pensáis ir a verlo?

- ¿Por que, señor Sylvius? -contestó Hulda.

- No obstante -continuó el profesor-, Ole quería que su prometida asistiera al sorteo; se lo ha recomendado expresamente en las últimas líneas que escribió, y creo que debemos obedecer la última voluntad de Ole.

- ¡Pero Hulda ya no tiene el billete de lotería -contestó Joel-, y quién sabe a que mano habrá ido a parar!

- No importa -contestó Sylvius Hog-. Os pido a los dos que me acompañéis a Cristianía.

- ¿De verdad lo quiere usted, señor Sylvius? -contestó la joven.

- No soy yo, querida Hulda, es Ole quien lo quiere, y debemos obedecer a Ole.

- Hermana, el señor Sylvius tiene razón -contestó Joel-. ¡Sí, tenemos que ir! ¿cuándo piensa partir, señor Sylvius?

- ¡Mañana, al amanecer, y que san Olaf nos proteja!

CAPITULO XVI

A la mañana siguiente, el kariol del contramaestre Lengling fue a recoger a Sylvius Hog y Hulda, que tomaron asiento en los estrechos asientos del coche pintado de colores chillones. Como no había sitio para Joel, el muchacho les seguía a pie, al lado del caballo, que sacudía la cabeza al galopar.

Catorce kilómetros mediaban entre Dal y Moel, y esta distancia no era bastante para cansar a aquel valeroso andarín.

El kariol corría por el agradable valle de Vestfjorddal, bordeando la orilla izquierda del Maan, estrecho y umbroso valle, regado por miles de cascadas retumbantes, que caían de todas las alturas. A cada recodo de aquel sinuoso camino, se perdía la vista y se volvía a ver la cumbre del Gusta, señalada por dos brillantes casquetes de nieve.

El cielo era puro y el tiempo magnífico. La brisa era suave y el sol brillaba sin calentar demasiado.

Era de notar singularmente que desde que Sylvius Hog había salido de la casa de Dal, sus facciones parecían serenarse por momentos. Sin duda se esforzaba en permanecer sereno, a fin de que aquel viaje fuese al menos una distracción a las penas de Hulda y de Joel.

Sólo dos horas y media les llevaría el kariol para llegar hasta Moel, a la punta del lago Tinn, donde debería dar por terminado su trayecto, ya que no

podría ir mas lejos, a menos de tratarse de un vehículo flotante. Allí se encuentra lo que llaman un vand skyde, es decir, un transporte de agua. Allí aguardan aquellas frágiles embarcaciones que hacen el servicio del Tinn, en toda su longitud, como en toda su anchura.

El kariol se detuvo cerca de la pequeña iglesia de la aldea, al pie de una cascada de mas de quinientos pies. Esta cascada, visible sólo en la quinta parte de su recorrido, se pierde en una profunda grieta de la montaña, antes de quedar absorbida por el lago.

Dos remeros se hallaban al borde de la orilla.

Una barca de corteza de abedul, cuyo equilibrio absolutamente inestable, no permitía el mas pequeño movimiento de los viajeros que transportaba, estaba a punto de desatracar.

El lago aparecía entonces con toda su belleza matinal. El sol, al

levantarse, había disipado las brumas de la noche. No se hubiera podido pedir mejor día de verano.

- ¿No estarás muy cansado, Joel? -preguntó el profesor tan pronto descendió del kariol.

- No, señor Sylvius. Ya estoy acostumbrado a estas largas carreras a través del Telemark.

- ¡Claro! Dime, ¿sabes cual es el camino mas recto para ir de Moel a Cristianía?

- Ya lo creo, señor Sylvius. Una vez llegados al otro extremo del lago, a Tinoset... Por cierto, no sé si encontraremos un kariol, ya que no hemos mandado ningún mensajero para prevenir nuestra llegada a la posta, como es costumbre hacer en el país.

- Puedes estar tranquilo, muchacho-contestó el profesor-, que yo lo había previsto de antemano.

Mi intención no es la de obligaros a hacer a pie el camino de Dal a Cristiama.

- Si fuera necesario... -dijo Joel.

- No lo será. Volvemos a nuestro itinerario, y decidme cómo lo comprendéis.

- Pues bien, una vez en Tinoset señor Sylvius, bordearemos el lago Fol, pasando por Vik y Bolkesjø, de manera que alcancemos Mose y una vez allí Konsberg, Hangsund y Drammen. Si viajamos tanto de noche como de día, no nos será imposible llegar mañana por la tarde a Cristianía.

- Muy bien, Joe! Ya veo que conoces el país y, en verdad, se trata de un buen y agradable itinerario.

- Es el mas corto.

- ¡Pues bien, Joel, yo me río del mas corto, comprendéis! -repuso Sylvius Hog-. Conozco otro que sólo prolongará el viaje en unas horas mas. Y tú también lo conoces, muchacho, aun cuando no pareces dispuesto a demostrarlo.

- ¿Cuál?

- El que pasa por Bamble.

- ¿Por Bamble?

- ¡Sí, Bamble! ¡Hazte el ignorante, ahora! Bamble, donde vive el granjero Helmboe y su hija Siegfrid.

- ¡Señor Sylvius!

- Este es el que tomaremos y, contorneando el lago Fol, por el sur en vez de hacerlo por el norte, ¿no llegaremos igualmente a Konsberg?

- ¡Igualmente y aún mejor! -contestó Joel.
- Muchas gracias por mi hermano, señor Sylvius -dijo la joven.
- Y por ti también, pequeña Hulda, pues me imagino que estarás contenta de volver a ver de paso a tu amiga Siegfrid.

La embarcación estaba dispuesta. Los tres se sentaron sobre un montón de hojas verdes apiladas en la parte trasera. Los dos remeros, remando y conduciendo el timón a la vez, se hicieron al agua.

A medida que uno se aleja de la orilla, el lago Tinn se redondea hasta Haekenoës, pequeño gaard de dos o tres casas, construido sobre aquel promontorio rocoso bañado por el estrecho fiordo en el cual desembocan apaciblemente las aguas del Maan. El lago se encuentra muy encajonado, y uno no se da cuenta de la altura de las montañas que lo circundan hasta el momento en que en una embarcación se pasea por el.

Aquí y allí emergen una docena de islas o islotes, áridos o verdeantes, algunos con varias cabañas de pescadores. En la superficie del lago flotan troncos

de árboles enteros y grupos de maderos echados por los aserraderos de los alrededores.

A la vista de esto, Sylvius Hog no pudo estarse de decir bromeando, y era necesario que tuviera buenas ganas de bromear:

- Si, según nuestros poetas escandinavos, los lagos son los ojos de Noruega, debemos convenir que Noruega tiene mas de una viga en el ojo, como dice

la Biblia.

Hacia las cuatro, la embarcación llegaba a Tinoset, una sencilla aldea de las menos confortables.

Pero poco importaba. La intención de Sylvius Hog era de no detenerse ni una hora. Y tal como había dicho a Joel, un vehículo ya les esperaba en la orilla. En previsión de aquel viaje, decidido anteriormente mucho tiempo atrás, había escrito al señor Benett, de Cristianía, rogándole le proporcionara los medios de viajar sin retrasos ni fatigas. Por esto, el día señalado, les esperaba en Tinoset una vieja carretela, bien provista de comestibles. En consecuencia, tenían el transporte y la alimentación garantizados por todo el recorrido, lo que les ahorra tener que recurrir a los huevos duros, a la leche agria y a la comida espartana de los gaards del Telemark.

Tinoset está situado casi al extremo del lago Tinn.

Desde allí, en magnífica cascada, el Maan se precipita en el valle inferior, donde recupera su curso normal. Los caballos, traídos de la posta,

estaban enganchados ya y el coche tomó en seguida el camino de Bamble.

En aquella época ésta era la única manera de recorrer Noruega, en general, y el Telemark en particular. Y Quizá los ferrocarriles producirán a los turistas una añoranza del karil nacional y de los coches del señor Benett.

No hay que decir que Joel conocía perfectamente aquella parte del país, que había atravesado tan a menudo entre Dal y Bamble.

Eran las ocho de la noche cuando Sylvius y los dos hermanos llegaron a aquella pequeña localidad.

Nadie les esperaba; pero el granjero Helmboe no dejó de hacerles una calurosa acogida. Siegfrid abrazó y besó a su amiga, a la que encontró muy pálida por tantos sufrimientos. Durante unos momentos las dos muchachas permanecieron juntas aparte, participándose sus pesares.

- ¡Te lo ruego, querida Hulda -le decía Siegfrid- no te dejes abatir por la pena! ¡Yo todavía no he perdido la confianza! ¿Por que debemos renunciar completamente a la esperanza de volver a ver a nuestro pobre Ole? Nos hemos enterado por los periódicos que se trabaja en la búsqueda del Viken. ¡Las

pesquisas darán buen resultado...! ¡Toma, estoy segura que el señor Sylvius también espera todavía...!

¡Hulda... querida mía... te lo suplico... no desesperes!

Ah, que alegría hubiera reinado en casa del granjero Helmboe, en medio de aquellas buenas gentes, buenas y sencillas, si todo aquel pequeño mundo

hubiera tenido el derecho de ser feliz!

- ¿Así, pues, ustedes marchan directamente a Cristianía? -preguntó el granjero a Sylvius.

- Sí, señor Helmboe.

¿Para asistir al sorteo de la lotería?

- Sin duda.

- ¿Por que, si el billete de Ole Kamp está en manos de este miserable de Sandgoist?

- Esta fue la voluntad de Ole, y ahora debemos respetar su voluntad.

- ¡Se dice que el usurero de Drammen no ha podido hallar comprador por este billete que le ha costado tan caro!

- Se dice, es verdad, señor Helmboe.

- ¡Bueno! ¡Tiene lo que se merece, este mal hombre, este pillo, señor Hog, sí... este pillo...! Y le está bien.

- Sí, de verdad, señor Helmboe, le está bien.

Naturalmente, tuvieron que quedarse a cenar en la granja. Ni Siegfrid

ni su padre hubieran permitido que sus amigos se marcharan sin aceptar esta

invitación. Pero les convenía no retrasarse, si querían ganar durante la noche las horas que habían perdido al hacer el rodeo de pasar por Bamble. Por

esto, a las nueve, uno de los chicos del gaard les trajo nuevos caballos de la posta, que el mismo enganchó en el coche.

- En mi próxima visita, señor Helmboe -dijo Silvius Hog al granjero-, permaneceré seis horas a la mesa si me lo exige. Pero hoy le ruego me permita sustituir los postres por un buen apretón de manos que nos daremos usted y yo y por un fuerte beso que su simpática Siegfrid dará a mi pequeña Hulda.

Y esto hecho, se marcharon inmediatamente.

En estas elevadas latitudes el crepúsculo se prolonga varias horas. Por esto, el horizonte permanece bien visible aún después de ponerse el sol, a causa

de la pureza de la atmósfera.

El camino que conduce de Bamble a Konsberg, pasando por Hitterdal y por el sur del lago Fol, es muy hermoso, aunque bastante accidentado. Va atravesando una porción meridional del Telemark, pasando por los burgos, aldeas o gaards de los alrededores.

Después de una hora de camino, Sylvius Hog pudo percibir, sin detenerse, la iglesia de Hitterdal, un viejo edificio muy curioso, cubierto de pináculos que

se elevan unos encima de otros, sin preocuparse de la regularidad de la arquitectura. Todo es de madera, desde los muros, contruidos con vigas unidas entre sí y planchas de madera contraplacadas, hasta la última punta del campanario. Este amontonamiento de puntas le hace ser un monumento venerable y venerado de la arquitectura escandinava del siglo XIII.

La noche vino poco a poco, una de estas noches que están todavía impregnadas de los últimos resplandores del día; pero hacia la una de la madrugada ya se confundía con el alba naciente.

Joel, sentado en el asiento delantero, estaba absorto en sus relexiones. Hulda permanecía pensativa en el fondo del coche. Sylvius Hog dirigió unas palabras al postillón, recomendándole apresurar los caballos. Luego sólo se oyeron los cascabeles de los caballos, el chasquido del látigo y el rechinar de las ruedas al pasar por el suelo arenoso.

Corrieron toda la noche sin pararse a descansar.

No fue necesario detenerse en Listhus, estación poco confortable,

perdida en medio de un círculo de montañas de abetos, que circunscribe un segundo perímetro de montañas áridas y salvajes. Dejaron atrás también Tiness, pequeño gaard pintoresco, cuyas casas están construidas sobre montículos de piedras.

La calesa corría rápidamente con su ruido de hierros viejos, su traqueteo de piezas sueltas y de muelles rotos. No tuvieron que hacer ningún reproche al conductor, un buen viejo que durmió la mitad del recorrido, mientras iba sacudiendo las riendas.

Maquinalmente daba algún latigazo, suavemente, pero preferentemente al caballo de la izquierda. Esto era debido a que el caballo de la derecha le pertenecía, mientras que el otro era propiedad de un vecino suyo de gaard.

A las cinco de la madrugada, Sylvius Hog abrió los ojos, extendió los brazos y pudo aspirar deliciosamente el perfume de los abetos que llenaba la atmósfera.

Estaban en Konsberg. El coche atravesó el puente que cruza el Laagen, y se detuvo un poco mas allá despues de haber pasado por el lado de la iglesia, no

muy lejos de la cascada de Larbro.

- Amigos míos -dijo Sylvius Hog-, si queréis nos detendremos un instante aquí para cambiar los caballos. Es todavía muy pronto para desayunar.

Será mejor que nos paremos mas rato en Drammen. Allí nos daremos una buena comida, a fin de ahorrar los comestibles del señor Benett.

Como nadie tenía nada que objetar, el profesor y Joel se cotentaron con beber un vasito de brandevi en el hotel. Un cuarto de hora mas tarde llevaron los caballos de repuesto y el coche reanudó su viaje.

A la salida de la población, el vehículo tuvo que subir por una rampa muy escarpada, abierta, en el flanco mismo de la montaña. Por unos momentos,

los altos pilares de las minas de plata de Konsberg recortaron seis siluetas en el cielo. Luego desapareció todo este horizonte tras la cortina de un inmenso bosque de abetos, oscuro y fresco como una gruta, en el cual el calor y la luz del sol no penetraban nunca.

La ciudad de madera de Hangsund proporcionó un nuevo relevo a la calesa. Iban pasando por largas carreteras, a veces cerradas por barreras, que tenían

que hacerse abrir abonando unos cinco o seis skillings. La región era fértil, con abundancia de árboles parecidos a sauces llorones con sus ramas

dobladas por el peso de sus frutos.

Al acercarse a Drammen, el valle volvió a hacerse montañoso.

Al mediodía llegaron a la vista de la ciudad que se extiende sobre una de las orillas del fiordo de Cristianía, con sus casitas pintadas que cubren todo lo largo de sus dos calles interminables; el puerto, tan animado como siempre, daba cabida a los buques que iban a cargar los productos del norte, tan ocupado estaba por los trenes de maderos.

El coche se detuvo ante el Hotel de Escandinavia. El propietario, un personaje importante, con barba blanca y aire doctoral, salió a la puerta de su

establecimiento.

Con la fina percepción que distingue a los hoteleros en todos los países del mundo, dijo:

- No me extrañaría que esta señorita y estos caballeros desearan desayunar, ¿verdad?

- Efectivamente, no se extrañe usted -contestó Sylvius Hog-y procure que nos sirvan lo mas pronto posible.

- ¡Al instante!

El desayuno fue servido en el acto y, en realidad, era muy aceptable. Sobre todo había cierto pescado del fiordo, trufado con una hierba olorosa, del cual

el profesor comió en abundancia y con verdadero apetito.

A la una y media, ya estaba otra vez el coche con nuevos caballos, ante el Hotel de Escandinavia para partir de nuevo inmediatamente por la calle mayor de Drammen.

Pero sucedió que, al pasar ante una casa bajita, de aspecto poco atractivo, y que contrastaba notablemente con los colores alegres de las casas vecinas,

Joel no pudo reprimir un movimiento de repulsión.

- ¡Sandgoist! -exclamó.

- ¡Ah! ¿Este es el señor Sandgoist? -dijo Silvius-. Verdaderamente, no tiene muy buena facha.

Era Sandgoist. Estaba fumando al lado de la puerta de su casa. No podemos decir si reconoció a Joel sentado en el asiento delantero del vehículo, pues el

coche corría rápidamente entre los montones de maderos y pilas de tablas.

Mas allá de un camino bordeado de serbales cargados con sus frutos de coral, el coche se metió por un espeso bosque de pinos, que bordea el Valle

del

Paraíso, magnífica depresión del suelo, con sus lejanías perdiéndose hasta los límites del horizonte.

Divisaron entonces centenares de montículos, la mayoría de los cuales estaban coronados por una villa o un gaard. Luego, al anochecer, cuando el coche empezó a descender hacia el mar, bordeando las anchas praderas, aparecieron las granjas, con sus casas de color rojo subido, que resaltaban vivamente sobre la cortina verde oscura de los árboles. Por fin los viajeros alcanzaron el mismo fiordo de Cristianía encuadrado por pintorescas colinas, con sus innumerables radas, sus pequeños puertos en miniatura y sus piers de madera, donde acuden a amarrarse las embarcaciones de la bahía y los vapores-ómnibus.

A las nueve de la noche -aún era de día en aquella latitud- la vieja calesa entraba en la ciudad metiendo mucho ruido al pasar por las calles casi

desiertas.

Siguiendo las indicaciones de Sylvius Hog, se detuvieron en el Hotel Victoria. Allí descendieron Hulda y Joel. Ya tenían reservadas sus habitaciones por anticipado. Después de desearles afectuosamente buenas noches, el profesor regresó a su vieja casona, donde su vieja criada Kate y su viejo criado Fink le esperaban con una no menos vieja impaciencia.

CAPITULO XVII

CRISTIANIA -gran ciudad para Noruega-, no sería mas que una pequeña villa en Inglaterra o en Francia. Parecía exactamente igual a cuando fue

construida en el siglo once. En realidad, sólo existe desde el año 1624, época en que la reconstruyó el rey Cristian. De Opsolo, que se llamaba entonces,

convirtiéndose en Cristianía, nombre derivado del de su real arquitecto. Se trata de una ciudad construida regularmente, con largas calles, rectas y frías, trazadas con tiralíneas, con sus casas de piedra blanca o de ladrillo rojo. En medio de un bello jardín se levanta el castillo real, el Orscarslot, vasto edificio cuadrangular, sin estilo, a pesar de que pretenda imitar al jónico. En algunos lugares se levantan algunas iglesias, en las cuales las bellezas del arte no consiguen distraer la atención de los fieles. En fin, hay muchos edificios civiles y establecimientos públicos, un gran bazar, dispuesto en rotonda, donde se acumulan los productos extranjeros e indígenas.

En todo este conjunto, nada llama la atención.

Pero lo que se debe admirar sin reservas, es la posición de la ciudad, en medio de este círculo de montañas, de aspecto tan variado que le proporcionan un marco magnífico. En sus barrios ricos y nuevos, es casi llana, y sólo se eleva en un extremo para formar una especie de Kasbah, cubierta de casas irregulares en donde vegeta una población mas bien pobre, en cabañas de madera, barracas de ladrillo, cuyos colores chillones sorprenden mas que complacen la mirada del extranjero. No debéis creer que la palabra Kasbah, reservada a las poblaciones africanas, no está bien empleada en una ciudad del norte de Europa. ¿No tiene Cristianía, en los alrededores del puerto, los barrios de Túnez, de Marruecos y de Argelia?

En resumen, como toda ciudad que baña el mar por un lado y las verdes colinas por otro, Cristianía es en extremo pintoresca. No es injusto comparar su fiordo a la bahía de Nápoles. Tal como en las orillas de Sorrento o de Castellamare, sus orilas están pobladas de chalets y de villas de recreo, medio perdidos entre la verdura casi negra de los abetos, en medio de estas tenues brumas, que dan esta gracia especial a las regiones hiperbóreas.

Sylvius Hog estaba de regreso, por fin, en Cristianía. Es verdad que este regreso se realizaba en unas condiciones que nunca había podido prever, en medio de un viaje interrumpido. En aquel momento sólo se trataba de Joel y de Hulda Hansen. Si no los había hospedado en su casa, es que hubiera necesitado dos habitaciones para recibirlos. No hay duda que tanto el viejo Fink como la vieja Kate les hubieran hecho una buena acogida. Pero no había tenido tiempo de avisarles. Por esto, el profesor los había conducido al Hotel Victoria, con una buena recomendación para que fueran bien atendidos. Y una recomendación de Sylvius Hog, diputado del Storting, era cosa de tener muy en cuenta.

Pero, al mismo tiempo que el profesor solicitaba para sus protegidos las atenciones que le hubieran tenido a el mismo, se abstuvo de dar sus nombres.

Guardar el incógnito, en principio, le pareció mas que prudente, respecto a Joel y sobre todo a Hulda Hansen. Ya sabemos el alboroto que se había producido acerca de la joven, y todo habría contribuido a molestarla. Mejor sería no decir nada a nadie de su llegada a Cristianía.

Habían convenido que, a la mañana siguiente, Sylvius Hog no se encontraría con los dos hermanos hasta un poco antes del almuerzo, es decir, entre las once y las doce del mediodía.

El profesor, naturalmente, tenía que resolver algunos asuntos, que le ocuparían toda la mañana y no vendría a buscar a Hulda y a Joel hasta que los hubiera terminado. Entonces ya no los dejaría y permanecería con ellos hasta el momento en que se procedería al sorteo de la lotería, que debería efectuarse a las tres de la tarde.

Por esto, Joel, tan pronto se levantó, fue al encuentro de su hermana, que ya le esperaba completamente arreglada en su cuarto. Con el fin de distraerla un poco de sus pensamientos, que debían ser mas dolorosos todavía aquel día, Joel le propuso dar un paseo hasta la hora de comer. Hulda, para no disgustar a su hermano, aceptó la proposición que le hacía Joel, y los dos marcharon un poco a la ventura a través de las calles de la ciudad.

Era domingo. Contrariamente a lo que se hace en las ciudades del Norte durante los días festivos, en que el número de paseantes disminuye, había una

gran animación en las calles. No solamente los ciudadanos no se habían marchado al campo, sino que se veía a los campesinos de los alrededores afluir a la ciudad. El ferrocarril del lago Miosen, que hace el servicio de los alrededores de la capital, había tenido que organizar trenes suplementarios.

¡Esta popular lotería de las Escuelas de Cristianía atraía tanto a los interesados como a los curiosos!

Por esto había tanta gente por las calles, familias enteras, incluso pueblos enteros, venidos con la secreta esperanza de no haber hecho un viaje inútil.

¡Júzguese! ¡El millón de billetes había sido vendido y, aún cuando sólo ganaran un simple premio de ciento o doscientos marcos, cuánta gente volvería a

sus humildes soelers o a sus modestos gaards bien contenta de su suerte!

Joel y Hulda, al salir del Hotel Victoria descendieron primero hasta los muelles que dan la vuelta por el este de la bahía. En aquel lugar, la afluencia de gente era menor, salvo en los cafés y bares, donde la cerveza y el bandevin, servidos en grandes vasos, refrescaban las gargantas en estado de sed permanente.

Mientras los dos hermanos se paseaban entre los almacenes, las hileras de toneles, con montones de cajas de todas procedencias, los buques amarrados

al muelle o dentro del puerto les llamaron especialmente su atención. ¿No habría entre aquellos buques algunos que habían anclado también en el puerto de Bergen, donde el Vikel ya no volvería mas?

- ¡Ole...! ¡Mi pobre Ole! -murmuraba Hulda.

Entonces Joel quiso llevársela lejos de la bahía, y la condujo por otros barrios, hacia la parte alta de la ciudad.

Allí, en las calles, en las plazas, en medio de grupos de gente, pudieron oír muchos comentarios que les aludían.

- Sí -decía uno-. ¡Se había llegado a ofrecer diez mil marcos por el número 9672!

- ¿Diez mil? -contestaba otro-. ¡He oído decir que hasta veinte mil y mas aún!

- El señor Vanderbilt, de Nueva York, llegó incluso hasta treinta mil.

- Los señores Baring, de Londres, a cuarenta mil!

- ¡Y los señores Rothschild, de París, a sesenta mil!

Ya sabemos hasta donde podían creerse estas exageraciones de la población. Si continuaban con esta escala ascendente, los precios ofrecidos hubieran acabado por sobrepasar el importe del primer premio.

Pero si los propagadores de noticias no estaban de acuerdo con la cifra de las propuestas ofrecidas a Hulda Hansen, la gente se entendía a maravilla para calificar los procedimientos del usurero de Drammen.

- ¡Que maldito pillastre, este Sandgoist, que no tuvo piedad de esta pobre gente!

- ¡Oh, es conocido en todo el Telemark, y no es la primera vez que intenta un golpe de estos!

- ¡Dicen que no ha encontrado a nadie a quien revender el billete de Ole Kamp, despues de haberlo adquirido a tan alto precio!

- ¡No! ¡Nadie lo ha querido!

- ¡No me extraña. ¡Entre las manos de Hulda Hansen este billete era bueno!

- Naturalmente: ¡mientras que entre las manos de Sandgoist, no vale nada!

- ¡Bien hecho! ¡Le quedará como recuerdo, y ojalá perdiera los quince mil marcos que le ha costado!

- Pero... ¿y si este miserable gana el primer premio?

- ¿El...? ¡No faltaría mas!

- ¡Esto sí que sería una injusticia de la suerte! En todo caso, que no se presente al sorteo...

- No, porque le jugaremos una mala pasada. Esta era, en resumen, la opinión de la gente sobre Sandgoist. Ya sabemos, ademas, que por prudencia o por cualquier otro motivo, no tenía la intención de asistir al sorteo, ya que la víspera permanecía todavía en su casa de Drammen.

Hulda, muy emocionada, y Joel, que sentía como el brazo de su hermana temblaba contra el suyo, pasaron de prisa, sin querer oír mas, como si temieran verse aclamados por todos aquellos amigos ignorados que contaban entre el gentío.

En cuanto a Sylvius Hog, quizá esperaban hallarlo por la ciudad. Pero no fue así. Aunque por algunas palabras oídas de las conversaciones de la gente,

supieron que el regreso del profesor a Cristianía era ya conocido de todos. Desde la mañana ya lo habían visto andar con aire muy preocupado, como quien no tiene tiempo de distraerse un minuto, tan pronto hacia el puerto como hacia las oficinas de la Marina.

Es verdad que Joel hubiera podido preguntar a cualquier transeúnte el domicilio del profesor Sylvius Hog. Todo el mundo se hubiera apresurado a indicarle la casa e incluso acompañarle hasta allí.

Pero no lo hizo por temor a ser indiscreto y, ya que estaban citados en el hotel, lo mejor sería esperarle allí como habían convenido.

Y esto es lo que Hulda rogó a Joel que hiciera, hacia las diez y media de la mañana. Se sentía muy cansada y todos aquellos comentarios en los

cuales

se mezclaba su nombre, le hacían daño.

Volvieron, pues, al Hotel Victoria, y Hulda subió a su habitación para esperar allí el regreso de Sylvius Hog.

En cuanto a Joel, permaneció en la planta baja del hotel, en el salón de lectura.

Para pasar el tiempo hojeó maquinalmente los periódicos de Cristianía.

Repentinamente, su figura se descoloró, su mirada se perturbó, el diario que tenía le cayó de las manos... En un número del Morgen-Blad, en las noticias de mar, venía leyendo el despacho siguiente, datado de Tierranova: "El aviso Telegraf, llegado en el lugar presunto del naufragio del Viken, no encontró ningún vestigio. Sus investigaciones sobre la costa de Groenlandia no tuvieron más éxitos. Se debe pues considerar como determinado que no sigue siendo ningún superviviente de la tripulación de Viken. "

CAPITULO XVIII

- ¡Buenos días, Sr. Benett! Cuando encuentro la ocasión de darles un apoyo, de ayudar, eso me hace sentir placer. -Y eso me hace siempre honor, Sr. Hog. -¡Honor, placer, placer, honor, respondió alegremente el profesor, uno vale otro! -Veo que su viaje en la Noruega central se acabó afortunadamente. -No se acaba, no, pero se termina, Sr. Benett por este año al menos. -Todos hablan, si usted sabe, de esta valiente gente de la que llegaron a su conocimiento, de Dal. -¡De valiente gente, en efecto, Sr. Benett, de valiente gente y la gente valiente! ¡La palabra les conviene en los dos sentidos! ¡Según lo que los Diarios nos enseñaron, es necesario convenir que deberían compadecerse! -¡Nunca he visto la desdicha afectar a pobres seres con una obstinación similar! -En efecto, Sr. Hog. ¡Después del asunto del Viken, el asunto de este abominable Sandgoist! -Como usted dice, Sr. Benett.-¡Ah! ¡Sr. Benett! -Sylvius Hog comentó- habla allí el hombre práctico, negociando su precio. ¡Pero, si quiere colocarse en otra posición, eso se convierte en un asunto de sentimiento, y el sentimiento no se calcula! - Obviamente, Sr. Hog; ¡pero me permite, -como usted dice, es muy probable que su protegida habría dado su consentimiento! ¿Quién sabe? ¡Pero piensan así pues! ¿Qué representaba este billete? ¡una única oportunidad de ganar sobre un millón!... ¡En efecto, una oportunidad sobre un millón! ¡Es poco, Sr. Benett, es poco!

- En efecto, Sr. Hog. Después del asunto del Viken, ¡el asunto de este abominable Sandgoist! -Como usted dice, Sr. Benett. Finalmente, Sr. Hog, Hulda Hansen hizo bien el suministrar el billete contra recibo. -¿Se encuentran?... ¿Y por qué pues, si les agrada? Porque de pagar quince mil marcos contra la casi certeza de no recibir nada del conjunto... -¡Ah! ¡Sr. Benett! lo contrario, habla allí del hombre práctico, negociando como tal! Pero, si se quieren colocar en otra opinión, ¡eso se convierte en un asunto de sentimiento, y el sentimiento no se calcula! -Obviamente, Sr. Hog; pero me permite usted decirlo, es muy probable que su protegida había dado su consentimiento! ¿Que saben? ¡Pero piensan allí pues! Por eso la reacción se hizo, después del entusiasmo de primeros días, y, dicho, este Sandgoist, que no había comprado este billete mas que para especular arriba, no pudo encontrar adquirente! Parece, Sr. Benett. Y con todo, si este maldito usurero venía a ganar el primer premio, ¡aquí que sería un escándalo! Un escándalo,

indudablemente, el Sr. Benett, la palabra no es demasiado, un escándalo! Al hablar así, Sylvius Hog paseaba a través de los almacenes, se puede decir a través del bazar del Sr. Benett, así conocido de Christiania y de toda la Noruega. En efecto, que no encuentra ¿no en este bazar? Coches de viajes, kariols por docenas, cajas de comestibles, cestas de vinos, existencias de conservas, prendas de vestir y utensilios de turistas, incluso de las guías para conducir los viajeros hasta los últimos lugares del Finmark, ¡hasta Laponia, hasta el Polo Norte! ¡Y no es todo! El Sr. Benett no ofrece a los aficionados de historia natural el distintas muestras de piedras y metales del suelo, como a especímenes más variados de los pájaros, insectos, reptiles, de ¿fauna noruega? Y lo que conviene saber dónde se encontraría un grupo de joyas y fruslerías del país ¿más completo que en sus escaparates? Por eso este caballero es la Providencia de los turistas, deseosos de visitar la región escandinava. Es el hombre universal del cual Cristianía no podría prescindir.

- Y, a propósito, señor Hog-le dijo-, ¿ha encontrado usted en Tinoset el coche que me pidió?

- Ya que se lo había pedido a usted, señor Benett, estaba seguro que lo encontraría a la hora señalada.

- Es usted muy amable, señor Hog. Pero, según me decía en su carta, esperaba que serían tres...

- Tres personas, en efecto.

- ¿Y estas personas?

- Llegaron ayer noche, en perfecto estado de salud, y me están esperando en el Hotel Victoria, donde me dirijo ahora mismo.

- ¿Por casualidad son...?

- Exactamente, señor Benett, son... Y, se lo ruego, no se lo diga a nadie. Me interesa que la noticia de su llegada no se extienda todavía por la ciudad.

- ¡Pobre muchacha!

- ¡Si...! ¡Ha sufrido tanto!

- ¿Y usted ha querido que asistiera al sorteo de la lotería, a pesar de que ya no posee el billete que le legó su prometido?

- No soy yo quien lo ha querido, señor Benett. Es el propio Ole Kamp, y debo repetirle a usted, como a todo el mundo: ¡debemos obedecer la última voluntad de Ole!

- Natulmente, querido señor Hog, todo lo que usted hace está bien hecho.

- ¿Cumplidos a estas horas, señor Benett?

- No, pero debo decir que la familia Hansen ha tenido mucha suerte de haberlo encontrado a usted en su camino.

- ¡Bah! ¡mas suerte tengo yo de haberla encontrado en el miol

- ¡Veó que continúa usted teniendo buen corazón!

- Señor Benett, ya que estamos obligados a tener un corazón, mejor es que éste sea bueno, ¿no es verdad?

Y con que magnífica sonrisa Sylvius Hog acompañó esta respuesta al digno comerciante.

- Y ahora, señor Benett -añadió no crea que he venido aquí a buscar sus felicitaciones. ¡No! Otro motivo es el que me trae.

- Estoy a su disposición.

- Usted ya sabe, verdad, que sin la intervención de Joel y de Hulda Hansen, si el Rjukanfos hubiera querido devolverme al mundo me habría devuelto en estado de cadaver. Y hoy no tendría el placer de estar conversando con usted...

- ¡Sí...! ¡Sí...! Ya lo sé -contestó el señor Benett-. Todos los periódicos publicaron su aventura...

Y, verdaderamente, estos jóvenes tan valientes merecerían ganar el primer premio de la lotería.

- Soy de su misma opinión -contestó Sylvius Hog-. Pero, ya que ahora es completamente imposible, no quisiera que mi pequeña Hulda regresara a Dal sin un pequeño obsequio... un recuerdo...

- ¡Esto es lo que yo llamo tener una buena idea, señor Hog!

- Usted me ayudará a escoger, entre todos sus tesoros, cualquier cosa que pueda gustar a una joven...

- Con mucho gusto-contestó el señor Benett.

Y rogó al profesor que pasara a la tienda reservada, a la joyería indígena. ¿Una joya noruega no sería el mejor recuerdo que podría llevarse de Cristianía

y del maravilloso bazar del señor Benett?

Esta fue también la opinión de Sylvius Hog, a quien el complaciente comerciante se apresuró a abrir todas sus vitrinas.

- Vamos a ver, dijo-, yo no entiendo mucho de estas cosas y me fío de su gusto, señor Benett.

- Nos entenderemos muy bien, señor Hog.

Tenía allí dentro un extenso surtido de todas estas joyas suecas y noruegas, de fabricación muy compleja, y que generalmente tienen mas valor por el trabajo que por el material.

- ¿Que es esto?-preguntó el profesor.

- Es una sortija chapada con piedras móviles, cuyo tintineo es muy agradable.

- ¡Muy bonita! -contestó Sylvius Hog probándose el anillo en el extremo de su dedo meñique-.

Separe usted esta sortija, de momento, señor Benett, y vamos a ver si encontramos algo mas.

- ¿Pulseras o collares?

- De todo un poco, si usted me lo permite, señor Benett, de todo un poco. ¡Ah! ¿esto...?

- Son unos aros que se llevan a pares colgados del corpiño. ¡Admire usted el efecto del cobre sobre este fondo de lana roja plisada! Es de muy buen

gusto, sin llegar a ser muy caro.

- Muy bonito, efectivamente, señor Benett. Separe también este ornato.

- Únicamente, señor Hog, debo hacerle notar que estos aros se reservan para adornar el ajuar de las novias... el día de la boda... y que...

- ¡Por san Olaf! ¡Tiene usted razón, señor Benett, tiene usted toda la razón! ¡Mi pobre Hulda!

- Desgraciadamente no es Ole quien le hace este regalo sino yo, y no ser ya a una novia a quien voy a ofrecérselo...

- Efectivamente, señor Hog.

- Vamos a ver otras joyas que sean mas apropiadas para una muchacha. ¡Ah! ¡Y esta cruz, señor Benett!

- Es una cruz de suspensión, con discos cóncavos que resuenan a cada movimiento del cuello.

- Muy bonito... muy bonito... Póngala también aparte, señor Benett. Cuando habré visto todos sus escaparates, escogeré.

- Sí, pero...

- ¿Pero que?

- Esta cruz es la que llevan las recién casadas de Scania, cuando van a la iglesia...

- ¡Diablos, señor Benett...! Debo reconocer que no tengo suerte en escoger.

- Lo que pasa, señor Hog, es que la mayoría de las joyas que tengo son para mujeres casadas, porque son las que mas se venden. Esto no debe extrañarle.

- No me extraña de ningún modo, señor Benett, pero, en fin, estoy confuso.

- Bueno, pues escoja usted este anillo de oro que es lo primero que ha separado usted.

- Sí... este anillo de oro... Me hubiera gustado también, no obstante, alguna otra joya mas... ¿cómo le diré...? mas decorativa...

- Entonces no vacile usted. Tome esta placa de plata afilegranada, cuyas cuatro tiras de cadenitas hacen tan buen efecto en el cuello de una muchacha.

¡Mírela! está cuajada de piedras finas y adornada de filigranas con perlas de colores engarzadas. Es uno de los productos mas curiosos de la orfebrería

noruega.

- ¡Sí...! ¡Sí...! -contestó Sylvius Hog-. Es una hermosa joya, pero Quizá un poco pretenciosa para mi modesta Hulda. Verdaderamente, preferiría los aros que me enseñó antes, así como también la cruz para colgar del cuello. ¿Tan especiales son para los ajuares de boda que no puedan regalarse a una muchacha soltera?

- Señor Hog -contestó el señor Benett-, ¡el Storthing aún no ha dictado ninguna ley sobre esta materia...! Seguramente ha sido un descuido...

- Bueno, bueno, señor Benett, vamos a arreglarlo. Mientras tanto, me quedo con la cruz y los anillos. Y, ademas, mi pequeña Hulda, en fin, puede casarse algún día... Buena y simpática como es, no le faltarán ocasiones de utilizar estos aderezos...

- ¡Está decidido, pues; me las quedo y me las llevo!

- Muy bien, señor Hog.

- ¿Tendremos el placer de verle a usted en el sorteo de la lotería, señor Benett?

- Ciertamente.

- Creo que será muy interesante.

- Estoy seguro de ello.

- Pues, hasta luego, señor Benett.

- Hasta luego, señor Hog.

- ¡Hola! -dijo de pronto el profesor, acercándose a uno de los escaparates-. -¡Aquí veo dos anillos muy bonitos que me habían pasado desapercibidos!

- ¡Oh! Estos sí que no le convienen, señor Hog. Estos son los anillos grabados que el pastor coloca en el dedo de los novios durante la ceremonia...

- ¿De veras...? ¡Bueno, pues me los quedo también a pesar de todo! Hasta luego, señor Benett, hasta luego.

Sylvius Hog salió de la tienda, y, con paso ligero -un andar de veinte años- se dirigió hacia el Hotel Victoria.

Al llegar al vestíbulo lo primero que vio fueron las palabras Fiat lux, inscritas en el cristal del farol de gas.

- ¡Ah! -se dijo-, este latinajo es de circunstancias. ¡Sí!, ¡Fiat lux...! ¡Fiat lux!

Hulda estaba en su cuarto. Sentada cerca de las ventanas, esperaba. El profesor llamó a la puerta, que se abrió inmediatamente.

- ¡Ah, señor Sylvius! -exclamó la joven levantándose.

- ¡Ya estoy aquí! ¡Ya estoy aquí! Pero no se trata del señor Sylvius, mi pequeña Hulda, se trata de que la comida está ya en la mesa. Tengo un apetito feroz.

¿Dónde está Joel? -En la sala de lectura. -Bueno... Voy a buscarlo. Tú, hija mía, puedes bajar en seguida para reunirte con nosotros.

Sylvius Hog salió de la habitación de Hulda y fue a buscar a Joel, que lo esperaba también, pero desesperado.

El pobre muchacho le mostró el ejemplar del Morgen-Blad. El telegrama del comandante del Telegraf no dejaba lugar a dudas sobre la pérdida total

del Viken.

- ¿Lo ha leído Hulda? -preguntó vivamente el profesor.

- ¡No, señor Sylvius, no! ¡Mejor es ocultarle lo que ya sabrá demasiado pronto!

- Bien hecho, muchacho... Vamos a comer ahora.

Instantes despues, los tres se sentaban alrededor de una mesa particular. Sylvius Hog era el único que comía con gran apetito.

Hay que reconocer que se trataba de una comida excelente. Júzguese: sopa fría de cerveza, con rodajas de limón, pedazos de canela y espolvoreada de miga de pan; salmón con salsa blanca azucarada, ternera rebozada, rosbif con ensalada colmada de especies, helado de vainilla, confitura de patata, frambuesa, cerezas y avellanas, y todo ello regado con un buen vino de Saint-Julien, de Francia.

- ¡Excelente... excelente! -repetía Sylvius Hog-.

Parece que nos encontremos en Dal, en la hostería de la señora Hansen.

Y, a falta de poderlo hacer con su boca llena, sus bondadosos ojos sonreían tanto como pueden sonreír unos ojos.

Joel y Hulda habían intentado en vano ponerse a aquel mismo tono, pero no podían en modo alguno y la pobre muchacha apenas probó bocado. Cuando

terminaron de comer, Sylvius Hog les dijo:

Queridos hijos míos, habéis hecho mal en no hacer los honores debidos a tan buena comida. Pero en íin, no podía forzaros a comer. Despues de todo si no habéis comido ahora, cenaréis mejor. ¡Por cierto, que no sé si podré estar con vosotros esta noche! Y ahora ha llegado el momento de levantarse de la mesa.

El profesor estaba ya de pie y tomaba su sombrero que le tendía Joel, cuando Hulda le detuvo con un gesto y le dijo:

- Señor Sylvius, ¿de veras quiere usted que le acompañe?**
- ¿Al sorteo de la lotería...? Ya lo creo que lo quiero, y tengo mucho interés en que asistas tú, querida hija mía.**
- ¡Será muy penoso para mí!**
- Muy penoso, lo creo. Pero Ole quiso que estuvieras presente en el momento del sorteo, Hulda, y debemos respetar la voluntad de Ole.**

Decididamente, esta frase se había convertido en un refrán en labios de Sylvius Hog.

CAPTULO XIX

CUANTA afluencia en aquella gran sala de la Universidad de Cristianía, donde iba a efectuarse el sorteo de la lotería. ¡Incluso en los patios, ya que el gran salón no era suficiente para contener aquel gentío, y hasta llegaban a las calles de su alrededor, ya que los patios resultaron demasiado pequeños para la muchedumbre que quería asistir al espectáculo!

En verdad, aquel domingo, 15 de julio, no era el mas apropiado para darse cuenta del carácter calmoso de los noruegos, tan sobreexcitados estaban.

En cuanto a esta sobreexcitación, ¿era debida sólo al interés que despertaba el sorteo o la provocaba también la elevada temperatura de aquel día de verano?

Quizá las dos cosas, interés y calor, contribuían a ello. En todo caso, no sería la absorción de aquellos frutos refrescantes, llamados multers, y de los cuales se consumen grandes cantidades en Escandinavia, que podía refrescarles.

El sorteo debía empezar a las tres en punto. Consistía en cien premios, divididos en tres series:

1.a noventa premios de cien a mil marcos, por un valor total de cuarenta y cinco mil marcos-

2.a, nueve premios de mil a nueve mil marcos, igualmente por un valor total de cuarenta y cinco mil marcos;

3.a un premio de cien mil marcos.

Contrariamente a lo que se acostumbra a hacer en los sorteos de esta clase, el gran efecto se había reservado para el final. No sería el primer número

saliente que se atribuiría el premio mayor, sino al último, es decir, al que hiciera cien. Esto proporcionaba un cambio de impresiones, de emociones, de

latidos acelerados de los corazones, que iba aumentando por momentos. Como es natural, el número que había salido ganador una vez ya no podía volver

a ganar y sería anulado si volvía a salir de las urnas.

Todo esto era bien conocido del público. Sólo se esperaba la hora

señalada. Pero, para pasar el largo tiempo de espera, la gente conversaba entre sí, hablando la mayoría de las veces de la conmovedora situación de Hulda Hansen. Verdaderamente si hubiera estado aún en posesión del billete de Ole Kamp, todo el mundo hubiera rogado por ella, para que le tocara el premio mayor, si no les tocaba a ellos mismos claro está.

En aquellos instantes, alguien conocía ya el telegrama publicado por el Morgen-Blad y lo comentaba con sus vecinos. Pronto se supo entre todos los asistentes que las búsquedas del barco de socorro no habían tenido éxito. Así, pues, debían renunciar a hallar el rastro del Viken. Ni un hombre de los que formaban la tripulación había sobrevivido al naufragio. ¡Hulda ya no vería nunca más a su prometido!

Un incidente vino a alterar los espíritus. Corría el rumor de que Sandgoist se había decidido a salir de Drammen y alguien pretendía haberlo visto por

las calles de Cristianía. ¡Se habría atrevido a presentarse en la sala! ¡Si era cierto, aquel mal hombre tenía que estar preparado ya a provocar en los presentes una reacción en contra suya! ¡Asistir al sorteo de la lotería...! Pero, era tan poco probable que parecía imposible. En resumen, una falsa alarma

y nada más.

Hacia las dos y cuarto se produjo un movimiento entre la muchedumbre.

Era el profesor Sylvius Hog, que llegaba a la puerta de la Universidad. Todos sabían la parte que había tomado en aquel asunto y cómo, después de haber sido salvado por los hijos de la señora Hansen, había intentado corresponder a la deuda de gratitud que tenía para con ellos.

La gente le abría paso y un murmullo de aprobación, al cual Sylvius Hog correspondía con amables inclinaciones de cabeza, se propagó a través de los asistentes y no tardó en convertirse en una verdadera aclamación. Pero el profesor no iba solo. Cuando la gente se apartó para hacerle paso, vieron que iba acompañado de una joven que se apoyaba en su brazo, y de un muchacho que le seguía algunos pasos atrás.

- ¡Un muchacho y una joven! Como una sacudida eléctrica, el mismo pensamiento brotó de la mente de los asistentes:

- ¡Hulda...! ¡Hulda Hansen!

Este fue el nombre que se escapó unánimemente de todas las bocas.

¡Sí! Era Hulda, tan emocionada que apenas podía sostenerse. Hubiera caído al suelo sin el apoyo del brazo de Sylvius Hog. Pero éste tenía fuertemente

cogida a la simpática heroína de aquella fiesta, a la cual faltaba Ole Kamp. ¡Cómo hubiera preferido ella haberse quedado en su cuartito de Dal! ¡Que

necesidad tenía de librarse de aquella curiosidad, por simpática que fuera! Pero Sylvius Hog había querido que asistiera, y había ido.

- ¡Hagan sitio! ¡Hagan sitio! -gritaban de todas partes.

Y todo el mundo se agolpaba delante de Sylvius Hog, delante de Hulda, delante de Joel. ¡que de manos se alargaron para estrechar sus manos! ¡Cuántas palabras amables y acogedoras recogió a su paso!

¡Y cómo aprobaba totalmente Sylvius Hog, todas aquellas manifestaciones!

- ¡Sí! ¡Es ella, amigos míos...! Es mi pequeña Hulda, que he traído de Dal -decía.

Luego, volviéndose hacia Joel:

- ¡Y este es Joel, su valeroso hermano!

Y añadiría aún:

- ¡Pero, sobre todo, no me los ahoguéis!

Y, mientras las manos de Joel respondían a todas las presiones, las del profesor, menos vigorosas, estaban deshechas de tantos apretones. Al mismo tiempo, sus ojos relucían, y una lagrimita de emoción resbalaba por entre sus párpados. Pero -fenómeno digno de atención de los oftalmólogos-aquella lagrimita parecía luminosa.

Necesitaron un cuarto de hora largo para atravesar los patios de la Universidad, llegar al gran salón y alcanzar las sillas que habían sido reservadas al profesor. Al fin, pudieron conseguirlo, no sin pena. Sylvius Hog tomó asiento entre Hulda y Joel.

A las dos y media se abrió una puerta detrás del estrado, en el fondo de la sala. El presidente de la organización apareció, serio y digno, con este aire dominante, esta expresión característica de toda persona llamada a ostentar una presidencia cualquiera.

Le seguían dos asesores, con aire menos grave. Luego entraron seis niñas llenas de flores y cintas, las seis rubias con ojos azules, en cuyas manecitas un

poco rojas reconocieron inmediatamente las manos de la inocencia, predestinadas a efectuar el sorteo de la lotería.

Esta entrada fue acogida por un clamor que demostraba, primero, la satisfacción que el público sentía al ver a los directores de la lotería de Cristianía, y luego la impaciencia que habían provocado al no aparecer mas pronto en el estrado.

Si había seis niñas era que había también seis urnas, dispuestas sobre una mesa, y de las cuales debían salir seis números en cada sorteo.

Estas seis urnas contenían cada una de ellas los diez números: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 0, que representaban las unidades, decenas, centenas, millares, decenas de millar y centenas de millar del número millón. Si no había una séptima urna para la columna del millón, es que, según aquella forma de lotería, se había convenido que si los seis ceros salían a la vez, representarían la cifra de un millón, lo que repartía por un igual las probabilidades de ganar a cada número.

Además, se había dispuesto que los números serían sacados sucesivamente de las urnas empezando por la que estaba a la izquierda del público. El número ganador se iría formando así bajo los ojos de los espectadores, primero por la cifra de la columna de las centenas de mil, luego de decenas de mil, y así sucesivamente hasta la columna de las unidades.

Gracias a estas disposiciones, puede juzgarse con que emoción cada uno de los presentes vería aumentar sus probabilidades después de la salida de cada

nueva cifra.

Al sonar las tres, el presidente hizo un gesto con la mano y declaró abierta la sesión.

Un enorme murmullo que duró algunos instantes acogió esta declaración, después de lo cual se restableció el silencio.

Entonces el presidente se levantó. Muy emocionado, pronunció el discurso de circunstancias, en el cual parecía decir que sentía que no hubiera un premio mayor para cada billete. Luego ordenó que se procediera al sorteo de la primera serie. Esta comprendía, como sabemos, noventa premios, lo que

exigiría bastante tiempo.

Las seis niñas empezaron a funcionar con una regularidad automática, sin que la paciencia del público desfalleciera ni un solo instante. Era verdad que la importancia de los premios iba en aumento a cada nuevo sorteo, y la emoción aumentaba también, nadie pensaba en dejar el sitio que ocupaba, incluso los que poseían números que ya habían ganado y que ya no tenían nada que esperar.

Este sorteo duró una hora, sin que se produjera ningún incidente. Lo que pudo observar todo el mundo fue que el número 9672 no había salido todavía,

lo que le hubiera quitado todas las posibilidades de ganar el premio

mayor.

- ¡Esto es de buen augurio para este Sandgoist! -decía uno de los vecinos del profesor.

- ¡Bah! ¡Me extrañaría mucho que le tocase el primer premio -contestó otro-, a pesar de que tiene un número tan famoso!

- ¡En efecto, muy famoso! -contestó Sylvius Hog-. Pero no me pregunte por que... ¡No sería capaz de decírselo!

Entonces empezó el sorteo de la segunda serie, que comprendía nueve premios. este iba a ser mucho mas interesante, siendo el noventa y uno de mil marcos, el noventa y dos de dos mil, y así sucesivamente, hasta el noventa y nueve, que era de nueve mil. La tercera serie, no lo olvidemos, se componía solamente de un premio mayor.

El número 72521 ganó un premio de cinco mil marcos. Este billete era de un valiente marinero del puerto, que fue aclamado de toda la asamblea y supo aguantar dignamente las aclamaciones.

Otro número el 823752 ganó seis mil, que alegría sintió Sylvius Hog cuando Joel le comunicó que pertenecía a la encantadora Siegfried de Bamble.

Pero entonces se produjo un incidente, el público experimentó una emoción que se transformó en un profundo rumor. Cuando se sacó el lote de siete -el de los siete mil marcos-creyóse por un momento que Sandgoist iba a salir favorecido por la suerte, al menos con aquel premio.

Efectivamente, el número ganador fue el 9627, por cuarenta y cinco puntos no era el de Sandgoist.

Los dos sorteos siguientes dieron números distantes: 775 y 76287.

La segunda serie había terminado. Sólo se sorteará el último premio de cien mil marcos.

En aquel momento la agitación de los espectadores era extraordinaria.

Sería difícil poder explicar su intensidad.

Primero el rumor de voces fue elevándose y se propagó de la sala a los patios llegando a la calle. Pasaron varios minutos sin que se calmase. No obstante, poco a poco fue apagándose el murmullo y se hizo un gran silencio.

Parecía como si todos los asistentes se hubieran convertido en estatuas.

En aquel silencio había algo como de estupor y -rogamos nos perdonen la comparación- del mismo estupor que se experimenta en el momento en que

un condenado aparece en el lugar de la ejecución. Pero, esta vez, el paciente, desconocido aún, no estaba condenado mas que a ganar cien mil

marcos, no a perder la cabeza, a menos que no la perdiera de alegría.

Joel, con los brazos cruzados, miraba distraídamente ante el, siendo quizá el menos emocionado de toda aquella gente.

Hulda, sentada y como recogida en sí misma, sólo pensaba en su pobre Ole.

Lo buscaba instintivamente con la mirada, como si pudiera aparecer en el

último momento.

Sylvius Hog... Pero debemos renunciar a expresar el estado en que se hallaba Sylvius Hog.

- ¡Sorteo del premio de cien mil marcos! -dijo el presidente.

¡Que voz! Parecía salir de las entrañas de aquel caballero tan solemne. Esto era debido a que el mismo poseía varios billetes, que todavía no habían salido y, por tanto, tenía una posibilidad de ganar el premio mayor.

La primera niña sacó un número de la urna de la izquierda y lo mostró a la asamblea.

- ¡Cero! -dijo el presidente.

Este cero no hizo un gran efecto. Parecía, al contrario, que ya lo esperaban.

- ¡Cero! -dijo el presidente, proclamando el número sacado por la segunda niña.

¡Dos ceros! Todos notaban que las probabilidades aumentaban notablemente para todos los números comprendidos entre el uno y el nueve mil novecientos noventa y nueve.

Y el billete de Ole Kamp -no lo olvidemos- llevaba el número 9672.

Cosa rara hasta entonces, Sylvius Hog empezó a removerse en su silla, como si algo le inquietara.

- ¡Nueve! -dijo el presidente, anunciando la cifra que la tercera niña acababa de sacar de la tercera urna.

¡Nueve! Era la primera cifra del billete de Ole Kamp.

- ¡Seis!-dijo el presidente.

Y, efectivamente, la cuarta niña presentaba un seis a todas las miradas que convergían sobre ella, como cañones de pistola, lo que la intimidaba sensiblemente.

Las probabilidades de ganar eran ahora de un uno por ciento para todos los números comprendidos entre el uno y el noventa y nueve.

¿Sería posible que el billete de Ole Kamp hiciera caer esta cantidad de cien mil marcos en los bolsillos del miserable Sandgoist? ¡Verdaderamente, no era posible!

La quinta niña metió la mano en la urna y sacó la quinta cifra.

- ¡Siete!-dijo el presidente con una voz tan estremecida que apenas se le oyó de las primeras filas.

Pero, si no se le oía, sí se le veía, y en aquel momento las cinco niñas habían extendido a la vista del público las siguientes cifras:

"00967"

El número ganador estaría comprendido necesariamente entre el 9670 y el 9679. Existía entonces sólo una posibilidad contra diez.

La gente había llegado al colmo del estupor.

Sylvius Hog, de pie, había tomado la mano de Hulda Hansen. Todas las miradas estaban fijadas en la pobre muchacha. Al sacrificar el último recuerdo de su prometido, ¿habría sacrificado también la fortuna que Ole Kamp había soñado para los dos?

La sexta niña tuvo alguna dificultad en introducir su mano en la urna. ¡Estaba temblando, pobre pequeña! Al fin apareció el número.

- ¡Dos! -exclamó el presidente.

Y se dejó caer en su silla, medio sofocado por la emoción.

- ¡Nueve mil seiscientos setenta y dos! -proclamó uno de los asesores con voz retumbante.

Era el número del billete de Ole Kamp, que ahora estaba en posesión de Sandgoist! Todo el mundo lo sabía y nadie ignoraba en que condiciones el usurero lo había adquirido. Por esto se hizo un profundo silencio, en vez del estruendo de hurra que hubiera resonado por toda la Universidad, si el billete hubiera continuado en poder de Hulda Hansen.

¿Y ahora, comparecería este pillastre de Sandgoist, con su billete en las manos, para cobrar el premio?

- El número nueve mil seiscientos setenta y dos gana el premio de cien mil marcos! -repitió el asesor-. ¿Quién lo reclama?

- ¡YO!

¿Era el usurero de Drammen quien acababa de lanzar aquella palabra?

¡No! Era un muchacho joven, un muchacho pálido, en cuya cara, como en toda su persona, se notaba la marca de largos sufrimientos, pero vivo y bien vivo.

Al oír esta voz, Hulda se había levantado dando un grito, que había llegado a todos los oídos. Luego se desvaneció...

**Pero aquel joven que acababa de abrirse paso entre la muchedumbre fue quien recibió en sus brazos el cuerpo de la muchacha desvanecida...
¡Era Ole Kamp!**

CAPITULO XX

¡SI! Era Ole Kamp. Ole Kamp, que había sobrevivido, como por milagro, al naufragio del Viken.

Y si el Telegraf no lo había traído consigo a Europa, fue porque no se hallaba ya entonces en los lugares explorados por el buque de socorro.

Y si no estaba allí era que en aquel momento ya se hallaba en camino hacía Cristianía a bordo del buque que lo repatriaba.

Esto es lo que explicó Sylvius Hog. Esto es lo que repetía sin cesar a todo aquel que quería escucharle. Y podéis creer que todos le escuchaban. Esto era lo que contaba con acento triunfador. Y sus vecinos lo explicaban a su vez a los que no tenían la suerte de estar mas cerca para oírlo de su propia voz. Y la historia se transmitía de grupo en grupo hasta llegar al público de fuera, agrupado en los patios y en las calles.

En pocos minutos Cristianía entera sabía a ia vez que el joven náufrago del Viken había regresado y que había ganado el primer premio de la lotería de las Escuelas.

Era necesario que fuese Sylvius Hog quien explicara la historia. Ole no habría podido, pues Joel lo estrechaba entre sus brazos hasta ahogarle, mientras

Hulda iba volviendo en sí.

- ¡Hulda...! ¡Querida Hulda...! -decía Ole-. ¡Sí! ¡soy yo... tu prometido... y muy pronto tu esposo!

- ¡Desde mañana, hijos míos, desde mañana! -exclamó Sylvius Hog-. Partiremos esta misma noche para Dal. Y, si nunca hasta ahora lo habáis visto, vereis un profesor de leyes, un diputado del Storting, bailar en una boda, como el mas vigoroso de los muchachos del Telemark!

Pero, ¿cómo era que Sylvius Hog conocía la historia de Ole Kamp? Sencillamente, por la última carta que el Departamento de Marina le había escrito a Dal. Efectivamente, aquella carta -la última que había recibido y de la cual no habló a nadie- iba acompañada de otra, fechada en Christiansand. Esta segunda carta le decía lo que sigue: el brick danes Genius, capitaneado por Kroman, acababa de salir de Christiansand, conduciendo a bordo los supervivientes del Viken, entre otros el joven Ole Kamp, y, tres días mas tarde, era esperado en Cristianía.

La carta de la Marina añadía que estos náufragos habían sufrido tanto que se hallaban todavía en muy debil estado. Por eso Sylvius Hog no había querido

decir nada a Hulda del regreso de su prometido. Por esto, al contestar a esta carta, había rogado que se conservara el mas absoluto silencio sobre este regreso, silencio que había sido guardado para con el público.

Fácil es explicarse, pues, que el buque Telegraf no hubiese encontrado ni restos ni supervivientes del Viken.

Durante una violenta tempestad, el Viken, medio desamparado, se había visto obligado a huir hacia el Noroeste, cuando se hallaba a doscientas millas al

sur de Islandia. Durante la noche del 3 al 4 de mayo -noche de grandes ráfagas- chocó contra uno de estos enormes icebergs a la deriva, que salen de los mares de Groenlandia. La colisión fue terrible, tan terrible, que al cabo de cinco minutos el Viken naufragaba.

Fue entonces cuando Ole escribió aquel documento. Había trazado sobre el billete de la lotería un úlmo adiós a su prometida, luego lo echó al mar, encerrado en una botella.

Pero la mayoría de los hombres que formaban la tripulación del Viken, comprendiendo al capitán también, había muerto en el momento de la colisión.

Unicamente Ole Kamp y cuatro de sus camaradas pudieron saltar sobre un pedazo de iceberg en el momento de hundirse el Viken. Pero sólo hubieran

conseguido retrasar su muerte si aquella espantosa tormenta no hubiera empujado el banco de hielo hacia el Noroeste. Dos días mas tarde, agotados,

muertos de hambre, los cinco supervivientes del naufragio eran arrojados sobre la costa de Groenlandia en un paraje desierto. Si no recibían socorros dentro de pocos días, ya podían despedirse de la vida.

¿Cómo podrían tener fuerzas para volver a las pesquerias o a los establecimientos daneses de la bahía de Baffin, en el otro litoral?

Fue entonces cuando el brick Genius, que se había visto obligado a desviarse de su ruta por causa de la tempestad, pasó por allí. Los naufragos le hicieron señales. Y fueron recogidos.

Estaban salvados.

Pero el Genius, luchando con los vientos contrarios, sufrio grandes retrasos en aquella travesía tan corta de Groenlandia a Noruega. Esto explica por que no llegó a Cristiansand hasta el 12 de julio, y a Cristianía el

día 15 por la mañana.

Aquella misma mañana Sylvius Hog subió a bordo. Allí encontró a Ole, muy debil todavía. Le explicó todo lo que había pasado desde su última carta,

fechada en Saint Pierre-Miquelon... Luego, lo había conducido a su casa, después de pedir a la tripulación del Genius que mantuvieran en secreto su llegada por algunas horas aún... Y ya conocemos todo lo demás.

Convinieron entonces que Ole Kamp asistiría al sorteo de la lotería. Pero, ¿tendría bastantes fuerzas?

¡Sí! Las fuerzas no le faltaban, ya que Hulda estaría allí. Pero, ¿tenía algún interés aún para él, aquel sorteo? ¡Sí, mil veces sí! ¡Tenía tanto interés para

el como para su prometida!

Efectivamente, Sylvius Hog había conseguido rescatar el billete de manos de Sandgoist. Lo había comprado por el mismo precio que el usurero de Drammen había pagado a la señora Hansen... Y Sandgoist estuvo muy contento de deshacerse de él, ahora que las ofertas de compra habían cesado.

- Mi querido y valiente Ole-le había dicho Sylvius Hog, al darle el billete-, no es una posibilidad de ganar, muy poco probablemente en suma, lo que he querido devolver a Hulda, sino el último adiós que le habéis enviado en el momento en que creíais morir.

Pues, bien, debemos reconocer que el profesor Sylvius Hog estuvo muy inspirado, más que Sandgoist, que casi se rompe la cabeza contra la pared al saber el resultado de la lotería.

Ahora tenían cien mil marcos en la casita de Dal.

¡Sí! Cien mil marcos redondos, pues Sylvius Hog no quiso jamás que le devolvieran lo que había pagado para rescatar el billete de Ole Kamp.

Era la dote que tuvo la satisfacción de ofrecer a su pequeña Hulda, el día de su boda.

Quizá alguien encuentre muy extraño que este número 9672, sobre el cual recayó tan extraordinariamente la atención de la gente, fuese precisamente

el que ganó el premio mayor de la lotería.

Sí, estamos de acuerdo, es extraño, pero no imposible y, en todo caso, así es.

Sylvius Hog, Ole, Joel y Hulda salieron de Cristianía aquella misma noche. El regreso se efectuó por Bamble, pues tenían que entregar a Siegfried el importe del premio que había ganado. Al volver a pasar por delante de la

pequeña iglesia de Hitterdal, Hulda se acordó de los tristes pensamientos que la

obsesionaban dos días antes; pero al ver a Ole a su lado, volvió pronto a la feliz realidad.

¡Por san Olaf! ¡que bonita estaba Hulda con su corona reluciente, cuando, cuatro días después, salió de la pequeña capilla de Dal del brazo de su esposo

Ole Kamp! ¡Y, después que ceremonia, cuya gran resonancia llegó hasta los últimos gaards del Telemark! ¡Y que alegría sintieron todos, la hermosa dama de honor, Siegfrid, su padre, el granjero Helmboe, su futuro yerno Joel y también la señora Hansen, que ya estaba libre de las preocupaciones provocadas por el espectro de Sandgoist!

Tal vez se preguntará si todos aquellos amigos, todos aquellos invitados, los señores Help Hermanos, y tantos otros, habían acudido para asistir a la felicidad de los jóvenes novios, o para ver bailar a Sylvius Hog, profesor de leyes y diputado del Storting. ¿Quién lo sabe? En todo caso, bailó dignamente

y, después de abrir el baile con su querida Hulda, lo acabó con la encantadora Siegfrid.

A la mañana siguiente, saludado por los hurras de todo el valle de Vestfjorddal, partió, no sin prometer antes formalmente que volvería para asistir a la boda de Joel, que se celebró algunas semanas más tarde, con inmensa alegría de los dos contrayentes.

Esta vez el profesor abrió el baile con la encantadora Siegfrid, y acabó la danza con su querida Hulda.

¡Cuanta felicidad acumulóse entonces en aquella casa de Dal, que tantas penas había sufrido! Sin duda, todo era un poco obra de Sylvius Hog, pero éste no quería que fuese dicho, y repetía siempre:

- ¡Bueno! ¡Si soy todavía yo quien estoy en deuda con los hijos de la señora Hansen!

En cuanto al famoso billete, fue devuelto a Ole Kamp, después del sorteo de la lotería. Ahora figura en el sitio de honor, encuadrado en un pequeño marco de madera, en la gran sala de la hostería de Dal. Pero, lo que se ve, no es la cara del billete, donde está inscrito el famoso número 9672, sino el anverso en el cual puede leerse el último adiós que el náufrago Ole Kamp dirigió a su prometida Hulda Hansen.

FIN

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

21/09/2012